

Política

Corretjer
Corretjer
Corretjer

**La lucha por la independencia
de Puerto Rico**

8^{va} Edición
Casa Corretjer
Ciales, Puerto Rico - Marzo, 2005

1^{ra} Edición: 1949

2^{da} Edición: 1950

3^{ra} Edición: 1969

4^{ta} Edición: 1974

5^{ta} Edición: 1977

6^{ta} Edición: 1995

7^{ma} Edición: 2000

8^{va} Edición: 2005 en PDF

Juan Antonio Corretjer

La lucha por la independencia de Puerto Rico

Derechos Reservados de Consuelo Corretjer Lee

Nota para la 6ta Edición

La Fundación Pro Museo Biblioteca-Casa Corretjer celebra en 1995 su décimo aniversario con esta re-impresión de La Lucha por la Independencia, "para una generación que no conoce un digesto de la época descrita y juzgada en sus páginas".

Casa Corretjer, Ciales, Puerto Rico / Enero, 1995

Nota para la 7ma Edición

La misma razón nos impulsa, pero ahora estamos seguros que no sólo para los jóvenes.

Casa Corretjer, Ciales, Puerto Rico / Marzo, 2000

Nota para la 8va Edición

La misma razón nos impulsa, y queremos hacer accesible su palabra -que es la nuestra- a los medios contemporáneos.

Casa Corretjer, Ciales, Puerto Rico / Marzo, 2005

Responsables de esta edición:

Casa Corretjer

Calle Corretjer, esquina Betances

Apdo 307 Ciales Puerto Rico 00638

Contenido

Dedicatoria de Juan Antonio Corretjer | 5

Nota del autor para la edición de 1977 | 7

- I. La nacionalidad y la palanca del pueblo \ 10
- II. La tendencia Revolucionaria \ 15
- III. La tendencia Reformista \ 20
- IV. La abolición de la esclavitud \ 23
- V. La Autonomía \ 31
- VI. La gran crisis \ 45
- VII. Partido Unionista y Partido Socialista \ 56
- VIII. La alianza para la esclavitud \ 65
- IX. Un renacimiento nacional \ 70
- X. “Pan, Tierra, Libertad” \ 98
- XI. Las elecciones y el boicot electoral \ 124
- XII. El servicio militar \ 141
- XIII. Independencia y lucha de clases \ 151
- XIV. Los ideales de la nacionalidad \ 158
- XV. Nuestra Tarea \ 169

Nota Biográfica—172

No hay una página en la historia de Borinquen en que la libertad no proteste contra nuestra vida de colonos.

Eugenio M. de Hostos

Para empezar a resolver el problema de la industria: popiedad para todos; trabajo para todos; producción y consumo para todos.

Eugenio M. de Hostos

Quién quiera comer tortilla tiene que romper los huevos; tortilla sin huevos rotos y revolución sin revoltura no se ven.

Ramón Emeterio Betances

D E D I C A T O R I A

Al pueblo puertorriqueño

*a los obreros y los campesinos; a mis compañeros de
lucha que encontraron en la muerte honrosa vida
perdurable, inolvidables bajas de mi tropa; a los
albañiles, tabaqueros, carpinteros, pintores y
peones agrícolas que me han recibido con cariño y
confianza en su amistad y aprecio y me
acompañan con singular lealtad e inquebrantable
fe en esta nueva etapa de lucha, dedico,
emocionadamente estas páginas.*

J. A. C.

Nota del autor para la edición de 1977

Ventiocho años después de publicada la primera edición de este libro sale al público esta quinta. Más que por gana del autor —que no le falta— por insistencia numerosa de lectores que la solicitan constantemente. Igualmente decisiva ha sido la recomendación, el pedido más bien de amigos que son atentos observadores de la vida política del país y aconsejan una nueva edición para una generación que no conoce un digesto de la época descrita y juzgada en sus páginas.

A lo largo de estos 28 años, y aún entre los que median los tres transcurridos desde su última edición, cada vez que he proyectado su nueva salida he pensado en reescribirlo, en rehacerlo; a aún completarlo hasta cubrir el desarrollo de nuestra lucha desde que originalmente se publicó. Pensé muchas veces, aún lo pienso, que cada capítulo podría convertirlo en un tomo aparte. No obstante, una curiosa coincidencia entre mi particular y silenciado juicio y el de algunos amigos, puertorriqueños y sudamericanos, me apartaron hasta ahora de esa decisión. Juzgaron ellos, como lo había hecho yo mismo sin consultarlos, y sin consulta entre sí, que por carácter, estilo y unidad del trabajo, alterarlo, más que mejora sería limitarle impacto y beneficio.

De este modo sale nuevamente al encuentro de su pueblo este primigenio ensayo. Va disparado, saeta ardiente de fervor revolucionario, y testimonio convencido de la fe que merece nuestro pueblo.—J. A. C.

Derechos reservados.

Es propiedad de Consuelo Corretjer Lee.

Anetjer

La lucha por la independencia
de Puerto Rico

I. La nacionalidad y la palanca del pueblo

En la historia azarosa de sus luchas, en el proceso laborioso, tenaz y cruento de su integración, en el esfuerzo sostenido de su personalidad, el pueblo puertorriqueño jamás se ha faltado a sí mismo. Cuantas veces la necesidad de un paso adelante en su historia ha urgido la respuesta de sus fuerzas, han respondido sus fuerzas y el paso se ha dado, o se ha intentado dar. Si a veces se ha detenido en su marcha, si en ocasiones ha pisado en falso, la culpa no ha sido suya: la responsabilidad recae en manos ajenas a su verdadera voluntad. Al examinar su historia descubriremos que nuestro pueblo ha sido engañado y traicionado.

Es falsa la imputación de algunos intelectuales y líderes políticos sobre la traición del pueblo puertorriqueño a su independencia y su justicia. La historia del país revela, por el contrario, que en los momentos decisivos de nuestro avatar histórico el pueblo siempre ha respondido. No se puede desdichadamente decir lo mismo de su liderato. La historia de las reculadas puertorriqueñas es la historia de las reculadas de sus líderes. Y no hay historia de una traición del pueblo puertorriqueño. Hay, en la historia de Puerto Rico, líderes que lo han traicionado. A lo largo de nuestra historia el pueblo ha avanzado a pesar de sus líderes. Y se ha detenido y retrancado por su liderato.

Es innecesario señalar que ha habido excepciones. De no haberlas no seríamos una nación. Y después del acto revolucionario y constituyente de Lares nadie que se respete a sí mismo puede negar la existencia de la nacionalidad puertorriqueña. Pero

Lares mismo es un ejemplo elocuente e irrefutable de la tesis que venimos manteniendo. Allí no falló el maestro, el iniciador, el animador, el orientador, el iluminado, el dirigente máximo. Allí falló el liderato general del país que dejó solo al pueblo decidido, que cortó el paso al retorno de Betances, que abandonó al pueblo en la acción libertadora. Contrario a lo que es hábito creer, Lares se ha repetido muchas veces en nuestra historia.

Y es necesario, es urgente, es decisivo para el pueblo puertorriqueño meditar a Lares puesto que Lares es la piedra de nuestra fundación, el alma de nuestra historia, lo vivo y lo inmortal y lo vivificante en nuestra marcha, nuestra única bandera de redención y de triunfo. Y lo es de manera tal que Puerto Rico se puede hacer bien a sí mismo únicamente en la medida en que se oriente y actúe con una comprensión profunda y brillante del hecho entrañable de que la Patria se mueve en el Tiempo, es decir, que las inspiraciones generales del nacionalismo del siglo XIX no bastan como sistema de igniciones en la producción de un Lares sin derrota ni sus formas de organización abastecen las necesidades organizativas que la independización de Puerto Rico requiere.

He dicho las inspiraciones generales y las formas de organización. No me refiero, pues, a los ideales de la nacionalidad. Los ideales del pueblo puertorriqueño son hoy básicamente los mismos que ya había concebido dentro de sus entrañas cuando la lumbrarada lareña. Su proceso posterior ha servido para aquilatarlos, para estilizarlos. Y sobre todo para intensificarlos. No habiendo dispuesto de soberanía para organizarlos, ha padecido en cambio opresión y despotismo y desarrollado resistencia para intensificarlos.

Esta referencia a los ideales de nuestra nacionalidad es inesquivable, necesaria al enfoque de nuestro básico problema. Ellos son el contenido de la gran palabra que estremece nuestro ser: Independencia. Si la nacionalidad no tuviera ideales no hubiera habido un solo impulso hacia la Independencia, no habría nación. Como objetivo histórico la Independencia es esto: la ca-

pacidad para realizar nuestros ideales. Si queremos la Independencia, ese deseo no hace sino sintetizar en una sola fórmula política nuestro deseo de ver realizados nuestros ideales como grupo humano, como pueblo, como nación. Ello significa que queremos disponer, de una manera nuestra, de todo el magno y glorioso complejo de nuestra herencia espiritual y material. El mundo estará en nosotros, pero nosotros somos nuestros.

Es entendida así nuestra independencia que podemos explicarnos porqué Puerto Rico no es independiente. Hay muchas explicaciones circunstanciales y muchos factores operantes. Mas la base misma de nuestro coloniaje se encuentra al examinar al acción de nuestro pueblo como creador de sus ideales, la lealtad imperturbada con que los ha seguido, y la criminal adulteración de sus ideales por la mayoría de sus líderes, cuando no su traición franca e indiscutible, el pueblo puertorriqueño se ha detenido. Ha tenido que hacer un alto, recobrar energías y seguir adelante... a pesar de la mayoría de sus líderes. Cuando sus ideales han sido adulterados, el mal ha sido peor: el pueblo ha seguido, engañado, un espejismo de sus ideales: ha pisado en falso, ha caminado a ciegas en la terrible noche de la desorientación.

Este trabajo se propone examinar ese proceso puertorriqueño del último siglo y medio que hemos andado por la historia, con el propósito de probar que, si Puerto Rico no se independizó de España en el pasado siglo no fue porque careciera de las fuerzas necesarias para expulsar de su territorio a la dominación española, y que no se ha independizado de Estados Unidos en el siglo presente porque le falten fuerzas necesarias para expulsar de su tierra la dominación de Estados Unidos, sino porque en su seno han estado operando dos tendencias distintas, antagónicas; salvadora la una, nefasta la otra; madre de todo bien patrio ésta, incubadora de nuestro mal la última: la tendencia revolucionaria y la tendencia reformista. La primera viene nacida de nuestras entrañas de pueblo. La segunda ha sido importada y aplicada como opio a nuestra alma. La primera ha producido nuestra historia.

La segunda, la frustración del proceso revolucionario histórico del siglo XIX y la abyección de la ocupación yanqui. Puerto Rico se ha acercado a la realización de sus ideales, a la satisfacción de sus necesidades, a su bien, a su Independencia, cada vez que la tendencia revolucionaria se ha acentuado; y se ha alejado de la realización de sus ideales, de la satisfacción de sus necesidades, de su bien, de su Independencia, cada vez que se ha acentuado la tendencia reformista. La tendencia reformista, estimulada por dos imperialismos, ha servido a dos imperialismos. Y está la contradicción dramática de nuestra vida en la realidad terrible de que cada victoria aparente del reformismo, que le ha ganado créditos ante el pueblo, ha sido en su fondo una victoria de la Revolución, pero de una Revolución debilitada por el reformismo para bien del imperialismo.

Reformismo o Revolución: he ahí la decisión final del pueblo puertorriqueño. Puertorriqueños y yankis, nacionales y extranjeros, todos sabemos que la decisión final no tiene alternativa: es la victoria de la Revolución. Es la derrota del Reformismo. Nuestra Revolución habrá triunfado sobre el enemigo extranjero tan pronto haya triunfado en la cabeza de los puertorriqueños. Lo que mantiene a nuestra patria en las cadenas del coloniaje es la mejor arma del imperialismo: el reformismo criollo. La manera de derrotar al imperialismo es reforzar las fuerzas revolucionarias, es debilitar, hasta hacerlo inservible, al reformismo. El modo de debilitar al reformismo es alejarse de sus prácticas, abstenerse de imitarlo. Al reformismo ni se le combate ni se debilita transitando por sus caminos: la colaboración con el imperialismo, especialmente la colaboración administrativa obtenida mediante el uso de las urnas, especialmente la colaboración sirviendo en sus fuerzas armadas. La manera de reforzar las fuerzas revolucionarias es uniéndose a ellas, ayudando a unificarlas, a consolidarlas en un sólo núcleo de orientación y de combate, fuera de las esferas del Gobierno imperialista-colonial, mediante la no cooperación, la abstención y boicoteo electoral, la huelga contributiva, el

rechazo a servir en las fuerzas armadas de Estados Unidos y la organización directa por las fuerzas del pueblo, de la Asamblea Constituyente.

La crisis de la nacionalidad es la crisis que en su seno le produce el imperialismo estimulando al reformismo. La Revolución es la palanca del Pueblo. La nación puertorriqueña nació de la Revolución. Frente a la invasión yanki ha sobrevivido gracias a la corriente revolucionaria que, a veces por las entrañas a veces visible, ha discurrido por su vida.

Ahora entremos en el examen histórico que sirva de prueba a nuestra tesis.

II. La tendencia Revolucionaria

En todos los países de la tierra, en todos los tiempos, un proceso más o menos largo engendra ciertas condiciones que desembocan en una revolución. No hay revoluciones importadas: famosa y cierta es la observación: “cada pueblo hará su propia revolución, si es que la quiere; y si no quiere, no habrá revolución.” Es lo cierto que todo pueblo llega al momento en que quiere a su revolución. Y la tiene.

La revolución es, pues, la culminación de un proceso histórico. La tendencia revolucionaria, por ello mismo, va marcando, con su crecimiento, el adelanto de ese proceso.

Puerto Rico es, como lo son todas las naciones americanas, una nación formada bajo la mano del imperialismo. Se diferencian en su formación las nacionalidades americanas de las europeas en esto: mientras las europeas se núclea con la aglutinación de los estados feudales, las americanas nacen, rota su continuidad histórica precolombina por el Descubrimiento y Conquista, bajo la mano de imperios europeos: España, Francia, Inglaterra y Portugal.

Dijimos anteriormente que, después de Lares, negar la existencia de una nación puertorriqueña es una imbecilidad. Pero la nación ha comenzado a formarse mucho antes. La explotación de las minas por los Conquistadores a base de la explotación del brazo indígena; la guerra indo-española terminada en la jornada de Yagüecas, la importación de esclavos negros, la repartición de la tierra en hatos realengos a protegidos de la Corona; la permanencia en Puerto Rico de españoles pobres; el mestizaje: estos hechos

produjeron inmediatamente diferencias de intereses y reacciones psicológicas que fueron sin duda alguna factores de diferenciación nacional: la nación comenzaba a formarse.

Tres siglos contemplaron la laboriosa alquimia de la Patria, hasta que los síntomas de integración comenzaran a revelarse de una manera inequívoca. Tres siglos de lucha, de trabajo y de sangre: alzadas de indios, revueltas de esclavos; criollos y trabajadores españoles que se fugan de las poblaciones y viven, en el abrupto interior, una vida independiente y dura. Amargas, humillaciones, rencores, venganzas y complejos van formando el terreno en el cual una secreta química de historia va a ir fecundando esperanzas, aspiraciones, decisiones. Es la maravillosa progresiva manifestación morfológica del alma nacional y nuestra. Y a fines del Siglo XVIII ocurre la primera gran floración del alma patria: José Campeche inaugura genialmente el arte pictórico puertorriqueño. Campeche significa la aparición del genio puertorriqueño en su capacidad de aprovecharse del alma puertorriqueña para expresarla en forma artística.

Un hombre de origen humilde—era mulato—expresa inmediatamente otra manifestación de nuestra integración nacional: el Capitán Henríquez. Se ha alzado majestuosamente desde el fondo de la esclavitud. En su alma hay el temple de dos razas transformadas en el alma puertorriqueña; hay la resistencia y la disciplina que engendra el trabajo; el temple que forja el dolor y la voluntad tesonera de las desobediencias y los motines. Es capitán de mar. Es inmensamente rico. De su propiedad es una flota mercante de velas. Henríquez significa la aparición del genio puertorriqueño en su capacidad de aprovecharse creadoramente de las materialidades puertorriqueñas.

Las dos individuaciones inmediatas revelan un avance extraordinario en la voluntad y el discernimiento ideológico de la nación. El hijo de una aristocrática familia en el extremo oriental del país, y el hijo de una familia de trabajadores en su extremo occidental, como si significativamente quisieran abarcar entre sus

cunas el todo nacional en lo social y en lo geográfico, levantan la nación a nuevos y más altos niveles de manifestación. El uno es Antonio Valero de Bernabé. Y Roberto Cofresí el otro.

Con Antonio Valero de Bernabé comienza a injertarse una ideología en el tronco de nuestro embrionario proceso revolucionario. Nuestro desarrollo adquiere su primera conciencia política. Valero es el primer puertorriqueño en pensar claramente en la independencia del país. Si las condiciones generales hubieran tenido ya la maduración de esa individualidad extraordinaria, Valero habría sido nuestro Libertador. El glorioso, sabio, modesto y heroico lugarteniente de Bolívar incorporó a nuestra tradición revolucionaria un elemento característico al movimiento de independencia latinoamericana: su internacionalismo.

Si a Valero la sociedad en que apareció, por haber nacido en sus cumbres, le ofreció todo lo necesario al desarrollo de su extraordinaria personalidad, a Roberto Cofresí lo condenó al patíbulo y a la ignominia de una leyenda negra de la cual aún no ha sido con justicia rescatado. Pirata, ladrón de los mares, asesino frío y cruel son los distintivos con que los historiadores españoles nos lo pasaron a la posteridad. El pueblo, a su vez, le labró una leyenda dorada de Robin Hood criollo. En una cosa solamente coincidieron ambas leyendas: en exaltar el coraje indómito y la pericia marinera del caborrojeño.

Lentamente, de debajo de más de un siglo, ha comenzado a surgir su verdad: armado en corso Cofresí navegaba bajo la bandera de la República de Puerto Rico Libre. ¡Caso único en la historia: la primera proclamación de una República en pleno mar por la insurgencia solitaria y genial de ese Ulises del alma puertorriqueña!

Tócale a Roberto Cofresí el significativo rol de ser la primera figura histórica en llamarnos la atención sobre el “peligro yanqui”. Nadie vio aquella prematura y significativa señal de los tiempos, ya que fue la flotilla yanqui del Caribe bajo el mando de Porter, la que capturó a Cofresí y lo entregó a sus verdugos españoles. Los

yankis habían puesto su flota al servicio de España para evitar la independencia de Puerto Rico y Cuba.

Cofresí y el Mariscal Valero representan la asunción de la voluntad patriótica al heroísmo, significan la capacidad del genio puertorriqueño para disponer militarmente del espíritu nacional.

Cuando esto ocurre hemos ya promediado el primer cuarto del Siglo XIX. Ese cuarto de siglo ha sido pródigo en manifestaciones de una conciencia puertorriqueña. Quince años antes llegó a nuestras playas un Comisario Regio. Traía la encomienda de la Corona de España de dirigir desde San Juan la campaña imperial contra los Libertadores de Venezuela. Al encopetado personaje se le ocurrió la mala idea de usar las milicias puertorriqueñas como parte de la tropa invasora de nuestra hermana nación. Bastó que corriera el rumor de su proyecto para que en pasquín famoso el pueblo puertorriqueño le hiciera saber que “no sufrirá jamás que se saque a un solo miliciano para llevarlo a pelear contra sus hermanos caraqueños”. Y los ánimos se caldearon de tal modo que el Comisario Regio no solamente hubo de desistir de su proyecto sino que además vióse obligado, para calmar los ánimos, a poner en libertad a tres diputados venezolanos que se hallaban presos en El Morro. El pueblo estaba ya en la resistencia. E igualmente, en 1864, los puertorriqueños resistieron la orden regia movilizándolos para pelear contra Santo Domingo.

Pero, para entonces, ya ha ocurrido un fenómeno culminante. El proceso revolucionario no es una simple espontaneidad: tiene su ideología y su dirección. Tiene sus héroes y sus mártires, sus Vizcarrondo y sus Quiñones. Betances ha aparecido, como un gigante, perfilando su figura viril y apostólica en nuestra cordillera moral. Betances es el iluminismo, es el ideario republicano y democrático, es el demoliberalismo. Y aquí, como en la América toda, no se trata del trasplante artificial y violento de una idea extranjera o extranjerizante; es que ha surgido en Puerto Rico un embrión de clase cuyo papel histórico es la subversión del feudalismo, la dirección de la lucha por la independencia: una inci-

piente burguesía. El país había madurado. La tendencia revolucionaria, surgida de las entrañas más remotas y vírgenes del pueblo, tiene ya su arma más poderosa: su correspondiente ideología. Va a producirse Lares, y, con Lares, la prueba irrefutable de la nacionalidad. El proceso revolucionario había creado la nación.

III. La tendencia Reformista

Si la tendencia revolucionaria es la autoctonía, si nos viene desde el primer resplandor de nuestra vida histórica e incorpora lo ajeno únicamente transubstanciándolo, apropiándose, asimilándolo, y es por ello la creadora de nuestro ser de pueblo y nuestra conciencia viva y militante, la tendencia reformista es exportada a Puerto Rico por dos imperialismos, y por dos imperialismos cuidadosamente estimulada y aprovechada. A través de nuestra historia ese veneno letal contiene nuestras energías, debilita nuestra conciencia, frena el desarrollo de nuestra nacionalidad, nos deforma, nos desnacionaliza. Es el arma más poderosa del imperialismo. El enemigo más peligroso porque es la quinta columna que ha colocado dentro de nuestra cabeza. Es persuasivo: se viste con la apariencia del sentido común. Es degenerante: estimula nuestro apetito de placeres y tienta a los menos sensuales con el paraíso de una vida hogareña de pacata redondez. Proclama la virtud de la cobardía. A la abyección le llama realismo. Usa siempre las palabras más nobles para encubrir las intenciones más perversas. Está ahora en el apogeo de su degeneración y su poderío. No siempre ha sido igual en forma ni siempre ha sido perverso en sus personalidades y expresiones. Su actual degeneración es el producto de un proceso. Pero ayer y hoy ha surtido el mismo efecto: rendir la bandera, debilitar al país, retardar su progreso, servir a los gobernantes extranjeros, evitar el advenimiento de la independencia. Tras un siglo de existencia no tiene otra cosa que esperar sino su definitivo fracaso: pero ha triunfado en

lo único que ha podido servir: en posponer la organización de nuestra República, en prolongar el dolor de nuestro coloniaje.

Al revés de la tendencia revolucionaria que ha surgido del fondo de nuestras realidades, de la maraña de nuestros problemas, de los ímpetus de nuestra voluntad, de las luces de nuestro pensamiento, la tendencia reformista viene al país como un derivado de la política de su metrópolis: “hoy yanqui, ayer española”.

He aquí el rasgo fundamental de extranjería de la tendencia reformista: en todos los tiempos nuestro claudicante reformista acepta y predica las consignas del imperio. Ese rasgo revela su causa al observarse que la tendencia no se ha formado en nosotros mismos. No ha brotado de nuestras necesidades para las cuales no es cura el reformismo, sino de las necesidades del imperio sojuzgador.

Anotemos ya, para ponernos un punto de partida, la primera manifestación notable de la tendencia reformista. En aquel entonces se llamó asimilismo. Su líder lo fue el Dr. Pedro Gerónimo Goyco. El partido político que organiza se denomina Partido Liberal Reformista. El Punto Primero del Programa declara: “Aceptan ser conveniente que se trate y se resuelvan con criterio liberal, a la luz de los principios proclamados por la revolución de septiembre, sobre todas las reformas de administración pública, económico-administrativa y social de esta isla; (La Citada “revolución de septiembre” se refiere a la ocurrida en España, no a la de Puerto Rico). El Punto 2do. añade: “Aceptan el principio de asimilación con la Madre Patria; pero asimilación completa, haciendo extensivo a esta Isla en todos sus artículos el Título I de la Constitución de la Monarquía... etc... etc...”

Los reformistas se acomodan en la política española, aceptan las consignas del Gobierno español para mendigar reformas. Renuncian a la nacionalidad para reclamar “la asimilación en política con la Madre Patria; pero asimilación completa...” El impulso organizador, los principios del Programa, no son de origen puertorriqueño: todos se han originado en la Península.

Los incondicionales españoles se oponen. ¿Quién los acalla? ¿La fuerza de los reformistas acaso? No. Los acalla el propio Gobierno Español operando todavía atemorizado por la Revolución de Lares ocurrida dos años antes. El Proyecto de Reformas municipales, presentado aquel año, (1870) por el Ministro de Ultramar, Don Segundo Moret, hizo ver claramente a los incondicionales que una oposición sistemática a tales reformas los llevaría al fracaso y la anulación; los llevó a comprender que los mejores intereses del Imperio eran servidos por el reformismo; que la transacción reformista era la mejor manera de apartar al pueblo puertorriqueño del camino de la libertad, la independencia y la justicia.

Y, efectivamente, a través de toda su historia, el reformismo procede así: de las consignas del Imperio. Y así actúa para bien del Imperio y para apartar a Puerto Rico del camino de su libertad, de su independencia y de su justicia. Así, desde el Partido Liberal Reformista de 1870 hasta el Partido Popular Democrático del presente. Y desde Pedro Gerónimo Goyco a Luis Muñoz Marín.

Y he aquí también desde el principio revelado el fondo dramático, la trágica contradicción de que, mientras el Imperio cede reformas bajo la amenaza de los revolucionarios puertorriqueños, la cesión de reformas aparece en la superficie como una victoria del reformismo, allegando a esta enfermiza y nefasta tendencia prestigio en las masas, y comenzando, desde entonces, a producirse ese espejismo de sus ideales que ha hecho correr a nuestro pueblo, engañado y traicionado, largo camino de innecesario coloniaje, de dolor humano, de despotismo extranjero y frustración nacional.

IV. La abolición de la esclavitud

El establecimiento de la esclavitud en Puerto Rico fue un factor de estancamiento y de retraso. Estancó y retrasó el natural desenvolvimiento de la sociedad puertorriqueña. La esclavitud fue mala como sistema. Fue utilizada como sistema de producción y fue combatida y, por fin, superada, por la sociedad puertorriqueña.

La superación de la esclavitud como sistema de producción abolió el mal que la esclavitud producía como sistema de producción.

El establecimiento de la esclavitud trajo a Puerto Rico a los negros. La afluencia de negros al territorio patrio y su incorporación a la vida de nuestro pueblo fue un elemento de diferenciación nacional, una contribución eficaz a nuestra fuerza de trabajo, y, finalmente, a nuestra integración nacional.

Allí en donde una raza sufre el vejamen de la esclavitud germina la rebeldía. La rebeldía germinó en el pecho de la raza negra desde que fue sometida a la esclavitud. Como rebeldía de raza esclavizada vino a incorporarse, transcurrido el proceso de transculturación, al tronco general de la rebeldía nacional puertorriqueña. Es por ello que es imposible escindir el proceso abolicionista del proceso general revolucionario puertorriqueño. Tratándose de un proceso revolucionario histórico del Siglo XIX, la huella de la esclavitud y el proceso abolicionista, desfigurados como nos han llegado, tiene que haber, necesariamente, producido otra suerte de repercusiones en la historia posterior del país.

Pero no hay duda de que la Abolición de la Esclavitud, final-

mente lograda en 1873, es uno de los grandes acontecimientos de nuestra historia. Fuera de toda posible discusión constituye la gran conquista efectuada por el pueblo puertorriqueño en el Siglo XIX. Véase que digo conquista lograda, y no concesión recibida, por nuestro pueblo.

Desgraciadamente, sobre la abolición se ha tejido una falsa y perniciosa leyenda romántica, nutrida de reformismo, que ha encontrado su más alta expresión en el numen de uno de los más altos, delicados, intensos y amados espíritus de nuestra patria: fue José Gautier Benítez quién cantó:

“...Y bendecirte conmovido y tierno
porque sólo en tu suelo hospitalario,
al dulce influjo de tu mundo externo
se vio la redención sin el calvario”.

Empero, no es verdad tanta belleza. La redención del esclavo negro se hizo en Puerto Rico con las fuerzas revolucionarias del país sangrando en el Calvario. La base de ese calvario está en las llanuras del Toa. Su cumbre gloriosa y redentora se llama Lares. Y duró tres siglos.

Para comprender enteramente el proceso abolicionista, para ver cómo la lucha abolicionista es imposible de entender si se la separa arbitrariamente del proceso revolucionario histórico, es necesario destruir, al principio, una mentira que se ha permitido crecer al amparo de la ignorancia y la mala fe. Esta mentira es la afirmación de que el régimen de la esclavitud comienza en Puerto Rico con la importación de los negros. Eso es falso. El régimen de la esclavitud lo establecen los conquistadores españoles al tomar posesión del país en nombre de los Reyes de España, al reducir a los indios a la esclavitud de las minas y las encomiendas.

Antes de que los conquistadores españoles tomaran posesión de nuestra Isla y la declararan colonia de España, los boricanos de entonces no disponían de las máquinas, de los transportes, del sistema de electrificación, acueductos, alcantarillados e inodoros que tenemos hoy. Tenían en cambio una sociedad organizada de

manera que no necesitaban comerciantes, ni prestamistas, ni banqueros, ni latifundistas, ni prostitutas, ni cárceles, ni presidios, ni policías, ni obreros explotados, ni campesinos sin tierras. Los indios de Boriquén vivían en el régimen social del comunismo primitivo.

Muy distinto del régimen del comunismo primitivo fue el régimen esclavista impuesto por los españoles a los indios: los sometieron a su dominio, les destruyeron sus dioses, modificaron sus costumbres y su organización social. La tierra dejó de ser propiedad colectiva para convertirse en propiedad particular, privada, de los conquistadores, que se convirtieron, de la noche a la mañana, en propietarios de grandes latifundios. Los indios, diezmados por la guerra, el trabajo forzado y la enfermedad, fueron dejando bajas sensibles en la fuerza de trabajo disponible para los conquistadores. Los españoles, entonces, decidieron mantener el régimen esclavista llenando las bajas de brazos con reemplazos de esclavos negros importados del Africa.

Es la colonización de Puerto Rico por los españoles, pues, lo que produce el establecimiento de la esclavitud en Puerto Rico, primero, esclavizando a los indios, e inmediatamente a los negros.

Si la formación de la nacionalidad comienza ahí mismo, como hemos dejado dicho, y es la tendencia revolucionaria la que fecunda el vientre de la sociedad que va a producir la nación, es notable que el proceso abolicionista es parte del proceso revolucionario, es una etapa de la revolución puertorriqueña. Hostos ha sintetizado así esa verdad inconclusa: “No hay una página en la Historia de Borinquen en donde la Libertad no proteste contra nuestra vida de colonos”.

Un examen del desarrollo de la sociedad esclavista en Puerto Rico da razón de experiencia histórica a otra observación de Hostos. Revolucionario es y debe ser—escribe—“quien sabe que la revolución es el estado permanente de las sociedades, quien no puede ocultarse del movimiento, sin tener la necesaria propen-

sión de las ideas a realizarse; revolucionario en *las Antillas, forzosamente estacionarias y forzosamente propensas a moverse*". (El subrayado es nuestro).

Dijimos que un examen del régimen esclavista establecido por los españoles venía a dar razón de experiencia a la síntesis revolucionaria de Hostos pues el régimen esclavista que se estableció en Puerto Rico no era—no podía ser—idéntico a los regímenes esclavistas establecidos en otras partes del mundo. Estas particularidades derivaron de que cuando los españoles se establecieron en Boriquén existía en España, plenamente desarrollado, un régimen feudal; régimen feudal que se mantuvo después, cuando en Inglaterra, Francia, Estados Unidos, primero, y luego en la mayor parte de Europa, se desarrollaba y triunfaba el sistema social capitalista. Los españoles, viniendo de un régimen social feudal, impusieron, con la esclavitud, una serie de instituciones plenamente feudales, al mismo tiempo que el desarrollo económico de Puerto Rico, en las condiciones mundiales de entonces, desenvolvía muchos elementos capitalistas. Esta multiplicidad de factores, operando los unos sobre los otros, daban una extraña complejidad a las características del régimen dominante en Puerto Rico y complicaba con mayor intensidad las contradicciones inherentes a los regímenes esclavistas. Por la inversión inteligente y tenaz de nuestra fuerza de trabajo, Puerto Rico había dejado de ser el informe hato realengo descrito por O'Reilly en su famosa *Memoria*. Hostos tiene razón: Puerto Rico, forzosamente estacionario, pues así se lo imponía su estado colonial, estaba forzosamente inclinado a moverse por la fuerza irreprimible de la nación que lleva dentro.

Todo este complejo económico, político y social, servía de sistema de ignición al proceso revolucionario, el cual, diverso en sus manifestaciones esporádicas, era uno en su esencia de formación nacional, de alineación de la Revolución de Independencia.

Es por ello que la abolición de la esclavitud es una conquista revolucionaria del pueblo, y no una concesión de la Corona de

España a los blandengues esfuerzos y las lágrimas de cocodrilo de los anémicos reformistas.

Efectivamente, la abolición de la esclavitud de los negros en Puerto Rico se ganó con las armas en la mano. Esta verdad que no puede racional ni históricamente ser negada, ha sido desfigurada hasta la ignorancia por los historiadores coloniales de la tendencia reformista. Y esta verdad no opaca en nada el altruismo conmovedor que condujo a los abolicionistas puertorriqueños a actitud tal como que su radicalismo hizo temblar a los abolicionistas cubanos en las Cortes de España. Por el contrario, el mil veces alabado altruismo de los puertorriqueños dueños de esclavos es parte de la culminación de un proceso revolucionario con respecto a la esclavitud: es el ademán airoso y certero de una burguesía agraria y terrateniente en ascenso, en posición revolucionaria.

Pero tal gesto de altruismo—expresado por los intelectuales pequeño-burgueses teóricamente y practicado en la realidad por los terratenientes—ocurre mucho, pero mucho, después que las armas—tea incendiaria, puñal y machete—habían escrito a sangre y fuego la protesta de los negros y el derecho de los negros a su libertad civil.

No es la tarea de este folleto enumerar las vicisitudes y el detallado progreso de esa lucha. Sirva únicamente para la aclaración de nuestro pensamiento histórico, de acicate a nuestra memoria de pueblo. Y acaso de índice para que, escritor más desocupado que yo, lo detalle en una documental historia de nuestro precioso siglo XIX.

La piedra fundamental de la libertad de los negros fue la inconformidad de los negros mismos con su esclavitud. Esta inconformidad manifestose de dos modos distintos: ambos revolucionarios. La primera, el motín. Motines de negros alzados estremecen la paz criminal de la colonia con reveladora frecuencia. Hasta en 1821 uno de estos motines produce un sobresalto general en el gobierno: el alzamiento, proyectado en las haciendas de Bayamón, ponía en pie de lucha al fértil Valle del Toa. La conspi-

ración fue descubierta y fieramente suprimida. La llama insurreccional produce otro conato de rebelión en Guayama, tan serio, como que obligó al Capitán General a trasladarse a aquel pueblo, seguido de gran fuerza armada. “Y con sumaria diligencia—escribe Brau—fueron fusilados los cabecillas en presencia de los esclavos...” Estos motines e intentos insurreccionales se extienden a lo largo del tiempo que duró la esclavitud de los negros.

El otro modo de manifestación de la iniciativa negra hacia su propia liberación produce otro hecho de entraña revolucionaria: la inicial insurgencia, la aparición embrionaria de nuestra clase obrera: la artesanía. Aprenden a ganar su libertad, a comprarla. Y se organizan. De ellos nacen los gremios de oficios, verdadera matriz de los futuros sindicatos. La médula revolucionaria de este proceso no puede ser negada, ni aún cubriéndola con la deformación pavorosa que en nuestro movimiento obrero ha producido el reformismo. Fue por este camino que los negros llegaron a participar en el liderato del país.

Pero la demostración más evidente de cómo la abolición de la esclavitud es la obra de los revolucionarios la sintetizan Betances y la Revolución de Lares. Con verdadero genio político Betances comprende, de una sola mirada, el fondo revolucionario de la lucha abolicionista, y comprende, sin que lo nublen sombras, que la abolición de la esclavitud necesita la proclamación de la independencia. Siguiendo su magistral combinación de factores, comprende también que la revolución de independencia no puede ocurrir sin reclutar a sus filas a los negros. Esta profunda y radical comprensión explica la sociología de la insurrección de Lares.

Betances entra en el abolicionismo con este pensamiento ya como guía de su conducta. Con luz certera ha comprendido que el movimiento de organización tiene que ser, por necesidad, a la vez público y clandestino. Para la agitación y organización pública ahí está la plataforma abolicionista. El separatismo queda a

cargo de las sociedades secretas. La Revolución está en marcha.

Y la Revolución decide en Lares la suerte de la esclavitud de los negros. El Gobierno Provisional decreta en Lares la libertad de los negros el 23 de septiembre de 1868. Adversa la suerte de las armas al Ejército Libertador en el combate de El Pepino el día siguiente, derrocado el Gobierno de la República, antes de que los prisioneros mambises fueran acabados de interrogar y se liquidara el proceso, para quitar las armas políticas a la Revolución Puertorriqueña, veintidós días después de haber sido decretada por los revolucionarios la abolición de la esclavitud, exactamente el 15 de octubre de 1868, el Imperio decretaba “libres a los hijos de esclavos nacidos después del 17 de septiembre de 1868”. Y dos años después, por ley del 4 de junio de 1870, daba la libertad a todos los esclavos propiedad del estado; a los mayores de sesenta años; a los que hubieran servido bajo la bandera española; a todos los no inscritos en el censo del 31 de diciembre de 1869; y, finalmente, decretó la abolición total de la esclavitud en Puerto Rico para el 22 de marzo de 1873.

Con la cobardía de los reformistas criollos, con su colaboración política, el Imperio logró, al detener a los revolucionarios en El Pepino, mantener en pie, aunque en proceso de liquidación, cinco años más la esclavitud en Puerto Rico. Lo que la revolución logró en un día, el reformismo se tomó cinco años más en esperar que el Imperio se lo diera. Y aún así lo logró en cinco años por haber ocurrido la revolución de Lares, por sentir la Corona de España la amenaza constante de una repetición de Lares, la amenaza de la Revolución.

La Revolución es la palanca del pueblo. El Reformismo es el freno que el opresor impone al derecho del pueblo.

Así, debilitada la tendencia revolucionaria por el reformismo apoyado en el Imperio, elementos psicológicos de la esclavitud lograron sobrevivir en los negros de Puerto Rico. Los negros de Puerto Rico volvieron a recibir otra infección de esclavitud: pero esta vez la recibieron de los puertorriqueños blancos. Fueron

contagiados por la esclavitud de los reformistas puertorriqueños blancos. Se infectaron tan bien que a principios del Siglo XX sirvieron para organizar un partido anexionista pro-yanqui. La penetración del reformismo que le predicaron los blancos lo alió con ellos en la esclavitud y la degradación de la intervención yanqui.

De haber triunfado Lares, o, por lo menos, de haber permanecido fuerte la tendencia revolucionaria, los negros habrían sido los más penetrados por ésta. Y habrían sido una verdadera vanguardia en la lucha por la independencia, como lo fueron en Cuba.

V. La Autonomía

Si la abolición de la esclavitud constituye la gran conquista del pueblo puertorriqueño en el pasado siglo la autonomía del 1897 es la joya más preciada con que el reformismo se adorna. Con la autonomía como bandera pudo el reformismo servir al Imperio para evitar la independencia en el siglo XIX. Con la autonomía como consigna, variada de nombres pero idéntica en su naturaleza reformista, el reformismo sirve hoy al imperialismo de la manera más eficaz, tapándole al pueblo los ojos a su bien, atajándole los caminos de su independencia y mutilándole criminalmente su justicia social.

Como todas las consignas del reformismo, la autonomía nació en las entrañas y necesidades del Imperio. Su desarrollo es el desenvolvimiento de las necesidades del Imperio. Su misión es servir al Imperio. Su objetivo es desviar el camino del pueblo alejándolo de su Independencia.

Reinaba en España Felipe II cuando sus súbditos de lo que luego ha sido Bélgica amenazaban con aprovecharse de los aprietos del Imperio y declarar su independencia. Atajándoles el camino Felipe, por Real Decreto, extendió la autonomía a aquel territorio.

El Real Decreto constituía una novedad jurídica. Los belgas ganaban su capacidad para gobernar casi totalmente sus asuntos internos y quedaban a la par sujetos al Imperio por el vínculo real.

El concepto de autonomía no nació, pues, de las necesidades de un pueblo esclavizado, sino de las necesidades de dominio del Imperio.

En armas la América del Sur contra el dominio de España en el Siglo XIX, triunfante Bolívar, el impulso creador de 1810 se hace sentir en Puerto Rico con señales inequívocas. Puerto Rico ha pensado en independizarse de España. Bolívar mismo ha planeado una expedición libertadora de Puerto Rico y Cuba. El puertorriqueño Antonio Valero, cercano a Bolívar, ha debido comandar el futuro Ejército Libertador de las Antillas.

Desde que los yanquis se han independizado, el más sagaz de los españoles de su época, el Conde de Aranda, ha pronosticado a la Corona la independencia de sus colonias americanas. Ha planeado una reorganización del Imperio encaminada a frustrar la independencia. El Ministro de la Corona, Floridablanca, ha simpatizado con el proyecto que es francamente autonomista.

El concepto de autonomía, pues, aparece en América no como una necesidad de nuestros pueblos sino como una necesidad del Imperio para mantener su dominación sobre nuestros pueblos.

Huyendo por su oposición a la independencia de su patria, un grupo de refugiados venezolanos afincan en Puerto Rico en el primer cuarto del Siglo XIX. Son aristócratas arruinados por su propia traición. Gente de letras que, según el general criterio expresado por nuestros historiadores vino a hacernos el enorme bien de acrecentar nuestra cultura. ¡Mejor hubieran quedado en Venezuela para que le consumiera las letras el Decreto de Trujillo! Vino con ellos a nuestro país el criterio autonómico. Ya que el Imperio se perdía en Tierra Firme, ¡que sobreviviera en las Antillas! Ese era su pensamiento.

Echó pie a tierra en Puerto Rico el criterio autonómico, pues, no como una necesidad del pueblo puertorriqueño sino como una necesidad del Imperio para mantener su dominio sobre Puerto Rico.

El revés sufrido por las fuerzas revolucionarias en El Pepino; la abolición de la esclavitud en 1873; el Proyecto de Reformas apoyado por Moret en España en 1870; el exilio forzoso de

Betances y demás líderes supremos del separatismo, además de la muerte de Ruiz Belvis; el colapso de la Revolución Cubana en el Zanjón en 1878; el apoyo creciente de Estados Unidos a España para que ésta mantuviera su dominación sobre las Antillas: todos estos factores derivaron hacia un debilitamiento de las fuerzas revolucionarias en Puerto Rico y hacia el fortalecimiento de los reformistas. Estos últimos creyeron llegado el momento de nuclear sus fuerzas para liquidar el movimiento de independencia con un empuje franco hacia la autonomía. Y efectivamente, bajo el liderato de Ramón Baldorioty de Castro se organizó en Ponce el Partido Autonomista en 1887.

No obstante las condiciones debilitadoras de la Revolución que acabamos de señalar, el momento no era enteramente oportuno para el autonomismo. Al contrario: le faltaba su mejor base de apoyo: la amenaza de la revolución sobre el Imperio. ¿Qué razones podía aducir el Imperio para apoyar un movimiento autonomista cuando le era factible sin gran esfuerzo mantener el *statu quo*? Esta contradicción evidente aclara la represión antiautonomista de *El Compite* hasta ahora atribuido por los reformistas a la “crueldad congénita” de los españoles. No hay tal “crueldad congénita”, lo que hay es razón de estado, motivación política.

No duró mucho la represión autonomista. Los reformistas, con su habitual doblez política, han corrido a explicar *El Compite* como la ceguera despótica y la insidia criminal de los “incondicionales españoles”, y, especialmente, del General Palacios y del Conde de Santurce. Arrepentidos de haber caído en la mala voluntad del Imperio se apresuran, para congraciarse con éste, a atribuir a motivaciones personales y locales lo que era una política de Imperio. Y con típica doblez reformista toman al separatismo como válvula de escape, reafirmando la bajeza de su lealtad a la Corona y redoblando sus injurias a los revolucionarios.

Pero la verdad histórica es que quien los libró de la continuación de la represión, quién les abrió las puertas de los calabozos

de El Morro, quien los rescató de manos de los españoles es el jefe de la Revolución: Betances.

El viejo sublime comprendió que la persecución contra los autonomistas era una fuente de reclutamiento para los revolucionarios. Los “palillos” de *El Compite*, los sables de la Guardia Civil, los desplantes insolentes de Palacios, eran estímulos al descontento de los puertorriqueños, eran leña arrojada al fuego de la Revolución. Betances planeó inmediatamente volver a Puerto Rico: entrar al país “a pie”, machete en mano, fusil al rostro. Y corrió a ponerse en comunicación con su amigo del alma, con el veterano jefe glorioso del Ejército Libertador de Cuba, el dominicano Máximo Gómez, exilado honradamente en Centroamérica. Gómez respondió con la grandeza antillana de su alma prócer: como respondió siempre a Cuba, como respondió siempre a Puerto Rico: poniendo su espada al servicio de la Revolución Antillana. Los preparativos para la expedición libertadora no se hicieron esperar, renovadas abrasadoramente todas las esperanzas de la Revolución.

Los contactos de Betances llegan a Puerto Rico casi al mismo tiempo que los esbirros de España comunican a su Gobierno las señales del Plan. El alarmado Gobierno recibe entonces con muestras de simpatía a los contactos autonomistas, llama a Madrid a Palacios, las cárceles se abren y el Partido Autonomista recobra su libertad de acción. Se niega entonces a unirse a Betances, reafirma su lealtad a la Corona, y frustra la coyuntura independizadora. Ha vuelto a cumplir su rol de servidor del Imperio, de satisfactor de las necesidades del Imperio, de frustrador de la apetencia libertadora del pueblo puertorriqueño.

Vuelta a debilitarse la tendencia revolucionaria el Imperio recobra plenamente su iniciativa y trata de mantener hasta donde puede el *statu quo*. Intermitentemente, obstaculiza al movimiento autonomista. Muere Baldorioty de Castro y el autonomismo muestra los claros síntomas de un movimiento estancado: rivalidades individuales, lucha de personalidades, fraccionalismo polí-

tico. Internamente el Partido está dividido: el monstruo del reformismo enseña sus dos cabezas: la una es la abyección, mayor abyección la otra. La una pugna por una piltrafa de autonomía, y por una piltrafa menor de autonomía la otra. Luis Muñoz Rivera encabeza la última fracción y como la descomposición es un proceso creciente a la larga triunfa su criterio como pauta orientadora del reformismo.

La Revolución Antillana empero levanta otra vez cabeza y cubanos y puertorriqueños trabajan sigilosamente para sacudirse el yugo español. A la Revolución Antillana le ha surgido un nuevo líder: su genio político, veedor de largas distancias; su pulso dirigente, sin igual en la historia de América; la apoteosis de su incomparable elocuencia y una como ternura de padre de todos, resucita voluntades, reúne esfuerzos dispersos, da nueva forma y nuevo contenido a la Revolución de las Antillas. Y José Martí tiene un compañero de faena en el más antiguo, tesonero y apostólico de los grandes trabajadores de la Independencia: el puertorriqueño Ramón Emeterio Betances.

Ningún movimiento anterior ha representado de manera tan fiel las necesidades—los ideales—de Puerto Rico y Cuba como el movimiento Martí-Betances que se organiza políticamente en el Partido Revolucionario Cubano-Sección Puerto Rico. Y ninguno ha tenido tantas oportunidades de triunfo. Dos enemigos sin embargo se atraviesan en su camino, dos aliados poderosos del Imperio Español: el reformismo-autonomista que gravita intensamente sobre los puertorriqueños y el Gobierno de Estados Unidos. El primero opera a favor de España sirviendo como apaciguador de los puertorriqueños. El segundo usa todos los medios de que dispone para prolongar la lucha en Cuba hasta que se haya preparado para apoderarse del esfuerzo libertador de los cubanos, y usa también todos los medios para desvincular a Puerto Rico de los revolucionarios cubano-puertorriqueños, para evitar que prenda la llama de la Revolución en Puerto Rico, para que a Puerto Rico lo sorprenda, inerte, su Declaración de Guerra a Es-

pañá y así invadir y atar a su carro imperial a la Patria de Betances.

El sacrificio de Martí en Dos Ríos, la caída de Maceo en Punta Brava, la enfermedad que mina la salud del octagenario Betances, golpes terribles para la Revolución, no detienen sin embargo su avance arrollador.

La Guerra arde en Cuba y va a arder en Puerto Rico. Adentro, sobre el rectángulo cordial de la tierra amada, bulle el fermento revolucionario, se presienten el paso sigiloso, la mano organizadora del clandestinaje. Fuera, los emigrados trabajan sin descanso: disciplinan sus gentes, gestionan la compra de armas, reclutan refuerzos económicos. El Ejército Libertador tiene un Jefe mil veces triunfador sobre los Jefes españoles, el mayagüezano General Juan Rius Rivera; casi medio millón de pesos está disponible para el Proyecto. En la vecina Península de Samaná funciona la avanzada de la fuerza invasora de la libertad: uno de los de Lares dirige allí, y desde allí dirige los preparativos en Puerto Rico. En carta fechada en Samaná, República Dominicana, el 11 de mayo de 1896, Don Aurelio Méndez Martínez paciente y detalladamente instruye al clandestinaje puertorriqueño sobre la organización del levantamiento.

Esa es la hora en que el reformismo autonomista va a jugar su papel final como sostenedor del Imperio Español en Puerto Rico. Muñoz Rivera desempeña, en esa orgía de fraude político, el papel principal. Ha debilitado al Partido hasta hacerlo reducirse, en su pordiosería política, a reclamar el mínimo posible de autonomía. Y lo ha fortalecido lo suficiente para poder usar la amenaza de la Revolución como una letra de cambio cobrable en Madrid.

El contenido de la carta de Méndez Martínez, fechada el 11 de mayo de 1896 en Samaná, le fue comunicado a Muñoz Rivera en junio de ese mismo año en Yauco por Don Antonio Matthey Lluberas. Es el mismo Muñoz Rivera quien lo dice:

“Así las cosas, iba yo con frecuencia a Yauco y paraba en la residencia de Antonio Matthey Lluberas, donde vivía Matienzo tem-

poralmente.

“Mattey es uno, quizás el más importante y enérgico de los pocos conspiradores que conocí en Puerto Rico contra el poder de España. Vivo de imaginación, firme de carácter; con una voluntad robusta y una acometividad resuelta; con relaciones en el país y fuera del país; con prestigio entre las muchedumbres, y enamorado de la independencia por las armas, resultaba un buen tipo de revolucionario pertinaz, diligente, y lleno de fe en sus generosos ideales.

“En torno de la mesa de Mattey, y a la hora de apurar las copas de *champagne*, hablaba él siempre, con viril franqueza, de sus propósitos y de sus medios. Según sus cálculos, que no profundicé ni analicé nunca muy a fondo, un desembarco en Salinas, en Fajardo, en Guánica o en Cabo Rojo, sobre ser muy fácil, se estaba preparando en aquellos días. Allí, y aún más en nuestros paseos nocturnos, hablábamos de los prácticos, conocedores de la costa, que facilitarían el acceso a la isla; de los fusiles ya adquiridos; de los hombres, ya prontos en Nueva York y Santo Domingo.

“Recuérdese la fecha: junio y julio de 1896. A la sazón, burlándose de la policía secreta y de la Guardia Civil, recorrían la isla varios agentes de los patriotas que trabajaban en las Américas del Norte y del Sur”. (*Obras Completas* de Luis Muñoz Rivera, Tomo III. Editadas Póstumamente por Luis Muñoz Marín. Editorial Puerto Rico, Madrid).

Muñoz Rivera bien sabía el valor de estas terribles confidencias. Quizás él, solamente él, sabía todo lo que significaban, porque entre los reformistas puertorriqueños él, solamente él, no sólo había logrado engañar al pueblo puertorriqueño, sino que también al liderato revolucionario dentro del país, como lo demuestra la confianza de Mattey. Véase lo que había ocurrido antes que Mattey Lluberas se confiara a Muñoz:

“Desde que apareció en Ponce *La Democracia*, el 1ro. de julio de 1890, empecé un trabajo que parecía el más patriótico, en el sentido de la patria puertorriqueña: el de hacer posible la perfec-

ta solidaridad de intereses y de sentimientos entre España y sus colonias americanas. Era preciso buscar una solución al problema de Puerto Rico...” (Obra Citada).

Muñoz explica la “salida” que quiere buscar. Lo explica en palabras que destilan toda la ponzoña, la impotencia, el desprecio del pueblo puertorriqueño que envenenan el alma de todo reformista. He aquí lo que dice:

“La independencia, inconveniente a causa de nuestras condiciones especiales, resultaba utópica a causa de nuestra pobreza de recursos para una lid larga y sangrienta; la anexión a Estados Unidos, simpática en el concepto de muchos insulares, me pareció siempre absurda, (Muñoz era muy español, entonces. J.A.C.) por la incompatibilidad entre las razas latina y anglosajona, por el obstáculo inmenso del idioma, por el carácter absorbente de los políticos de Wáshington y por la anemia de nuestro pueblo, tan apto para ser rápidamente absorbido.

“Descartadas estas dos soluciones, quedaba una y no más que una: la de establecer en el país la preponderancia justa, legal y legítima de los hijos del país, bajo la bandera española, que podía sernos odiosa cuando la veíamos tras el prisma de la Guardia Civil, de los caciques conservadores, de los castigos crueles y de las autoridades absolutas; pero que debía sernos cara cuando la viésemos tras el prisma del gobierno propio, de las leyes democráticas, de la imprenta libre y del amplísimo sufragio.

“¿Cómo realizar esa obra magna? ¿Cómo destruir el influjo de los incondicionales, que ejercían el monopolio absoluto del poder? La forma, ya dibujada en líneas tímidas y confusas por el ilustre Celis Aguilera, (Jefe del Partido Asimilista. La palabra autonomía aparece ya en el Programa del Partido Liberal Reformista en 1870. J.A.C.), vino a mi cerebro sin grandes meditaciones. Hela aquí: el Partido Autonomista, solo, carecía de medios para imponer su programa; el partido autonomista, apoyándose en una fuerza peninsular organizada y poderosa, lo realizaría pronto y por completo. Los conservadores de Cánovas, inacce-

sibles para nosotros en virtud de sus temperamentos retrógrados y de sus afinidades en las Antillas, estaban fuera de nuestro alcance; los republicanos se manifestaban incapaces de restaurar la república y de gobernar el estado; pero teníamos, pues, a los liberales (monárquicos) de Sagasta, declarándose paladines de la soberanía popular, estableciendo la universalidad del voto, declarando que no les asustaba el *self-government* en los restos del imperio español y acertando así las distancias que entre ellos y nosotros creó una leyenda de odios fratricidas”. (Obra Citada).

Retratado ya de cuerpo entero por sí mismo, Muñoz Rivera sigue:

“En 1895 estuve por primera vez en Madrid. Los gobernantes españoles y, es claro, los jefes de partidos, no se encierran en sus palacios ni rehuyen el trato de los hombres. Nadie más llano que ellos ni más sinceramente cortés y afectuoso. Fue fácil para mí relacionarme con los señores Sagasta, Maura, Gamazo, Moret, Castelar, López Dominguez, Martínez Campos. Todos aplaudieron mis propósitos; en todos encontré benévola acogida; y Sagasta y Moret me digeron, en palabras explícitas, que ellos patrocinarían el proyecto si yo lograba conducir a la opinión autonomista en francos rumbos hacia el partido liberal, (es decir, el asimilismo en política, como lo quería Goyco en 1870. J.A.C.) y que no vacilarían en cumplir, desde el Congreso, el programa que acordó la Asamblea de Ponce en 1887”. (Obra Citada). Esto, a pesar de que Muñoz estaba reduciendo a su mínimo el tímido programa del 87.

El apetito de presupuesto y la ambición desmedida del barranquiteño asoman inmediatamente. Leédle:

“La perspectiva era brillante: Sagasta en el poder, legislando la autonomía y concediendo el sufragio. Y con el sufragio y con la autonomía... (los autonomistas) rigiendo los destinos públicos y administrando la hacienda pública con autoridad propia y con influjo procedente de la confianza popular y no de la complacencia de un gobernador omnímodo.

“Y el pacto con Sagasta no nos aseguraba el turno en el gobierno: aseguraba la perpetuidad en el gobierno para los autonomistas, que, dueños del sufragio, tendrían cien mil votos contra diez mil, y se convertirían en árbitros eternos de la isla y de sus asuntos gubernativos y administrativos”. (Obra Citada).

Muñoz tenía escollos que salvar, sin embargo. El momento no le era del todo propicio. El monárquico Sagasta, su compinche, no estaba en el poder. Y Sagasta debía ser el “pacificador” de Puerto Rico, el Martínez Campos de Borinquen sin pelea. La posición de Muñoz en el partido mismo, no era del todo cómoda. Tenía una oposición todavía fuerte, atrincherada en la idea de una autonomía mucho más amplia que la defendida por Muñoz. En cuanto a Sagasta, nada podía hacer sino esperar su triunfo, que no podía tardar. A la oposición interna se la echó en las manos el miedo a la revolución. He aquí su confesión explícita:

“El Directorio es, a saber, Gómez Brioso, Rossy, Barbosa y Sánchez Morales—UNICOS autonomistas que existían en San Juan—cedió casi en el acto y convocó a la Delegación de Caguas. Yo no perdía un detalle en la marcha del asunto. Y he de declarar que en el repentino cambio de Matienzo y en el más repentino aún del Directorio, influyeron estas causas:

“Iro. EL MIEDO—así como suena—el miedo a una situación personal conflictiva para aquellos señores, que al fin y al cabo figuraban en las lindes de la tendencia separatista. Al primer grito de revuelta en cualquier punto del interior, respondería el Gobierno apoderándose de las personas CONNOTADAS—como aquí se escribe—, según ocurrió en 1887”.

El miedo a la revolución, pues, le dio a Muñoz la promesa de Sagasta y la sumisión de sus enemigos dentro del Partido.

La gran traición—el Acuerdo de Caguas—se había consumado.

Hay una página de Muñoz Rivera, escrita entre julio y agosto de 1900, lejos ya la bandera de España y cuando los yanquis favorecían a sus enemigos, que revela, al calor de los posteriores suce-

sos históricos, el estado de su conciencia. Es su relato de la entrevista que sostuviera con Gerardo Forets en 1896. Todo el artículo va encaminado a justificarse, no sólo ante sus compatriotas sino ante sí mismo.

Forets, con la mano del verdugo sobre la cabeza, lo desafía todo y entra al país. Ha recorrido el territorio desde San Juan a Fajardo y desde Fajardo a Ponce tratando de reclutar a los autonomistas. Todos se excusan y dicen lo mismo: vea usted a Muñoz Rivera. Si Muñoz se lanza iremos al campo. Y Forets se lo juega todo y va a ver a Muñoz. Son varias las entrevistas. La primera se celebra en casa de Rodríguez Cabrero, y éste está presente. En otras, estuvo Don Pedro Fournier y en una ocasión concurrió el jefe conspiracional de Ponce, Don Fructuoso Bustamante.

Muñoz rehúsa. Y aplaza a Forets para en caso de que fracase la gestión que la Comisión va a hacer en Madrid. El propósito muñocista es evidente: neutralizar a los revolucionarios por el momento, para que una acción pronta no dé en el suelo con los fines antipatrióticos y los planes burocráticos de los autonomistas. Y además, tratar de conseguir como en verdad se trató de conseguir a través de Fournier, una carta de la Junta Revolucionaria, la cual pudiera ser exhibida en Madrid en prueba de lealtad y como precipitante al apaciguamiento con la autonomía. (Edward G. Wilson: *Political Development of Puerto Rico: Struggle for Autonomy*, 1905).

Otro detalle, explicado por el mismo Muñoz, señala la táctica para aprovecharse de los revolucionarios y el alcance de la identificación muñocista con el Gobierno Español. Relata Muñoz:

“El 30 de julio de 1896 escribió y dio a las cajas Rodríguez Cabrero unas líneas que habían de causar profunda irritación en el Gobierno.

“Como los revolucionarios operaban activamente en Santo Domingo, era indispensable confundirse con ellos y vigilarlos hora por hora. Para que sirviese a estos fines policíacos, el general Marín contrató a un hijo del país de cuyo nombre no quiero

acordarme. Rodríguez Cabrero, al conocer el asunto, lanzó la noticia con todos sus pormenores. La denuncia vino en el acto. Yo dirigía el periódico y acepté la responsabilidad, declarándome autor”.

La Comisión saldría en el “Alfonso XII” el 6 de septiembre de 1896. Muñoz, en compañía de Matienzo, va a visitar al Gobernador General Don Sabás Marín. Están hablando cuando...

“Sonó la campanilla del teléfono. Acudió un ayudante. Empezó a comunicar con la jefatura de policía. Matienzo y yo, sabiendo que la espada de Damocles pendía sobre mí, escuchábamos al general; pero no desatendíamos al aparato. De pronto el ayudante, sin responder nada, sin que pudiera traslucirse nada, tomó una hoja de papel y escribió lo que decían desde intramuros. La hoja pasó a manos del gobernador.

“Leyó éste, levantó los ojos para fijarlos en mí, volvió a leer, meditó un minuto que nos pareció un siglo, y nos dejó solos un momento, excusándose con la necesidad de dar una orden. Matienzo y yo habíamos comprendido. Aquel despacho telegráfico era la cárcel, el viaje en suspenso, tal vez el fracaso de una gran iniciativa y de una labor concienzuda. Cambiamos dos palabras y aguardamos. El general Marín volvió. Traía en los labios una pregunta.

—¿Es usted, me dijo, autor de una noticia sediciosa que aparece en *La Democracia* sobre espionaje militar en Santo Domingo?—

“Aquella interrogación era una especie de abismo abierto ante mí. *La esperaba* y contesté:

—No, mi general. El autor es uno de los colaboradores del periódico. Pero esto, aquí, entre usted y yo, confidencial e íntimamente, de caballero a caballero, donde no cabe más que la verdad. Pero ante los tribunales, ante los Consejos de Guerra, el autor soy yo, y lo he declarado, y admito las responsabilidades que del hecho se deriven.

—¿Y no podría usted dar el nombre del que escribió la noticia?—.

—Usted, mi general, es un jefe del ejército español. Usted conoce las leyes de la hidalguía. Y he de sacrificarlo, y lo sacrifico todo, antes que denunciar a un compañero, ya que, como Director de *La Democracia* hasta ayer mismo, mi deber consiste en responder de los escritos que no llevan firma.

“Entonces se dirigió a Matienzo y le encargó que viese sin demora al Fiscal, Señor Mendo de Figueroa, y le indicase, EN SU NOMBRE, en nombre del Gobierno, que, por motivos muy serios, se imponía el sobreseimiento de la causa”. (Obra Citada).

El camino de Madrid estaba expedito. Muñoz Rivera llevaba unas cartas del General: una para el Presidente del Consejo, señor Cánovas; otra para el Ministro de Ultramar, Señor Castellanos, y la tercera para el Señor Sagasta. La Autonomía era un hecho. El Capitán General de Puerto Rico tenía “motivos muy serios”.

El 24 de marzo, fuera de aviso, el caudillo patriota Don Fidel Vélez, bajaba de las alturas del Barrio Susúa Arriba, en Yauco, al mando de una guerrilla mambisa. Al amanecer, al grito de “¡Viva Puerto Rico Libre!”, cargaban al machete a la guarnición española.

La intentona de Yauco se estrelló heroicamente contra los cuadros españoles. Debió haber sido parte del gran levantamiento dirigido por Betances, organizado por Méndez Martínez, comandado por Rius Rivera. Debilitado y aislado por los autonomistas operó en el vacío que el apaciguamiento reformista autonomista había creado. Pero subrayó la decisión puertorriqueña de libertad o muerte a la hora vecina en que el apaciguamiento autonomista abría la oportunidad de invasión al Ejército de Estados Unidos.

La autonomía, pues, no la ganaron los autonomistas. La Corona de España se las puso en las manos como precio a que defendieran a la Corona de las verdaderas fuerzas puertorriqueñas, las fuerzas de la independencia que dirigía Betances.

Pero, de no haber sido por el apaciguamiento de los autonomistas, con el país en armas, Puerto Rico, como Cuba, se habría

libertado de España y de Estados Unidos.

El apaciguamiento de la autonomía, complementado con la invasión yanqui a la cual dio esta vana excusa con la permanencia de la bandera española en Puerto Rico, probijó la frustración de nuestro proceso natural de desarrollo, la frustración del proceso revolucionario histórico del Siglo XIX. Al fenecer el siglo, Puerto Rico tuvo que tomar aliento, detenerse, ahogado, por la traición del liderato autonomista y encarar el siglo XX comenzando de nuevo su lucha por la independencia contra un imperialismo joven y potente ocupando el puesto vacado por el viejo y desarbola-do Imperio Español. La invasión planteó a Puerto Rico la creación de un nuevo movimiento, con un nuevo liderato capaz de entenderle la entraña al monstruo que se le vino encima.

Levantemos ahora el telón en el acto final del gran drama, veamos el balance de lo que perdimos y todo lo que tenemos por ganar, todo lo que ganaremos con la independencia. Porque ahora, al arrebatar a Estados Unidos nuestra independencia, se trata, nada menos, que de la reconquista de nosotros mismos y la conquista de todo lo que nos ha faltado. No empece la hondura de nuestra tragedia, el incentivo es ahora más fuerte. Si al terminar el pasado siglo constituíamos la atrasada retaguardia de América en lucha por entrar en sí misma ahora constituimos la vanguardia de nuestra América en lucha contra el imperialismo. Y somos el pueblo-líder espiritual, de 130 millones de iberoamericanos en lucha contra el imperialismo. La suerte está echada, y estaremos entre los vencedores el día de Armagedón.

VI. La gran crisis

En la primavera de 1898 se le plantea al pueblo puertorriqueño la gran crisis de su historia. Estados Unidos se lanza en guerra contra España, la primera guerra de la nueva época del imperialismo.

La Declaración de Guerra de Estados Unidos a España era una consecuencia lógica de la política latinoamericana seguida por Estados Unidos desde principios del Siglo XIX. Pero al finalizar el siglo no pudo, sin embargo, Estados Unidos, darle la salida que había preparado “pacientemente” durante casi cien años. Púsosele de por medio la resistencia orgullosa de España. El ensueño de lanzar a España de las Antillas y enseñorearse, a solas de éstas, hubo de ser modificado. Y Estados Unidos se lanzó a la guerra contra España para obligarla a transigir en aliarse para la explotación de las Antillas. El Tratado de París es la consecuencia directa de esta modificación circunstancial en la política del imperialismo yanqui. Convirtió a Puerto Rico en colonia de Estados Unidos. Los cubanos han hecho ya el examen de su significación para Cuba.

La “victoria” de los autonomistas en 1897; el debilitamiento de las fuerzas revolucionarias puertorriqueñas que fue su consecuencia trágica, dan la clave a la fácil victoria del imperialismo yanqui en afianzar sus plantas sobre la tierra puertorriqueña. La invasión yanqui puso a prueba al campo reformista del país, puso a prueba su patriotismo, su capacidad política, su coraje personal, y, ¡oh, ironías!, ¡hasta su “lealtad” a España! Y en cada una de éstas falló groseramente.

Conducidas a un estado de debilitamiento sin precedente en nuestra historia,—debilitadas por el aislamiento a que las empujaron los reformistas-autonomistas, y por el quinta-columnismo anexionista que, con Henna a la cabeza, se coló en sus filas—las fuerzas revolucionarias hicieron a pesar de todo, una demostración de dignidad patriótica, de conciencia nacional, de vergüenza de pueblo. Al conocer en su gloriosa ancianidad desterrada, con un pie ya en la tumba, Betances, las noticias de la invasión de Puerto Rico, lanzó desde París el grito santo de guerra, la gran consigna de respuesta a los yanquis cuya vigencia sin caduquez vibra sobre Puerto Rico contemporáneo: *No quiero colonia, ni con España, ni con Estados Unidos. ¿Qué hacen los puertorriqueños que no se rebelan?*

El grito de Betances tuvo un eco en el corazón de Puerto Rico. Una patrulla montada rebelde, al mando del guerrillero Aguila, tiroteó a los yanquis en Guánica. Al impulso de los instintos más elementales de la espontaneidad nacional organizóse en todo el interior del país un movimiento de revuelta, conocido por el de “Las Partidas Seduciosas”. No se ha señalado todavía, que yo sepa, la enorme importancia de este movimiento espontáneo, alentado, en sus inicios, por algunos dignos conspiradores revolucionarios. Piénsese por un sólo instante en lo que tal movimiento habría significado si la dirección política del país, enteramente en manos de los autonomistas, *hubiera* respondido con capacidad política, con valentía personal, con patriotismo. Las “partidas”, abandonadas, siguieron el derrotero fatal de todo movimiento de guerrillas en desintegración: el camino de la delincuencia. Pero, de haber respondido el liderato político del país patrióticamente, inteligentemente, valientemente, dándole a las partidas dirección, contenido político correcto, ese movimiento hubiera, por lo menos, modificado la desgracia del país. Por última vez en su vida Muñoz Rivera tuvo en sus manos la oportunidad de ser un Aguinaldo. Y le faltó estatura. Otra vez el pueblo respondió. Falló el liderato.

La incapacidad política del liderato autonomista llegó a su máximo de demostración en la dimisión corderil del Gabinete Autonómico. Acostumbrados a la obediencia al Imperio, los líderes autonomistas reconocieron el tono de mando de los yanquis a pesar del cambio de idioma. Y a la requisitoria de dimisión del Ejército de Estados Unidos respondieron marchando cabizbajos, Luis Muñoz Rivera, Juan Hernández López, José Severo Quiñones, Manuel F. Rossy, Francisco Mariano Quiñones y Manuel Fernández Juncos a entregar sus carteras, y algo más. Estos mismos hombres iban a constituir, muy pronto, con otros más, el nuevo liderato colaboracionista con el nuevo amo. E iban a servir al nuevo amo con tanta “lealtad”, y con tanta eficacia, como sirvieron al amo anterior.

Evacuada la coyuntura insurreccional inmediata, Hostos trata de organizar la revuelta política. La “Liga de Patriotas” debe ser un instrumento de Unión Nacional. Los antiguos autonomistas, espantados de la ovación que Hostos recibe en una asamblea pública, le bloquean el trabajo. Hasta esta “Liga de Patriotas”, que en Hostos mantiene el propósito emancipador, pero que en el fondo es una concesión al reformismo, espanta a los viejos autonomistas.

Los periodistas del campo revolucionario yerguen su pluma viril contra la invasión, mientras los viejos plumíferos del autonomismo luchan por adaptar su viejo idioma apaciguador a las exigencias del nuevo amo. Mientras Guzmán Rodríguez cae preso, como ha de caer preso después Medina González y el sin par Evaristo Izcoa Díaz muere estoicamente en la Cárcel de Ponce, Muñoz Rivera, Barbosa y Cía. pugnan por el primer puesto en los favores del nuevo amo.

La sumisión del liderato autonomista le ha dado, pues, una base política de operaciones a los invasores yanquis.

Sobre el campo de la nueva política colonial se alínean ya las viejas facciones autonomistas que habían luchado dentro del antiguo partido, a las que se alían, de un lado, desprendimientos del

viejo incondicionalismo español, y del otro, elementos del campo anexionista que habían penetrado en la Junta de Nueva York.

El imperialismo yanqui ha descubierto que le es útil, para la retención pacífica del país, este dócil reformismo criollo. El imperialismo, pues, maniobra para estimular el servilismo insularista con la perspectiva de una burocracia y sajar la familia puertorriqueña. La eterna divisa imperial, *divide et impera*, no había sido descuidada por los invasores. En las instrucciones entregadas a los Generales Miles y Schafter por la Secretaría de la Guerra se delineaba el plan general de divisionismo tanto para Cuba como para Puerto Rico. Pensando todavía en asegurarse que el pueblo cubano es díscolo y acostumbrado a pelear por sus derechos con las armas en la mano, pero que en Cuba la población está dividida en razas, contando la raza negra con la predominancia, sobre todo en las filas de la Revolución, por lo cual el Ejército de Estados Unidos estimularía el prejuicio racial y equilibraría las fuerzas para la lucha poniendo sus recursos del lado de la aristocracia blanca criolla. El plan no tuvo en Cuba el triunfo definitivo de una frustración plena de la independencia. Pero logró dividir al pueblo cubano y hacerlo desembocar en la guerra civil.

En las instrucciones dadas al General Miles, jefe de las fuerzas invasoras de Puerto Rico, apuntaba la Secretaría de la Guerra que Puerto Rico era un pueblo no acostumbrado a defender sus derechos con las armas en la mano, pero inclinado a la discordia politiquera. Su población, es en mayoría blanca y, para estimular la división debía fomentarse el prejuicio racial. Para que el plan fuese más efectivo el Ejército pondría sus recursos al lado de la minoría negra. En Puerto Rico el plan les fue bien. La familia puertorriqueña se dividió. Los negros puertorriqueños, que aprendieron sumisión de los blancos autonomistas, sirvieron de base para la organización del Partido Republicano Histórico, con Barbosa a la cabeza. Frente a aquel partido, que contaba con el

favor sin reservas del Gobierno, organizóse el Partido Federal, con Muñoz Rivera de líder.

José Celso Barbosa era el yanquismo a todo trance, el “hombre” del Gobierno invasor, el anexionista sin ambages. Y ni él, ni sus seguidores, lo han negado. Pero los reformistas del campo muñocista han puesto empeño posterior en cubrir a su líder, en presentarlo como campeón de la libertad, como el faraón de la estrategia. Su filiación yankófila, acabada de arriar la bandera de España, no ofrece dudas. Asume Muñoz ante los nuevos invasores la misma posición que asumió frente a España. Compárese estos dos pronunciamientos:

“... Es necesario que la administración sea nuestra, en todos sus ramos y en todos sus órdenes. A ese objetivo encaminamos la propaganda. Ya lo sabe el país. Somos demócratas españoles y a la democracia española vamos de buena fe, sin pesimismo y sin reservas... Sobre la base de esas fuerzas podemos pactar con las agrupaciones peninsulares, no con el propósito de servir las ciegamente, sino con el fin de obtener una reciprocidad completa que nos ponga en actitud de dirigir la colonia...” (*La Democracia*, febrero de 1892).

Y días después de haber cesado el fuego entre las fuerzas españolas y los yanquis, en una entrevista al corresponsal del *New York Tribune*, publicada en su edición del 10 de octubre de 1898:

“El deseo general puede condensarse en esta fórmula: la ocupación militar, breve, muy breve, prolongándose mientras se reúna el parlamento en Wáshington: durante la ocupación militar las leyes que hoy rigen y los organismos que hoy funcionan deben respetarse: después, en seguida, la declaración de territorio con una legislación adaptable a la legislación nacional; pero nunca menos autonómica y libre que la que poseemos: más tarde, en corto plazo, la declaración de Estado que colmaría los deseos del país y le identificaría por completo con la nueva patria. Tal es el método más sencillo y más fácil para americanizar a Puerto Rico...”

Pero la sumisión de los líderes, importante como era para el imperialismo, no podía ofrecerle suficiente garantía. ¿Cómo iba a confiar el Gobierno yanqui en hombres que, de la noche a la mañana, juraban fe a dos soberanías extranjeras en su patria? La sumisión de los líderes había que usarla para organizar la sumisión sistemática de la clase dirigente y las masas del pueblo. El sufragio, dependiente de la soberanía yanqui, regimentado por el poder político extranjero: he ahí la gran fórmula por la cual, bajo el liderato de los líderes sumisos, evacuaría en el vacío su energía política el pueblo. Para diezmar la virilidad primigenia del pueblo, la ocupación militar. Para romper la continuidad nacional, romper la interdependencia de relaciones económicas de los puertorriqueños. La base material misma de la nacionalidad es, necesariamente, la interdependencia en la vida económica de los que viven en un territorio común. La base de esa vida económica de los puertorriqueños era el café. Había que derrocar al café.

Meses después de izada la bandera yanqui en Puerto Rico las ciudades del país recibieron las primeras oleadas de ex-cafeteros hambrientos que buscaban refugio y formarían en las primeras filas de los candidatos a burócratas yankófilos, verdadera vanguardia de la peste burocrática que ha caído sobre el país. La ruina de la industria cafetalera era un hecho.

Los expropietarios traían cola. Tras de ellos corrieron hacia la ciudad—la mitad de la población del país vivía del café—millares de ex-trabajadores de la zona cafetalera. Solamente meses habían transcurrido desde que la bandera yanqui se izara en Puerto Rico, y ya a su sombra nacían los nauseabundos arrabales que nos conmueven.

Este era el efecto del primer gran atraco de los imperialistas yanquis a la economía puertorriqueña.

Subrayo mi imparcialidad de juicio cediendo la palabra a una publicación oficial del Gobierno de Estados Unidos: en las páginas 55 y 56 del libro *“Puerto Rico, A Guide to the Island of Boriquén,* (Compiled and Written by the Puerto Rico Reconstruction

Administration, In Cooperation, with the Writer's Program of the Work Projects Administration, Sponsored by the Puerto Rico Department of Education, The University Press Society, New York, 1940), se dice:

“El uso de la moneda puertorriqueña (que estaba a la par con la yanqui, J.A.C.) fue abolido en 1899, siendo substituida aquella por la moneda de Estados Unidos a base de 60 centavos por peso. Tal acción hacía necesario un reajuste de valores locales, en desventaja temporal de la Isla, cuya economía se basaba en el peso. El café era entonces la base económica de la Isla, la cual exportaba 58 millones de libras anuales. Los cafetaleros, estimulados por una consistente demanda de su café en los mercados europeos durante medio siglo disfrutaban de una orgía de producción. Hipotecaron sus propiedades para comprar más tierras, y el canje monetario aumentó automáticamente el peso de su deuda hipotecaria. Esta situación, agravada por la destrucción del ciclón de San Ciriaco ese mismo año, y el que arrasó las plantaciones de café, fue un golpe de muerte a la economía cafetalera del país. Perdidas sus propiedades, los agricultores viéronse obligados a migrar hacia los pueblos y ciudades. Siguiéronlos los trabajadores, los cuales viéronse forzados a levantar cuarteles en los alrededores de las comunidades urbanas, fundando así los malolientes arrabales aún existentes. La ruina de la *industria cafetalera, que daba trabajo a más de la mitad de la población, no fue más que uno de los simples detalles dramáticos de la ruina que sembró en el país el canje de la moneda*”. (La traducción y el subrayado son míos. J.A.C.)

Mucho se ha dicho y escrito por los apologetas de la invasión para atribuir al ciclón de San Ciriaco, y no al canje de la moneda, la ruina de nuestra industria cafetalera. El testimonio oficial arriba ofrecido, escrito 42 años después de la invasión, despeja toda duda. El Gobierno, mirando satisfecho su obra en la perspectiva de casi medio siglo, lo admite en palabras a las que no se puede torcer el sentido. “*La ruina de la industria cafetalera—dice—que daba trabajo a más de la mitad de la población, no fue más que uno de*

los simples detalles dramáticos de la ruina que sembró en el país el canje de la moneda”.

Pero hay otro detalle que añade responsabilidad al Gobierno invasor. Desde luego que, si los agricultores no hubieran visto diezgadas sus reservas financieras en un 40% con motivo del canje, ni la hubieran visto igualmente mermadas los refraccionadores de los cafetaleros (por ahí empezó, por las casas refraccionadoras, la ruina del comercio) los cafetaleros, con sus propios recursos, más el crédito de sus refraccionadores, se habrían enfrentado valiente y victoriosamente a la crisis. Tales condiciones habían desaparecido. Pero si el Gobierno invasor hubiera sentido la menor responsabilidad para con el pueblo invadido, hubiera acudido presuroso a satisfacer con un crédito razonable las necesidades de la industria. Por el contrario, según la evidencia de un libro de la época, maliciosamente revelador, de Edward G. Wilson, *Political Development of Puerto Rico*, el Gobierno no sólo negó el préstamo. Hizo más. Manióbró entre la negativa y la esperanza, paralizándolo así la iniciativa propia, contribuyendo al mayor deterioro de los cafetales con la demora y empujando a la clase propietaria cafetalera a servir de base a la sumisión del liderato reformista.

Otro tanto iba sucediendo entre los trabajadores.

El día en que el Gabinete Autónomico había tomado posesión de sus cargos, una manifestación obrera recorrió las calles de San Juan. Por sobre las cabezas de la muchedumbre enardecida flotaban dos banderas. La monoestrellada en triángulo azul, emblema de la nacionalidad, y la bandera roja de los trabajadores. En ese mismo momento Muñoz Rivera reveló en la práctica lo que en teoría había escrito meses antes según hemos demostrado en anterior capítulo, es decir, que los autonomistas se “convertirían en árbitros eternos de la Isla y de sus asuntos gubernativos y administrativos”. ¡Nada de oposición! ¡Y mucho menos de oposición de clase! La manifestación obrera fue disuelta. Pero, esa tarde, celebróse en el Teatro Municipal una

asamblea de trabajadores. En los discursos se habló abiertamente de independencia y socialismo.

El desarrollo de la burguesía puertorriqueña a través del Siglo era patente. Desde el temprano destello de la Sociedad Económica de Amigos del País, hasta la represión de la manifestación obrera de 1897, mucho se había andado. De “clase en sí” la burguesía había devenido en “clase para sí”. La invasión yanqui vino a deshacerle lo andado.

Paralelamente con el desarrollo de la burguesía, desde los tempranos gremios de artesanos, la clase obrera seguía también su propio desarrollo. La manifestación de 1897 demuestra su natural desarrollo hacia la conquista de la independencia del país y de sus intereses de clase. La invasión yanqui vino a torcer su camino. ¡Hasta que el momento habría de llegar en que el liderato obrero arrojara su bandera al fango de la traición azucarera y se abrazase a los explotadores de su pueblo! Porque, no empece a lo sucedido el día mencionado, al terminar el siglo la clase obrera no tenía en Puerto Rico unidad ideológica ni organizativa, a Marx se le conocía confusamente, apenas si de nombre. Julian Sores, Kropotkine, Marx, Pablo Iglesias, Ferrer: éstos eran nombres barajados a la ligera. Y sobre esa confusión, sobre el hambre del desempleo y el inesperado maremagnum enervante de los arrabales, el imperialismo pudo operar para conducir al incipiente movimiento obrero al economismo más grosero, al reformismo más pernicioso, bajo un liderato transformado en aristocracia obrera de tipo colonial.

Un hombre, ciertamente no un puertorriqueño, sino un español, iba a desempeñar en la clase obrera el papel que en la burguesía desempeñaba Muñoz Rivera: su nombre es Santiago Iglesias Pantín.

Si el papel que pudo haber desempeñado Muñoz Rivera en la liberación de Puerto Rico se evidencia a primera vista en la lectura de estas páginas, y se evidencia igualmente el papel real que desempeñara en la retranca del pueblo puertorriqueño ca-

mino de su independencia, el papel desempeñado por Iglesias, como Jefe del movimiento obrero del país, se pone de relieve al examinar la transformación ocurrida en nuestra economía en 18 meses de intervención yanqui, con la nueva relación de fuerzas sociales y políticas que tal transformación necesariamente traía.

El 12 de abril de 1900 el Congreso yanqui aprobó la Ley de Foraker estableciendo el gobierno civil. La aprobación de la Ley de Foraker señala el momento de estabilización del imperialismo en Puerto Rico. El país ha sido debilitado lo suficiente para darle un barniz de civilidad al despotismo de la ocupación armada.

Con el establecimiento del gobierno civil comenzó el inversionismo. La ruina del país hacía fácil el camino. Las industrias del azúcar y del tabaco, protegidas por la tarifa, entraron en un período de expansión. El crecimiento de la industria azucarera desplazó la economía agrícola de su base de agricultura directa de consumo a la de producción comercial para la exportación. El desarrollo de la industria del tabaco y las frutas cítricas siguieron el mismo camino. Pero al café se le dejó fuera de la protección tarifaria pasando de la penuria a la categoría de ninguna importancia.

El plan imperialista es visible. La nación debía ser destruida en su base material, y la riqueza del país transferida a sus manos.

Los molinos de plantación en la industria azucarera, productores de azúcar moscabada, cedieron su puesto a modernas centrales azucareras, moledoras de la producción de millares de acres. La finca de familia, producto de cuatro siglos de desarrollo progresivo de la economía puertorriqueña, desaparecía súbitamente, devorada por la gran corporación absentista. Para fines de 1900, unos 18 meses después de la invasión yanqui, las 21 centrales y las 249 grandes haciendas azucareras individuales existentes en 1899 habían sido absorbidas dentro de 41 grandes centrales modernas. Capitales yanquis, gentes ausentes en la Nueva Inglaterra, en Nueva York, Filadelfia, eran los amos del país. La agresiva

concentración de la economía yanqui sobre la puertorriqueña indefensa había absorbido nuestra industria azucarera.

Tales condiciones creaban un material explosivo fácil de organizar y dirigir en un poderoso movimiento obrero, como lo creaban aún más para un gran movimiento nacional de independencia, en el cual tal movimiento obrero fuese un factor de incommensurable importancia. Importancia que no se reduciría a la de la concurrencia de una gran fuerza estratégica, sino también que se reflejara en el pensamiento de la revolución nacional, ampliándole su radio de progreso, tal como la penetración en las esferas de la clase media, los campesinos y los tabaqueros en el mando libertador de Cuba—Martí, los Maceo, Carlos Baliño—determinaron un cambio cualitativo en el contenido de la Revolución Cubana.

Tal movimiento libertador se produjo. Pero ambas fuerzas, la burguesía y el proletariado, divididas por el invasor, tomaron distintos derroteros. Y con ambas fue a su frustración el primer movimiento serio de independización de Puerto Rico bajo la dominación yanqui. El reformismo minó otra vez su fondo y ambas corrientes terminaron por abrazarse servilmente a las órdenes del invasor. Es necesario señalar, sin embargo, que, no empuje su final fracaso, la significación de ese movimiento, en ambas tendencias es enorme.

VII. Partido Unionista y Partido Socialista

El Partido Unión de Puerto Rico fue, como su nombre lo indica, un esfuerzo por responder a la necesidad expresa del pueblo para la unidad nacional frente a las condiciones creadas por la invasión. Como esfuerzo de organización y movilización del pueblo puertorriqueño logró un triunfo indudable. Fracasó horriblemente, sin embargo, como movimiento conquistador del objetivo histórico que era su natural meta, como ganador de los propósitos que le dieron vida.

El Partido Unión de Puerto Rico nace cuando parte de la clase dirigente del país abre los ojos a la realidad que se traga a la nación. Intelectuales como Rosendo Matienzo Cintrón y José de Diego, aciertan al mirar en su fondo la situación del país. La naturaleza del imperialismo teóricamente se les escapa, y nunca llegan a captarla en su verdadera esencia. Pero ya el país es un libro abierto, y la realidad se les traduce en la cabeza. Matienzo comprende que la bandera yanqui en Puerto Rico es como un rastrillo que arrastra hacia manos yanquis las tierras puertorriqueñas. Plantea una tesis de agrarismo político. De Diego comprende que la bandera de Estados Unidos es una sentencia de muerte sobre la cultura puertorriqueña. Comienza a pensar seriamente en la independencia. Dos sensibilidades distintas se alarman ante la agresión del imperialismo a la economía y la cultura patrias.

Matienzo más crudamente, de Diego también, son reflejos de la inquietud que se agita en el pecho de la burguesía puertorriqueña. El Partido Unión de Puerto Rico nace como el partido de la burguesía cuando ésta comprende que para defender las tie-

rras que le quedan necesita una bandera. Y esa bandera es la bandera de la Independencia. Uno no puede sino sonreír con amargura al recordar que, a pesar de ello, ni de Diego ni Matienzo vinieron a dirigir al nuevo partido. Por una ironía de nuestro destino el primer movimiento serio de independización en el Siglo XX fue a parar a las manos de Luis Muñoz Rivera. Su fracaso prácticamente quedaba asegurado.

Siendo la Unión de Puerto Rico, como era, el partido de la burguesía, era, por lo tanto el partido de la clase dirigente nacional, y, por responder básicamente a las necesidades más caras del país era el partido de todo el pueblo puertorriqueño: clase media, intelectuales, obreros, campesinos. Era el partido de la unidad nacional.

La lucha por la independencia era la lucha por la salvación del país. La lucha por la retención de las tierras en manos puertorriqueñas era la lucha por la justicia social de nuestro pueblo. Consciente de los valores envueltos en la lucha, el pueblo puertorriqueño no faltó a su deber: lo llevó al triunfo, al primero de los “copos” famosos.

Pero si el pueblo puertorriqueño fue al Partido Unionista de rechamente a hacer la tarea histórica necesaria, su dirección tomó el camino trillado del reformismo, la vereda tortuosa del oportunismo. No era a las urnas que el Partido tenía que ir, sino a la organización de la resistencia y la insurrección. El Partido presentó al pueblo el camino de las urnas y el pueblo lo siguió, desembocando en la frustración y en el desastre.

Muñoz Rivera había aprendido su lección en el fracaso del Partido Federal. Sagaz como era, el barranquiteño percatóse pronto que para ganar elecciones en Puerto Rico necesitáse contar de antemano con el visto bueno de Wáshington. Obtenido el visto bueno de Wáshington ya las partes electorales litigantes quedan en libertad de pelearse con toda furia, de mover sus recursos hasta el máximo, y de ganarse y derrotarse mutuamente. Pero no se trata de partidos puertorriqueños en lucha: en el fondo, son

facciones al servicio del imperialismo que se disputan el servirle mejor a cambio del disfrute del presupuesto. Hay gradaciones, desde luego, pero el camino electoral es el camino del colaboracionismo siempre.

Al imperialismo no le fue difícil degenerar y desintegrar al Partido Unionista. En vano Matienzo insistía en su evangelio agrario: el auge del mercado azucarero desarrollado por la Guerra Imperialista de 1914 rompía las filas de los terratenientes y comerciantes criollos. En vano de Diego reclutaba la apoteosis de su genio tribunicio en defensa del idioma, de la cultura y la independencia: abandonado por su clase convirtiéndose en una conciencia solitaria que no supo buscar la compañía que le quedaba, pero que bastaba para llevar la sagrada causa al triunfo: las masas del pueblo.

Por el contrario, la política reformista y oportunista de Muñoz Rivera triunfaba en toda línea. Muñoz Rivera, pasado de lleno al campo anexionista, jugaba a las masas la carta de la independencia en la tribuna, para pescar votos. Y ante Wáshington presentaba las candidaturas de su partido, fieles anexionistas como Martín Travieso, Juan B. Huyke, Hernández López, etc.

Y conducido por su guía, el Partido desembocó, no en la salvación de las tierras, no en la conquista de la independencia, sino en la definitiva latifundización absentista de Puerto Rico y en la Carta Orgánica de 1917, en la Ley de Jones, en la ciudadanía yanqui y en el servicio militar obligatorio. Es decir, el partido, desnaturalizado al tomar el camino reformista-electoral, siguió fatalmente hacia su destino como partido electoral: la degeneración y la disolución.

El Partido Unión de Puerto Rico fue el último esfuerzo político coordinado de la burguesía puertorriqueña por salvar al país salvándose ella misma. Fracasó, al ignorar que su tarea era encabezar la revolución de independencia. Se desvió cuando la burguesía de la cual era expresión política se dejó confundir por el auge azucarero promovido por la guerra y olvidó sus objetivos:

asegurarse las tierras y un mercado doméstico con la independencia. Por lo cual, lo único positivo que del Partido Unión de Puerto Rico queda es el testimonio de que el pueblo puertorriqueño respondió a su llamado. Si en vez de avanzar retrocedió, su reculada no fue una reculada del pueblo, que seguía en las manifestaciones y mítines, aún después de eliminada por los líderes, vitoreando la independencia: fue una reculada de sus líderes. Pero el peso del liderato sobre el país fue tal que la reculada de los líderes se convirtió, desdichadamente, en una reculada general: perdimos el reconocimiento jurídico de nuestra ciudadanía. Perdimos nuestra autonomía municipal, y perdimos un reconocimiento implícito de Estados Unidos de que el país se encaminaba, por sus propias fuerzas, hacia la independencia. El liderato unionista, salvo de Diego y algunos estudiantes e intelectuales que le acompañaban, traicionó al país. La base de esa traición se encuentra en el reformismo. El reformismo, al llevar el país a la vía electoral, lo unce al carro del imperialismo. El medio electoral ciñe en Puerto Rico necesariamente a un partido a los medios legales de lucha exclusivamente, sumándolo a las fuerzas del reformismo. Tan pronto se es reformista la necesidad del partido se convierte en ganar las elecciones: la independencia queda relegada a un segundo término. La historia nos sigue enseñando que la independencia del país hay que hacerla fuera de la vía electoral.

Si el partido Unión de Puerto Rico vació el contenido de su nombre en el divisionismo y la traición, el Partido Socialista, organizado por Santiago Iglesias Pantín algunos años después de la invasión, nunca hizo honor a su nombre. Nada más terriblemente curioso que ese socialismo colonial y colonialista, nacido y crecido al amparo del imperialismo yanqui a través del social-imperialista yanqui Samuel Gompers y su parigual en Puerto Rico Santiago Iglesias Pantín. Y nada más trágico tampoco, por las condiciones de [la clase] obrera puertorriqueña que encontró al establecerse y que desvió de su entraña revolucionaria y patriota

para encauzarla hacia el colaboracionismo y la traición.

Efectivamente, ningún detalle más significativo se puede señalar en demostración del progreso histórico de Puerto Rico en la última mitad del Siglo XIX que la prueba de combatividad con que la clase obrera puertorriqueña enfrentó el alborear del Siglo XX. Anotamos en anterior capítulo el memorable hecho ocurrido en San Juan el día en que tomó posesión el Gabinete Autonomico. Históricamente, ese día, en manos de obreros puertorriqueños, se agitó públicamente en las calles de Puerto Rico por primera vez, consciente y desafiante, la bandera del triángulo y la estrella que simboliza la nacionalidad. También la bandera roja. Y en la asamblea obrera celebrada ese día se habló abiertamente de independencia y socialismo. La parte esencial que en la independización de Puerto Rico pudo entonces haber tomado nuestra clase obrera, combatiendo bajo su partido de clase, es incalculable en importancia. Pero el Partido Socialista, que—según el pueblo se desengañaba del unionismo, fue creciendo—llegó a ser un partido de masas que libró grandes batallas por mejores salarios y otras conquistas mínimas, fue desde su nacimiento un partido sin patriotismo y sin ideología obrera. Con su rendición al imperialismo el Partido Socialista le dio al imperialismo su base de masas e hizo al país daño tan grave como que la presente atomización del movimiento obrero, su inercia escandalosa frente al problema nacional (y en la mayoría de las uniones, su respaldo al imperialismo) puede, retrospectivamente, seguirse hasta dar con un nombre: Santiago Iglesias Pantín.

El fenómeno de Santiago Iglesias Pantín, organizador del movimiento obrero y del Partido Socialista, no puede explicarse a secas por el hecho de que no era puertorriqueño. Ciertamente que en Iglesias, llegado maduro ya, a Puerto Rico, no podía haber la natural inclinación hacia el país, la entraña de ternura, tejido sutil de las memorias infantiles, ni el sedimento de pasado puertorriqueño que le hubieran sido naturales de haber nacido en nuestra patria. Pero tal indiscutible verdad pudo haberla superado Igle-

sias, contando con ideología obrera. Por carecer de ideología obrera, pues y no especialmente por no haber nacido en Puerto Rico; por haber sido desde siempre un político pequeño-burgués, Iglesias cayó en el oportunismo alineándose al servicio de los nuevos amos del país.

Por falta de ideología obrera desconoció el papel de la burguesía puertorriqueña en la lucha por la independencia, después de haber ignorado la importancia de la independencia como arma del proletariado. Por falta de ideología obrera ignoró que, aún cuando la lucha era entonces, como lo es hoy, no lucha por el socialismo sino lucha por la soberanía nacional como conquista básica del proletariado puertorriqueño en su progreso histórico, la lucha por la independencia política del país es necesidad fundamental e improrrogable de la clase obrera, su único *modus operandi* inmediato y posible en su camino hacia su reivindicación.

Su desdén—y el desdén con que contagiara a su tenientado—por la nacionalidad puertorriqueña, no tuvo tampoco por raíz su extranjería. Estimar pudo la nacionalidad puertorriqueña siendo extranjero. Salvo las vinculaciones emocionales a que hicimos referencia, pudo haber estimado la nacionalidad puertorriqueña en lo que vale, y pudo, de todos modos entenderla como categoría histórica que se mueve en un tiempo determinado: la época del imperialismo y la revolución proletaria. Como no tenía ideología obrera cayó en el oportunismo y se alineó con social-imperialistas como Gompers para hacer lo posible por destruirla.

Tampoco su enemistad a la independencia, su manifiesto desprecio por la nacionalidad, fueron nacidas de su “inter-nacionalismo”. Iglesias nunca fue un internacionalista. Jamás incorporó su partido a un movimiento internacional; jamás vio el problema de la independencia de Puerto Rico en relación con el problema general del capital, del derrocamiento del imperialismo, de la revolución proletaria. Jamás entendió el movimiento de independencia como parte del movimiento de las colonias por su inde-

pendencia en alianza revolucionaria con el proletariado de los países imperialistas. Iglesias jamás fue un internacionalista. Si hubiera sido internacionalista habría agarrado la bandera de la independencia con más pasión revolucionaria que el nacionalista más recalcitrante. Y hubiera comprendido que, sin nación, no hay internacionalismo. Su “internacionalismo” no fue más que un “*mundialismo*” vago, confuso y malicioso para desviar al incipiente, pero valeroso y patriótico obrerismo puertorriqueño hacia el anexionismo más soez. Si Muñoz Rivera sirvió al imperialismo ayudándolo a desviar la burguesía a producir para el imperialismo, Iglesias lo ayuda guiando al proletariado a trabajar para el imperialismo. Su falso “internacionalismo” no fue sino el prólogo al reciente “mundialismo”, vago anticientífico irreal y malicioso de su brillante discípulo en la apostasía, Luis Muñoz Marín hijo de la paternidad compartida de Luis Muñoz Rivera y Santiago Iglesias Pantín.

Al finalizar el Siglo XIX la tendencia de la clase obrera en Puerto Rico era hacia la organización sindical. De haber seguido su espontáneo proceso que ya en Lares había dado su primera batalla, el movimiento obrero habría desembocado—por el proceso según el cual la espontaneidad se convierte en conciencia de clase—en su partido de clase. El liderato del partido se habría formado en la dirección del movimiento sindical, en su lucha, y la proletarianización de la clase media habría traído a sus filas intelectuales que lo reforzaran. Habría seguido, con mayor lentitud quizás, pero con pureza y eficacia indestructible, el camino de la historia como fuerza batallante por la independencia. Habría sido la fuerza capaz de haber detenido la desbandada unionista, la fuerza que a la hora decisiva pusiera el cañón de la pistola en los riñones de los líderes unionistas vacilantes, obligándolos a seguir adelante en la lucha.

La llegada de Iglesias cortó su camino. Maduro y experimentado ya, no le fue difícil hacerse admirar y seguir por el incipiente, juvenil, ideológicamente confuso liderato obrero en forma

ción. Con el falso credo de su mentido “internacionalismo”, Iglesias arrebató de las manos de los obreros la bandera puertorriqueña cambiándola por la bandera yanqui de la tiranía y la explotación imperialistas. Atrincherado en la falacia de que el movimiento de independencia es un movimiento reaccionario lanzó a la clase obrera contra el incipiente capitalismo puertorriqueño ayudando al imperialismo a deshacerlo y acobardándolo con la amenaza de la lucha de clases. El movimiento de independencia nunca ha sido, ni es, un movimiento reaccionario. En todo momento, antes y ahora, la organización de nuestra independencia sería un factor de debilitamiento del imperialismo: y esa es la prueba de que el movimiento de independencia, antes y ahora, ha sido y es un movimiento progresista. La lucha de clases no iba a cesar, desde luego, porque el movimiento obrero del país se aliara con la burguesía en la lucha por la independencia. Al contrario, peleando contra el imperialismo, al lado de la burguesía nacional, la clase obrera se vigorizaba frente a la burguesía nacional también, conquistando ella misma, con sus propias manos de lucha, las conquistas que la Constitución de la República tendrá que reconocerle. Con estos métodos Iglesias frustró también la formidable promesa de liderato que la clase obrera se había sacado de sus entrañas: Iglesias sirvió (y éste fue su mejor servicio al imperialismo), la tendencia imperialista a hacer salir de entre los obreros a categorías privilegiadas y separarlas de las grandes masas proletarias creando así una aristocracia obrera.

Iglesias hizo del movimiento obrero un movimiento economista colonial típico. Toda su lucha fue lucha salarial y lucha proimperialismo la lucha de su partido con la consigna de “unión permanente con Estados Unidos”. El iglesismo—que es un nombre más propio—entró de lleno en el reformismo desde su principio. Ciertamente que no se ciñó enteramente en el principio a las formas legales de lucha, pero esto no desmerece en nada nuestra clasificación puesto que toda su lucha sindical y política se redujo a lucha por reformas, por reformas como tal. La etapa de la prác-

tica del terrorismo no es más que una manifestación del economismo fundamental de su lucha: para el economista, se sabe, no hay más que dos caminos: o plegarse al poder en el limosneo de reformas o el terrorismo. Ambos caminos llevaron al iglesismo a la entrega total al imperialismo.

Y fue a través del partido que la entrega final se hizo inocultable, cuando, en los años 20, se alió electoralmente con los peores reaccionarios y anexionistas capitalistas del país. El partido le abrió las puertas de la burocracia entrando de lleno en la polea del imperialismo. Ya culminada su apostasía Iglesias pronunció las palabras nunca olvidadas, “la Patria es el refugio de los canallas”, en el momento mismo en que el imperialismo perseguía a sangre y fuego al movimiento nacionalista, palabras que casi le costaron la vida y que lo expulsaron definitivamente del país y del corazón del pueblo.

Así perdió Puerto Rico el último intento coordinado de la burguesía puertorriqueña por salvar el país al salvarse a sí misma, y el primer intento de la clase obrera por darse su partido de clase y servir, con él, sus propios intereses clasistas sirviendo a la independencia del país.

En ambos casos se destacan dos hechos fundamentales: 1ro. Tanto en el caso del Partido Unionista como en el del Partido Socialista, al sonar el toque de filas por la independencia y la justicia social, el pueblo responde y falla el liderato; y 2do. tanto en el Partido Unionista como el Socialista la debilidad de las fuerzas revolucionarias—que no lo son más que potenciales en la fracción dieguista del primero y desorientadas en el de los terroristas del segundo—abre paso al reformismo y la traición.

VIII. La alianza para la esclavitud

El 21 de octubre de 1929 la Bolsa de Nueva York se vino al suelo. El mundo no comprendió, con pronta exactitud, el alcance del suceso. Habría que aprenderlo bien pronto en la lección de la más tremenda amargura. El colapso señalaba la gran crisis cíclica del capitalismo yanqui.

Pero los observadores más atentos, perspicaces y enterados habían detectado ya la vecindad de la crisis. Arrojando de antemano su crisis inevitable sobre las colonias y semi-colonias, el imperialismo había ofrecido en éstas, a los observadores más cuidadosos, un paradigma anticipado de su propia desventura.

Puerto Rico, con su economía reducida ya a un estado de completo vasallaje, veía agrietarse su estructura desde años anteriores. Sobre las repercusiones políticas de la crisis hay mucho por escribir. Pero es necesario anteponer, para darle continuidad y lógica, el examen de una conjunción política que es como su contradictorio prólogo.

A las elecciones imperialista-coloniales de 1924 ya no concurrió el Partido Unionista. Habiendo perdido todo su contenido, la amenaza electoral creciente del Partido Socialista, operando igualmente sobre el anexionista Partido Republicano, llevó a ambos al concierto de una "alianza" bajo el mando del unionista Antonio R. Barceló y el republicano José Tous Soto. Esta nueva agrupación recibió el nombre de Alianza Puertorriqueña, con cuyo nombre se trató de obviar el fracaso del unionismo haciéndola aparecer como triunfo de unificación. Los Republicanos nada tenían que perder, pues con el apoyo unionista salían del destierro

político a que el pueblo los había condenado por su nauseante política anexionista. La unión de ambas fuerzas constituía una alianza para sostener la esclavitud colonial.

Al constituirse la alianza un pequeño desprendimiento del Partido Unionista constituyó en 1923 el Partido Nacionalista de Puerto Rico. Otro grupo, de recalcitrantes anexionistas éste, al desprenderse del Partido Republicano Histórico, constituyó el Partido Republicano Puro, con Rafael Martínez Nadal a la cabeza.

La Alianza Puertorriqueña fue recibida por el imperialismo como el anuncio de la liquidación del movimiento de independencia, de un lado, y por el otro, como la liquidación del posible peligro de que el anexionismo que alentara a principios de la intervención, planteárale en serio la necesidad de una represión de la yankofilia criolla. La Alianza fue la defensa del *statu quo*, como el presente Partido Popular Democrático es su apoteosis. La equivocación del imperialismo con respecto al movimiento de independencia fue tan grande como el de su casuística con respecto a la “debilidad” de la nacionalidad puertorriqueña. La constitución de la Alianza resultó ser la antesala del más grande movimiento de independencia que el país ha conocido, en este siglo, pues de ese hecho partió la organización del Partido Nacionalista. No desmiente esta afirmación el hecho de que, durante varios años, el Partido Nacionalista no ejerciera influencia notable en los acontecimientos del país. Un partido, y mucho más un partido libertador, no nace exclusivamente de la voluntad de un grupo de hombres que voluntariamente se asocia para darle vida. Necesita, además del grupo de hombres, ese intrincado, a veces invisible, tejido de condiciones que le da razón de ser e impulso histórico. Entre 1923 y 1930 fue un partido que desconoció a su líder. Martí sintetizó, con su palabra de profético veedor, estas situaciones que a veces ocurren. *“A veces está listo el hombre, y no lo está su pueblo. A veces está listo el pueblo, y no aparece el hombre”*.

Las contradicciones inherentes al desarrollo imperialista habrían de volcar la horrorosa vacuidad de la Alianza, volverla con-

tra sí mismo, (con toda la patética timidez del reformista a quien las fuerzas de la historia obligan a hacer “algo”, pero vuelta contra el imperialismo, a pesar de todo) y atraer la atención del Partido Nacionalista hacia su líder y del país sobre el Partido.

Es decir, que la crisis que estalló en el corazón del imperialismo el 21 de octubre de 1929, por la propia mecánica imperialista que anteriormente señalamos, comenzó a sentir en Puerto Rico desde años antes. Señales de la inconformidad puertorriqueña fueron, por ejemplo, la lucha de la Asociación de Agricultores contra la Alianza, el crecimiento de masas del Partido Socialista, la alta afiliación de miembros lograda por la Federación Libre de Trabajadores. Ni la Asociación de Agricultores, ni el Partido Socialista, ni la Federación Libre, eran instrumentos de liberación. Pero el país, inconforme y desorientado, buscaba instrumentos de lucha, y es en este sentido que los hechos señalados revelan la inquietud del país.

Tal inquietud no podía sino reflejarse en el seno de la Alianza. Entre vacilaciones, timideces y cobardías, esta inquietud se iba expresando. A mediados de 1927, la Legislatura colonial se reunió para recibir al héroe de la época, el Coronel de Estados Unidos, Charles Lindbergh. La Legislatura dirigió, por sus manos, un mensaje al Gobierno de Estados Unidos. Partiendo de las palabras escritas por el General Miles en su engañosa proclama a los puertorriqueños en 1898, la Legislatura cortésmente solicitaba del Gobierno yanqui la solución del *status* político del país. El Presidente de Estados Unidos, Coolidge, respondió entonces: “Estados Unidos no ha hecho una sola promesa al pueblo de Puerto Rico que no le haya cumplido hasta la saciedad”. Flaqueando, el Presidente del Senado, Barceló, y el de la Cámara, Tous Soto, dirigieron, en octubre del mismo año, al propio Coolidge, urgiéndole a procurar legislación del Congreso concediendo el gobernador electivo a los puertorriqueños. En enero de 1928, mientras se celebraba la Conferencia Panamericana en La Habana, Barceló y Tous Soto cablegrafiaron a Coolidge requiriendo del Gobierno yanqui que

constituyera a Puerto Rico en un “Estado Libre”. Todos estos síntomas, débiles y desorientados, no eran sino señales de la necesidad de independencia del país y de la incapacidad de los líderes aliancistas para dirigir al país rumbo a la satisfacción de sus necesidades. Constituyen el trémulo preámbulo al gran movimiento de independencia que los iba a suceder.

Pero tales “timideces” alertaron al imperialismo sobre el peligro en que podía convertirse la Alianza. Movidos por la confianza en que el movimiento de independencia había sido liquidado, los gobernantes yanquis se habían hecho la vista larga hacia la aglutinación de una gran masa puertorriqueña en un solo partido político, dejándole paso hacia la administración colonial. Para el imperialismo la Alianza se había convertido, bajo la fuerza de las leyes de la historia, en un partido que había que destruir, antes de que esas mismas leyes de la historia pudieran convertirla en un proceso más o menos largo, en la fuerza unida bajo un nuevo liderato que pudiera pasar por encima del imperialismo. Y destruyó la Alianza.

Pero el imperialismo, ocupado y preocupado con sus propios problemas internos, tuvo que posponer una acción inmediata en lo que resolvía la “amenaza” del católico Al Smith a la Presidencia de la República. Derrotado Smith electo Herbert Hoover, volvió sus ojos hacia Puerto Rico para resolver el problema con el arma favorita de todo imperio: la división. Lo primero que había que hacer, pues era artificar frente a la Alianza una fuerza partidista a la cual darle apoyo. Y efectivamente, frente a la Alianza triunfante en las elecciones de noviembre de 1928, se organizó una conjunción de fuerzas minoritarias—republicanos puros (anexionistas) y socialistas (anexionistas también),—que fue denominado Grupo de Buen Gobierno, bajo el liderato de Rafael Martínez Nadal y Santiago Iglesias Pantún. Los reaccionarios y los socialistas, se unieron para sostener al imperialismo. El Coronel Roosevelt traspasó el manejo de la administración colonial al Grupo de Buen Gobierno. La Alianza se desintegró. Todos sus es-

fuerzos por alcanzar el fementido “poder” colonial, todos los que hiciera por retenerlo, resultaron inútiles ante las necesidades del imperialismo. La Alianza constataba que no hay poder político en la colonia, y que insertarse en el poder político existente,—que es el imperialismo—no sirve para hacer bien al país, sino para hacer bien al imperialismo.

Al desintegrarse La Alianza, gran parte de los antiguos republicano-históricos pasaron al Partido Republicano Puro, ahora en el disfrute del presupuesto colonial. Barceló y los viejos líderes unionistas se lanzaron a la tarea pueril de resucitar el viejo unionismo. Pero tampoco en política los muertos resucitan. La intentona de resucitar al Partido Unionista concluyó con el *Requiescat In Pace* de una sentencia de las cortes del imperialismo. El Partido Liberal, que naciera al perderse la oportunidad de usar el viejo nombre, es ya otra cosa, y consecuencia de otra cosa: consecuencia de la insurgencia militante, brava y libertadora del Partido Nacionalista.

Vamos a entrar en los años de lucha más profunda, interés dinámico y labor más creadora que han presenciado nuestros ojos. Presionado desde abajo por las nacientes fuerzas revolucionarias, despreciado desde arriba por los amos, el reformismo aliancista cedió el paso, no como pensó el imperialismo, al anexionismo más procaz, sino a un verdadero renacimiento de la conciencia nacional. Puerto Rico se incorpora definitivamente al campo anti-imperialista hispanoamericano, y comienza a actuar, conjuntamente con el sandinismo, en su primera línea de fuego.

IX. Un renacimiento nacional

Examinar la historia de Puerto Rico desde principios del Siglo XIX es examinar la historia de la lucha de Puerto Rico por su independencia. Y examinar la historia de la lucha de Puerto Rico por su independencia en el período que ahora comenzamos a tratar será examinar la trayectoria histórica del Partido Nacionalista. Al examinarlo, encontramos la presencia de un verdadero renacimiento nacional: luchas, agitaciones; hallazgos del pensamiento patriótico y masacres; sublimes sacrificios y tremendas traiciones; heroísmos sin par y cobardes asesinatos; en fin, toda la manifestación poliédrica de un renacimiento del espíritu nacional de un pueblo sometido a coloniaje por el imperialismo, y que, a pesar de su gran esfuerzo, circunstancias adversas que no pudo superar prohibieron coronarlo con el final triunfo.

Esta etapa es de historia muy reciente. Por ello y porque ha de ser particularmente tratado en próximo trabajo del autor (*Los años gloriosos*)*, no se ha de entrar en prolijidad de detalles. Vamos sólo a mantener con su fundación la tesis que venimos sosteniendo.

Desde su fundación en 1923 el Partido Nacionalista vive una vida lánguida, excesivamente jurídicista y académica, alejado del pueblo al que quiere libertar. Y sin embargo, tiene, desde su nacimiento, un profundo significado. Por primera vez se funda en Puerto Rico un partido político exclusivamente dedicado a la defensa de la independencia del país.

* Corretjer nunca llegó a escribir este libro. [Casa Corretjer]

Pero el Partido se transforma súbitamente en 1930. Las causas de esta transformación pueden sintetizarse recordando la célebre observación martiana: “A veces está listo el hombre y no está listo el pueblo; a veces está listo el pueblo y no aparece el hombre”. Si examinamos lo ocurrido en Puerto Rico en 1930 veremos que en Puerto Rico, en ese año, está listo el pueblo y aparece el hombre, para comenzar una nueva etapa de lucha por la independencia.

Es la doble presencia de esos factores—líder y pueblo—lo que explica la súbita transformación del Partido Nacionalista y la jornada gloriosa que el pueblo puertorriqueño vive bajo su dirección en la década inolvidable.

El 13 de septiembre de 1928 la furia del Ciclón de San Felipe asola el país. El ciclón penetra por la costa oriental y sigue su trayectoria devastante por todo el territorio nacional hasta salir del país por occidente. El país queda en ruinas.

Trece meses después—octubre de 1929—se derrumba la bolsa de Nueva York. Comienza la gran crisis cíclica del capitalismo yanqui. Su repercusión en la colonia pone un acento de hecatombe a la tragedia puertorriqueña. El capitalismo yanqui, que desde antes ha venido arrojando su crisis inminente sobre la colonia, cae ahora con el peso de un monstruo apocalíptico sobre un pueblo sin defensores. Sordamente algo nuevo comienza a moverse en nuestras entrañas de pueblo. El viejo liderato se muestra absolutamente incapaz de levantarse a la altura de las necesidades del pueblo. El pueblo mismo no encuentra de momento la respuesta a sus necesidades. Nadie se atreve a decirle ¡Soberanía! Y si alguna voz se lo dice es voz gastada, antigua canzonetta monótona de débil treno y derrotista desesperanza. El país necesita una voz con la cual oírse a sí mismo. Una voz nueva, clara, brutalmente franca, que tenga la claridad que el país no ha podido aún vislumbrar, la brutal franqueza que lo compense de todas las medias-voces, de todas las orillantes insinuaciones, los cobardes paliativos, los trémulos *innuendos* de la media-lengua colonial.

Una voz que clame por acción redentora, por echar a andar la máquina nacional por nuevos rumbos.

Es exactamente en el momento propicio—enero de 1930—que el ponceño Pedro Albizu Campos regresa a Puerto Rico después de tres años de viaje por la América Latina en misión del Partido Nacionalista.

La ejecutoria anterior y posterior de Albizu Campos en el Partido Nacionalista demuestra que el Partido Nacionalista postergó a su mejor hombre durante seis años. Indudablemente, el hombre estaba listo y no lo estaba el pueblo. Pero, a su regreso, estando listo el pueblo, el hombre no pudo ya ser postergado. En la Asamblea del Partido en mayo de 1930 la base del Partido se impuso a su liderato, y Albizu Campos pasó a la suprema dirección del movimiento. Líder y masa se unieron para comenzar una nueva etapa de lucha por la independencia.

Desde su regreso de aquel viaje que, en verdad era un exilio, su palabra produjo una conmoción en los sectores más despiertos de la población. La juventud en masa, los intelectuales limpios, se colocan a su lado. Muchas lenguas y muchas plumas comienzan a hablar y a escribir con la orientación y el impulso de Pedro Albizu Campos. Literatos y artistas, maestros e intelectuales y profesionales, ríndele público homenaje. En las calles, en las carreteras, en las guaguas, en los sitios públicos, el pueblo le rodea. Comienza a formarse la carrera más legendaria de hombre público que Puerto Rico ha conocido.

Es que Albizu Campos ha pronunciado la palabra INDEPENDENCIA de una manera única. Es que Albizu Campos ha pronunciado una palabra mágica: REVOLUCIÓN. He aquí una síntesis de su doctrina y su práctica, y he aquí, comprobada la actitud del pueblo puertorriqueño ante la unión de esas dos palabras claves, que hemos dicho: en 1930 estaba listo el pueblo y apareció el hombre, para iniciar una nueva etapa de lucha por la independencia.

Con extraordinaria prestancia el Partido no sólo crece vertiginosamente en números, sino que crece en calidad, asimilando

el pensamiento y la sensibilidad de su líder, templándose en el sentido heroico de la historia, en el concepto sacrificial de la vida, en la disposición personal a poner los intereses de la Patria—para ser servidos con hacienda y vida—por encima de todo interés individual o secundario. La tradición lareña ha renacido.

Cabe entonces preguntar: ¿Qué razón, pues, para que Puerto Rico, usando a Albizu Campos y al Partido Nacionalista, no se independizara en aquella etapa?

El período es, en verdad, un misterio cerrado, una jerigonza sin sentido y una frustración absurda, sino se le contempla y se le juzga de acuerdo con el conocimiento de las leyes que rigen la historia, del papel del individuo en la historia, y del movimiento de flujo y de reflujo presente en la historia. Mirado mediante ese prisma, la etapa libertadora del Partido Nacionalista en la década de los 30 resurge en toda su magnitud, en toda su grandeza, en toda su perdurabilidad y da ella misma la explicación lúcida de porqué, sin ser un misterio cerrado, ni una jerigonza sin sentido, ni una frustración absurda, no se coronó aquella lucha con la final victoria. Es necesario ver la historia como un proceso, no como una serie de nombres y sucesos surgidos y sucedidos al azar.

Por simple conveniencia de exposición, dividamos aquella etapa de lucha en cinco distintos períodos, en consecuencia con el flujo y reflujo de la historia: períodos de auge de la revolución y de repliegue de la reacción, y períodos de auge de la reacción y repliegue de la revolución: 1) Período de auge de la revolución: Desde enero de 1930 a noviembre de 1932. 2) Período de auge de la reacción: noviembre de 1932 a enero de 1934. 3) Período de auge de la revolución: desde enero de 1934 hasta mayo de ese año. 4) Período de auge de la reacción: desde mayo de 1934 hasta septiembre de 1935. 5) Período de auge de la revolución: desde septiembre de 1935 hasta 1937.

Corresponde ahora examinar cómo se mueven las fuerzas de la revolución y de la reacción en esos períodos. Por fuerzas de la revolución entendemos al Partido Nacionalista y las fuerzas que,

o permanentemente, o periódicamente, son influenciadas, movidas o lanzadas a la lucha por la lucha del Partido Nacionalista. Las fuerzas de la reacción son el imperialismo y todas las que, permanente o periódicamente, le sirven.

1. Período del 1930 al 1932

En enero llega a Puerto Rico Pedro Albizu Campos y encuentra las condiciones nacionales antes descritas y se producen los efectos mencionados. En mayo Albizu es formalmente y de hecho el jefe del movimiento revolucionario. El Partido adopta un programa revolucionario-electoral. Se inscribe y se compromete a proclamar la República y convocar la Constituyente después de una victoria electoral. Se comienza una campaña extensísima de agitación y propaganda. El viejo partido anexionista, el Republicano Puro, incorpora la independencia a su programa. Se funda el Partido Liberal, independentista “en pelo”, pero colaboracionista, reformista en esencia y práctica. A puras vistas, el Nacionalismo está dirigiendo la vida política del país. En abril de 1932, el Gobierno, viéndose perdido, recurre a un acto abierto de provocación. Se presenta en la Legislatura colonial un proyecto haciendo la bandera patria, bandera oficial de la colonia. El 16 de abril el Nacionalismo responde. Con Albizu Campos a la cabeza el pueblo asalta el Capitolio, lanza a los legisladores coloniales de sus pupitres. El Nacionalismo gana su primer mártir, Angel Manuel Suárez Díaz. Hay numerosos heridos. En el ataque han participado hombres y mujeres, nacionalistas y pueblo en general. El Gobierno se repliega y encausa a Albizu Campos por motín. Un juez puertorriqueño lo absuelve. El gobierno abandona su proyecto de deshonar la bandera patria. En noviembre el Partido va a elecciones y es derrotado.

¿Qué ha pasado?

Para contestar, hay que recordar la tesis fundamental de este trabajo: dos tendencias, la revolucionaria, al servicio del pueblo, y la reformista al servicio del imperialismo, se han estado debatiendo.

do en el fondo del pensamiento político puertorriqueño. El Partido Nacionalista, en 18 meses de dirección albizuista, no ha tenido tiempo de calar lo bastante hondo en la masa popular como hasta penetrarla definitivamente de su clarificadora doctrina. El imperialismo yanqui, por el contrario, ha movilizado electoralmente contra el Partido Nacionalista dos fuerzas que han debido coincidir en apoyarlo: las masas obreras del Partido Socialista y las del mesocrático Partido Liberal, en cuya dirección participa y determina rumbos—o por mejor decir desvíos de rumbo—el acosado retazo de los hacendados cañeros criollos y sus colonos.

Sobre el carácter del Partido Socialista, como nos hemos referido a él extensamente en anterior capítulo, referimos al lector a aquellas páginas. Hemos de señalar, sin embargo, la observación que en 1931 hiciera el profesor yanqui Bailey W. Diffie, en su obra *Porto Rico: A Broken Pledge*, (Vanguard Press, New York): “La gran similitud entre el lenguaje de los Socialistas y de otros partidos demuestra que los orígenes del Partido Nacionalista y del Partido Socialista están muy estrechamente relacionados; ambos surgen del entendimiento común de que uno de los males básicos del sistema económico imperialista se encuentra en la asombrosa extensión del absentismo”. (Pág. 196)

En páginas anteriores Diffie ha citado en parte el programa nacionalista de 1930:

“Bajo el yugo duro del coloniaje norteamericano, de una nación de propietarios hemos pasado a ser una masa de peones, rica mina económica de explotación del capital invasor”.

“El Partido Nacionalista... organizará a los obreros para recabar de los intereses extranjeros o invasores la participación en las ganancias a que tienen derecho... Procurará por todos los medios que el peso fiscal caiga sobre los no residentes, para destruir el latifundismo y el absentismo y dividir la propiedad inmueble entre el mayor número posible de terratenientes... etc.”

Es de notarse que las necesidades básicas del pueblo puertorriqueño eran, entonces como ahora, ¿cuáles?: dos necesidades

siamesas, inseparables—tan inseparables como independencia y abolición de la esclavitud en el pasado siglo—INDEPENDENCIA Y JUSTICIA SOCIAL. Todos los ideales de la nacionalidad quedaban pendientes de esas dos necesidades básicas, a las que había que ir—a las que hay que ir—rectamente, infaliblemente, sin vacilaciones oportunistas de clase alguna.

El Partido Socialista predicaba la justicia social y proyanquismo. Pintaba al pueblo un cuadro paradisiaco según el cual se llegaba a la justicia social sin lucha, con sólo ganar unas elecciones y pedirla en Wáshington tan bondadoso que no se haría repetir la petición. El Partido Nacionalista, operando sobre una verdad innegable, la de la necesidad previa de la independencia como instrumento de justicia social, decía al pueblo la verdad sobre la lucha por conquistarla, no podía llamarse a engaños sobre la naturaleza de la lucha—una lucha a brazo partido, a vida o muerte con el engréido imperialismo yanqui. En el calor de la pelea, progresivamente el Nacionalismo, enfrascado en la lucha por la independencia, disminuía, además, en su propaganda, el aspecto de la justicia social. Era un lapsus, pero un lapsus desgraciado. En lo más álgido de la lucha, con la excusa de una crítica pronunciada por Albizu, el periódico *El Mundo* cerró sus páginas (era el único diario de gran circulación en Puerto Rico entonces) a la propaganda nacionalista. Sin excusas ni pretextos, las estaciones de radio, dominadas por el control federal yanqui, se negaron a permitir la radiodifusión de propaganda nacionalista. Las masas obreras, de esa manera engañadas por el liderato reformista del Partido Socialista apoyado por Wáshington, y privadas de que llegara a ellas con igual intensidad la propaganda nacionalista, abandonaron al Partido Nacionalista que les garantizaba su triunfo y se dejaron arrastrar a las urnas del socialismo amarillo.

Por otra parte, el imperialismo encontró su más fuerte puntal de apoyo en el “independentista” Partido Liberal.

Este Partido, acaudillado por el antiguo Jefe del Partido Unionista, (jefatura nominal, aquella, sin embargo, pues Muñoz

Rivera era el Jefe real), y verdadero líder de la Alianza, el ex-comerciante fajardeño Don Antonio Barceló, nació al influjo de dos estímulos contradictorios: el estímulo de la campaña nacionalista que le dio base de masas y elán, y el estímulo posterior del Gobierno de Estados Unidos, que le facilitó apoyo financiero y garantías electorales.

Tanto Barceló como el liderato unionista habían tratado de resucitar al Partido Unionista. Una sentencia de tribunal prohibiéndoles el uso de ese nombre y de sus antiguas insignias (por un tecnicismo de ley), los dejó en el aire. Fue entonces que recibieron el estímulo del capitalismo inversionista yanqui. Ante el impulso que el Partido Nacionalista tomaba el Partido Liberal fue estimulado como un instrumento de división de las fuerzas de la independencia. Y, verdaderamente, el servicio que, en nombre de la "independencia", prestara el Partido Liberal al imperialismo apenas si puede ser exagerado en su importancia.

Se planteaba con el Partido Liberal igual problema que con el Socialista. Mientras el Partido Nacionalista, consciente de la naturaleza de la lucha, preparaba los ánimos populares para una lucha sin cuartel, el Partido Liberal aparecía en la tribuna, en la radio y en la prensa ofreciendo al pueblo la independencia a cambio de sus votos. Para el Partido Liberal con respecto a la independencia, como para el Socialista con la justicia social, Wáshington era una figura seráfica que extendería al pueblo la independencia con sólo que éste la pidiera. Engañado con esta propaganda el grueso de las masas independentistas del país concurrió a dar su voto al Partido Liberal.

En el proceso electoral de noviembre de 1932 lo que el Partido Nacionalista pedía al pueblo era un mandato revolucionario. Lo que socialistas y liberales pedían era que se dejara engañar.

El pueblo estaba preparado para luchar por su independencia y su justicia social pero no pudo ser clarificado a tiempo sobre la táctica de combate. Pudo entonces ser confundido y dividido por el imperialismo a través del liderato reformista del país. Una

vez más el reformismo traicionaba al país sirviendo al imperialismo.

En el liderato reformista de socialistas y liberales se contenía todo el poder del imperialismo: la policía, el ejército, la burocracia, el inversionismo, la banca. Desgraciados monigotes del poder invasor, le aseguraron al imperialismo en Puerto Rico una vida que le estaba, por primera vez, seriamente amenazada.

Los resultados electorales de noviembre de 1932 hicieron pasar al país de un auge de la revolución a un auge de la reacción. Un episodio en la vida política de Estados Unidos vino entonces a fortalecer de manera inusitada el auge reaccionario en Puerto Rico: la elección de Franklin D. Roosevelt a la Presidencia yanqui. Dado el prestigio progresista mundial del más capaz de los jefes imperialistas yanquis la afirmación parece incorrecta. Cuando hemos examinado los años de lucha en que vamos a entrar veremos que el auge progresista de Estados Unidos se convierte en Puerto Rico en un auge de la reacción, tan fuerte, como que por primera vez desde la invasión el imperialismo yanqui recurre abiertamente al asesinato para mantener a Puerto Rico en coloniaje.

En las elecciones de noviembre de 1932 el Partido Liberal—que ganó sus masas por el entusiasmo independentista provocado en el pueblo por la campaña nacionalista, y su poder económico por el miedo que en los sectores económicos vendidos al imperialismo causara la campaña nacionalista—surgió como el partido individualmente más fuerte de Puerto Rico. Pero perdió las elecciones, quedando en minoría en la Legislatura colonial. Las elecciones fueron ganadas por la Coalición del Partido Unión Republicana y el Partido Socialista. La Unión Republicana era el partido anexionista, y el más reaccionario del país. Con sus propios haberes de afiliación popular era incapaz de ganar elecciones excepto en escasos municipios. Montado a las ancas, pero llevándole las riendas, al Partido Socialista, pudo entrar en la victoria electoral. Las masas socialistas, estimuladas por la larga campaña de

justicia social y enervadas por la campaña nacionalista, se aseguraron la victoria electoral y el fracaso de su ideario.

2. Período entre noviembre 1932 y enero 1934

Bajo el impacto de la derrota electoral el Partido Liberal comenzó prontamente a desintegrarse. En cambio el Partido Nacionalista, derrotado en las urnas, se mantuvo unido y recommenzó inmediatamente, y como si nada malo hubiese ocurrido, su nueva campaña. Su tono se hizo más enérgico. Su impulso más profundo. La evidencia de la concurrencia a sus mítines daba prueba de que el partido iba a entrar en un nuevo período de crecimiento numérico. Cientos de liberales comenzaron a afluir hacia el nacionalismo. Se auguraba una unidad de las fuerzas independizantes del país bajo el liderato de Albizu Campos.

El imperialismo no iba a cruzarse de brazos ante tan perturbador espectáculo. He aquí el momento y la coyuntura en los que el “progresismo” de Roosevelt arremete sobre Puerto Rico para reforzar la reacción vigorizando el reformismo en la campaña de demagogia y soborno más grande a que ha sido sometido un pueblo colonial. Fue entonces que se fueron creando las agencias federales de “rehabilitación”: la “Federal Emergency Relief Administration”, (FERA), la “Puerto Rico Emergency Relief Administration”, (PRERA), y la “Puerto Rico Relief Administration”, (PRRA).

El programa de soborno del imperialismo era evidente. La Coalición (Unión Republicana-Socialista) habiendo ganado las elecciones, quedaba en mano libre de usufructuar el presupuesto colonial insular, creado a base de las contribuciones impuestas al país. Para satisfacción de la vanidad de su liderato quedaban los “hombres” de las posiciones coloniales.

El “peligro” estaba en que las masas del Partido Liberal—masas independentistas bajo un liderato reformista servidor del imperialismo—se vaciaran en el Partido Nacionalista. Para salvarse de ese “peligro” el imperialismo creó las susodichas agencias fe-

derales poniendo en las manos del Partido Liberal los millones yanquis de su presupuesto. Significativamente, el liderato político del manejo de los millones federales de esas agencias fue puesto en las manos no del Jefe del Partido, Barceló, y de su camarilla ultra-conservadora, sino en las manos del sector independentista de la dirección liberal, encabezado por Luis Muñoz Marín.

El plan divisionista de Wáshington no puede ser más claro. De un lado, mantenía la división entre Coalicionistas y Liberales, avivando el odio y la guerra presupuestal entre ambos. De otro lado, iniciaba una conveniente división en el seno de la dirección del Partido Liberal. Y sobre todo, aparecía el Gobierno Federal en estrecha amistad con el sector independentista del Partido Liberal, estimulando así la confianza del pueblo en el despotismo y deteniendo la evacuación de las fuerzas liberales hacia el Partido Nacionalista.

El resultado fue el auge de la traición y el reformismo, el auge de la reacción y la glorificación del imperialismo por la dirección coalicionista, usufructuaria del presupuesto insular, y por la dirección liberal, usufructuaria del presupuesto de las agencias federales. El imperialismo preparaba una división del país a largo plazo.

3. Período entre enero y mayo de 1934

Pero el Gobierno de Estados Unidos no podía resolver la crisis de sus fuerzas económicas tan fácilmente como dividía a los puertorriqueños políticamente. En el seno de la economía yanqui la crisis se profundizaba. Sus repercusiones en la masa obrera y campesina de Puerto Rico no podían ser evitadas por los dineros con que se mantenía al servicio del imperialismo a la burguesía azucarera y con que se sobornaba a grandes sectores de la clase media.

En enero de 1934 estalló una huelga entre los trabajadores de campo en toda la industria azucarera. Los reformistas gompersistas de la Federación Libre de Trabajadores Puertorri-

queños corrieron, como lo habían hecho siempre en el pasado, a apoderarse del liderato de la huelga. Para sorpresa suya, del imperialismo y del país, los trabajadores rechazaron su liderato. Los trabajadores, espontáneamente, llamaron a Albizu Campos a dirigir la huelga.

Este hecho cambió automáticamente la naturaleza de la huelga. Una razonable huelga económica industrial se transformaba espontáneamente en una huelga política.

El imperialismo tembló. Aquel hecho inesperado le daba al Partido Nacionalista un poder inusitado: el poder, por primera vez en sus manos, de penetrar con la idea de la independencia la masa obrera y campesina. El imperialismo sabía que la penetración de la idea de la independencia en la masa obrera y campesina significaba la independencia de Puerto Rico.

Ese hecho, esa primera conjunción entre la dirección nacional-revolucionaria del país y los obreros de la industria básica del régimen imperialista-colonial, produjo automáticamente la primera gran reculada del imperialismo en Puerto Rico. He aquí una lección inolvidable que los sectores independentistas del país han olvidado con alarmante ligereza. El imperialismo, en cambio, no lo ha olvidado, ni descuidado jamás.

Hay detalles reveladores en la solución de aquella huelga. El representante seleccionado por los centralistas yanquis para solucionarla no fue ningún abogado, ningún patrón, ningún representante de la Asociación de Productores de Azúcar. Fue el coronel del Ejército de Estados Unidos y Jefe de la Constabularia, E. Francis Riggs. En entrevista solicitada a Albizu Campos—a través del independentista ingeniero puertorriqueño Don Félix Benítez Rexach—el coronel Riggs le admitió a Albizu Campos la justicia de la huelga y recomendó a los patronos la inmediata solución de la huelga sobre la base de las exigencias obreras. Así quedó la huelga terminada.

La huelga de los trabajadores de la caña en enero-mayo de 1934 puso al imperio en crisis y es un acontecimiento de impar

magnitud en la historia de la lucha de Puerto Rico por su independencia. La huelga de enero de 1934 constituye el primer acto de alianza revolucionaria entre la clase obrera y la clase media para luchar por un objetivo común en Puerto Rico. Debió haber tenido por consecuencia la consolidación de una alianza revolucionaria entre la clase obrera y la clase media para independizar a Puerto Rico. ¿Qué causas evitaron que tal alianza revolucionaria se consolidase?

Analicemos con justicia para nuestro pueblo, y para las partes operantes en aquel magno acontecimiento, los motivos que evitaron que se consolidara aquella alianza revolucionaria entre la clase media y la clase obrera para trabajar conjuntamente por el objetivo nacional: la independencia.

El Partido Nacionalista no disponía de dirigentes—ni de un sólo dirigente—diestros en organización obrera. En ese momento decisivo la composición social de su liderato pesó como una tragedia sobre las posibilidades del Partido y el destino de la Patria. Noble, desinteresado, heroico, el liderato nacionalista garantizó a la clase obrera su victoria económica en la huelga. Pero no pudo dar el paso inmediato para consolidar aquella alianza: destronar del liderato de la clase obrera a la Federación Libre organizando una nueva central sindical con espíritu patriota. Lo intentó, sin embargo. Mas, cuando quiso actuar sobre ello, un año después, ya era tarde. El imperialismo, repuesto del golpe que había recibido, se lanzó armas en mano sobre el Partido para destruirlo.

El movimiento espontáneo de la clase obrera se produjo, es cierto, en la industria básica del país. Pero eso mismo explica su absoluta desorganización. Caída la clase obrera bajo el liderato traidor de la Federación Libre, ese liderato había dejado sin organización alguna a los trabajadores del campo de la industria azucarera. Es explicable, puesto que la lucha de la Federación Libre no iba encaminada contra el imperialismo. Así, no existía un sindicato azucarero, ni siquiera el más mínimo esqueleto de organi-

zación sindical, que sirviera de punto de partida. Había que comenzar no sólo por crear un principio de organización, sino que también por comenzar enseñando los más elementales principios de lucha sindical. Dicho esto, no hay que señalar siquiera el retraso político que se enseñoreaba en aquel entonces de las masas trabajadoras de la caña. Toda esta debilidad de la clase obrera, enmarcada con la condición prevaleciente en el Partido Nacionalista que en el anterior párrafo señalamos, no podía sino conducir a que se perdiera aquella oportunidad de consolidar una alianza revolucionaria de la clase obrera y la clase media para independizar a Puerto Rico. Y todos los detalles de esa debilidad pueden resumirse en uno: degenerado el Partido Socialista, la clase obrera puertorriqueña no contaba con un partido de su clase, ideológicamente maduro y organizativa-mente capaz, que le sirviera de guía hacia la consolidación de aquella saludable y mutuamente conveniente alianza revolucionaria con la clase media para independizar al país. De haber existido esas condiciones la historia de Puerto Rico hubiera sido otra. No solamente seríamos libres, soberanos e independientes, sino que quizás, además, Puerto Rico hubiera organizado en el Nuevo Mundo la primera genuina democracia del pueblo.

Cuando las consecuencias de aquella circunstancial alianza se evacuaron en el vacío organizativo el imperialismo respiró aliviado. Y se preparó inmediatamente para tomar la ofensiva: la ofensiva más feroz que el pueblo puertorriqueño ha tenido que resistir. Los hechos prueban que la resistió con un coraje heroico, con una altivez patriótica, que pueden llenarnos de orgullo. Pero no le fue dable coronar aquella resistencia con la gran victoria. Viejos y nuevos elementos de adversidad se combinaron para prohibirnos el triunfo.

4. Período entre mayo de 1934 y septiembre de 1935

El período entre mayo de 1934, cuando termina la huelga, y septiembre de 1935, contempla el período en que la reacción se

repone del golpe que recibiera y comienza a prepararse para la gran ofensiva con que planea liquidar por la fuerza al Partido Nacionalista, descabezar el país y asegurarse período tan largo de auge reaccionario, “de paz y orden” imperialistas, cuyo transcurrir marque, al fin de la jornada, la liquidación de la nacionalidad puertorriqueña.

Para las fuerzas de la Revolución éste es un período sordo, angustioso, de agónico luchar porque la inminente tormenta que todos presagiamos no las tome sin medios de defensa.

Un acontecimiento cumbre marca y señala la actitud de ambas partes en este período: el auge de la reacción y la interregimidad con que la revolución se prepara para el gran impacto: a mediados de 1934 el Presidente de Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt gira una espectacular visita imperial a Puerto Rico. El régimen agota sus energías para hacer que la visita imperial tenga el carácter apoteósico y surta los efectos deseados: el César viene a poner su planta sobre la colonia, a reafirmar el poderío imperial, a impresionar y estimular todas las fuerzas aliadas del imperialismo, de un lado, y del otro a apabullar el país, a amedrentar las fuerzas revolucionarias y patriotas. Por debajo de todo el oropel de la visita se define un profundo temor imperial. La movilización de fuerzas armadas, la intensidad de la vigilancia policial, no dejan lugar a dudas sobre la inquietud gubernamental. No son solamente las providencias naturales para la protección de un jefe de estado. Todo el mundo se da cuenta de que algo más grande y más profundo se mueve sordamente en el ambiente.

El Partido Nacionalista responde declarando persona no grata al Jefe del Imperio.

La naturaleza de la lucha en ese período hace difícil un recuento del proceso, más difícil aún para el autor de este trabajo. En esos días el Partido Nacionalista me envió fuera del país. Regresé nueve meses más tarde. A mi regreso, el recibimiento que tuve me reveló el carácter de la situación. Un escaso número de

compañeros, los pocos enterados de mi regreso, fueron al muelle a recibirme. Pero por cada amigo había media docena de esbirros gubernamentales.

En mi ausencia, el Gobierno había hecho un esfuerzo supremo por destruir al Partido Nacionalista “desde adentro”. Mediante el uso de agentes provocadores, de supuestos “descontentos” con la política del Partido, se produjo tal situación que el Gobierno llegó a la conclusión de que había prácticamente desbandado al Partido. Dos meses después de mi regreso tuve yo la alegría, y el Gobierno el desengaño, de comprobar lo contrario. El 23 de septiembre de 1935, aniversario de la Revolución de Lares, en la histórica ciudad cuna de la Primera República de Puerto Rico, el Partido dio una magnífica demostración de fuerza y disciplina.

5. Período de septiembre de 1935 a junio de 1937

La demostración hecha en Lares fue el resultado de un gran esfuerzo de organización y movilización. Fue una demostración de la necesidad que el propio partido sentía de probarse a sí mismo que, a pesar de tanta desertión, su poder y fuerza no habían sido lesionados. El efecto que la demostración de Lares surtió sobre el partido fue un bien indiscutible. Salió de allí el partido con renovada fe en sí mismo. La cohesión, la capacidad en su esfuerzo de reclutar energías y recursos, la solidaridad y el arrojo demostrados aquel día en Lares prepararon al partido para la gran lucha que se le venía encima.

Por el otro lado, si bien es verdad indiscutible el efecto propicio surtido por el acto de Lares, es también cierto que la demostración precipitó al gobierno a lanzarse a mano armada sobre el partido. La demostración de Lares sacó al gobierno de su prematuro ilusionismo. No era cierto, a claras vistas, que había logrado desintegrar al partido. Por el contrario, la fuerza de la demostración, y significativos hechos e incidentes ocurridos en Lares ese día, probaron al gobierno que de la dura prueba a que el partido

había sido puesto había surgido un partido más unido, más fuerte, mejor organizado y vigorizado en su espíritu de lucha.

El acto de Lares el 23 de septiembre de 1935 decidió al gobierno a lanzarse a mano armada sobre el partido el 24 de octubre de 1935: un mes y un día después.

Efectivamente, el 24 de octubre de 1935 el gobierno asesinó en Río Piedras al Secretario del Trabajo del Partido, Ramón S. Pagán, al Teniente de Cadetes, José Santiago Barea, y a otros cuatro miembros del partido. Otro, Dionisio Pearson, fue gravemente herido.

El acto de Lares, pues, marca una nueva fecha de auge revolucionario, el más intenso y más profundo de la historia de la nación puertorriqueña en lo que va de siglo: el más intenso y más profundo en fuerza catalítica y resultados creadores.

En la mañana del día siguiente, 25 de octubre de 1935, celebróse en Aguas Buenas una reunión extraordinaria de la Junta Nacional—organismo dirigente del Partido—ampliada con la presencia de todos los presidentes y secretarios de todas las Juntas Municipales. La reunión acordó un nuevo plan de organización y fue en ese día elegido Secretario General del Partido Nacionalista de Puerto Rico. Don Luis F. Velázquez fue electo nuevo Tesorero Nacional.

La demostración de duelo nacional efectuada la tarde de ese día fue de por sí, una contestación categórica al gobierno, no solamente de parte del partido, sino del pueblo puertorriqueño. La acción del gobierno recurriendo al asesinato político para desbandar al partido era un reto: fue recogido por el Partido en el discurso de duelo pronunciado por Albizu Campos en el Cementerio del Seboruco y en el documento público del Partido que apareciera sobre la firma de Albizu Campos y mía y por la campaña del periódico *La Palabra*, bajo mi dirección. Pero fue recogido también por el pueblo puertorriqueño en general que acudió, en millares y millares, a acompañar hasta la tumba a los mártires asesinados en Río Piedras, y que a partir de aquel mo-

mento demostró sentirse más unido que nunca antes a la lucha del partido, contribuyendo más generosamente a sus fondos, demostrando más simpatía y cariño por sus dirigentes.

El asesinato brutal cometido por el gobierno el 24 de octubre, y la réplica del partido electrificaron al pueblo. He aquí cómo empieza a vivir Puerto Rico un acrecentado ritmo histórico, un avivamiento de su pulso nacional. Esta jornada, aún considerada en su aspecto mínimo, es de impar importancia como experiencia para el pueblo de Puerto Rico: prueba las enormes potencialidades revolucionarias puertorriqueñas, potencialidades que, como consecuencia de aquella época, son hoy más grandes, más amplias, más vigorosas y profundas que nunca antes: tienen hoy la grandeza, la amplitud, el vigor y la profundidad necesarias para independizar a Puerto Rico.

La masacre de Río Piedras le produjo al partido su primer periódico de masas. Fundada el 19 de octubre de 1935—cinco días antes de la masacre—su segunda edición montó una venta de 10 mil ejemplares. *La Palabra* mantuvo al partido en la necesaria tensión, y enterado al pueblo de los detalles e intensidad de la lucha, que se va recrudeciendo día a día y produciendo choques en numerosos pueblos.

La masacre de Río Piedras y la valentía con que el Partido se encara a la agresión reabren al partido las páginas del diario *El Mundo* y le abre las de *El Imparcial*, que intensifica entonces una campaña independentista en sus columnas editoriales y se pone a la cabeza del diarismo puertorriqueño en mantenimiento del derecho de independencia y en circulación. Desde entonces *El Imparcial* se ha mantenido como el diario de mayor circulación en Puerto Rico.

Con la masacre de Río Piedras y la valiente respuesta del partido la labor de propaganda hecha en el extranjero desde 1930 da sus frutos. En todos los pueblos hispanoamericanos y en la República Española se inicia una campaña sin precedente a favor de la independencia de Puerto Rico. Nuestra lucha comienza a apa-

recer en los editoriales y los grandes titulares de los grandes diarios de todas las capitales europeas, americanas y asiáticas. El caso de Puerto Rico definitivamente ha adquirido el renombre internacional que su naturaleza requería. Se ha roto el bloqueo de noticias a que el imperialismo yanqui nos había tenido sometidos.

Desde la masacre de Río Piedras el partido entra en su verdadera función de vanguardia de lucha, poniéndose directamente en contacto con las grandes masas populares y dándole dirección. En esos días se echan las bases de un verdadero frente nacional antimperialista.

El país ha quedado preparado para futuros acontecimientos.

El 23 de febrero de 1936 el Coronel Riggs, responsable de la masacre de Río Piedras y quien públicamente declara “guerra, guerra y guerra contra los nacionalistas”, cae muerto en las calles de San Juan de dos balazos que le disparara el héroe puertorriqueño Elías Beauchamp, y su compañero y amigo Hiram Rosado, héroe de la independencia, fueron arrestados, conducidos al Cuartel General de la Policía, y asesinados a sangre fría por órdenes del Coronel Cole, jefe del Regimiento 65 de Infantería de Estados Unidos. Semanas después el Coronel Cole fue ascendido al grado de Brigadier por el Presidente Roosevelt y trasladado a Estados Unidos.

Una nueva ola de intensidad patriótica recorrió el alma nacional. La afluencia de pueblo al sepelio de ambos héroes y mártires rebasó todo precedente de manifestación pública en Puerto Rico. El pueblo, dirigido por el partido, glorificó a los héroes y mártires. El retrato de Elías Beauchamp y de Hiram Rosado circuló por cientos de miles a través de los hogares puertorriqueños.

El gobierno estaba anonadado. Salvo la reacción inmediata de la orden del Coronel Cole—quien la dio encerrado en la fortaleza de El Morro y quién de allí no salió hasta volar a Estados Unidos excepto para concurrir al sepelio del Coronel Riggs, y la acción policial que media hora después del suceso asaltó la imprenta y redacción de *La Palabra*—la acción del gobierno, inclusive la

del General Winship y toda la oficialidad yanqui, fue de franca cobardía.

El miedo al pueblo hizo recapacitar al Gobierno. Después de seis semanas de vacilación cambió de táctica. El 31 de marzo la Corte Federal expidió una orden de *Sub Poena Duces Tecum* contra el Partido Nacionalista.

La orden de *sub poena duces tecum* contra el Partido Nacionalista significa el reconocimiento pleno del Gobierno de Estados Unidos de no poder lidiar por la fuerza con el pueblo puertorriqueño mientras el pueblo puertorriqueño se mantuviera unido con una dirección revolucionaria. He aquí una lección para no tirar al olvido.

El viraje imperialista del *sub poena duces tecum* produjo sus inmediatos efectos. El 2 de abril de 1936 llevaba preso a la Princesa al Secretario General del Partido, al negarse éste a cumplir la orden de la corte imperialista para que produjera ante la misma los libros de actas del Partido. Un año de cárcel por desacato le fue impuesto. Pero su prisión no produjo estado de depresión alguna ni en las filas del Partido, ni en el pueblo. Por el contrario, la afiliación del Partido se sintió más segura de sí misma al sentirse más segura de la lealtad de su liderato. Partidarios y pueblo en general acumulábanse en masa, no solamente los días de visita, sino todos los días, frente a la cárcel. La agitación se hizo más intensa, aglutinándose nuevos y más amplios sectores de opinión alrededor de la bandera nacional. El espíritu se intensificó aún más cuando, días después, fueron incoados en una causa por “conspiración para derrocar al Gobierno de Estados Unidos por la fuerza”, el Presidente del Partido Nacionalista, Albizu Campos, el Secretario General, (ya preso) Juan Antonio Corretjer; el Tesorero Nacional Luis F. Velázquez; y los dirigentes Clemente Soto Vélez, Erasmo Velázquez; Pablo Rosado Ortiz, Juan Gallardo Santiago y Julio Héctor Velázquez.

A los encausados les fue impuesta una fianza montante a un millón de dólares, la cual fue presentada en el lapso de unas ho-

ras. Todos los encausados salieron en libertad provisional, excepto Corretjer, quien cumplía su sentencia por desacato.

Enfrentado a un estado de ánimo público con el cual jamás el imperialismo había contado, el gobierno recurrió a otra treta. El senador Millard Tydings, radicó ante el Senado yanqui en Wáshington un proyecto de ley para el reconocimiento de la independencia de Puerto Rico. Al día siguiente de estallar esa noticia las agencias yanquis de información transmitieron al país la declaración de la oficina del Presidente yanqui, Roosevelt, con la que se enteraba al país de que el Proyecto de Tydings había sido radicado ante el Congreso después de consulta y acuerdo del Presidente Roosevelt, su gabinete y los líderes congresionales.

El país estalló en una manifestación de júbilo. La bandera yanqui desapareció de más de tres cuartas partes de los ayuntamientos. Las manifestaciones de estudiantes y pueblo recorrían las calles. El jefe del anexionismo, Rafael Martínez Nadal, hizo una declaración pública pidiéndole a sus seguidores que, habiendo sido sus pretensiones despreciadas por los yanquis se adhirieran a la lucha por la independencia.

El país, sin embargo, no entendió el alcance del Proyecto de Tydings. El Partido sí lo entendió. Aunque el imperialismo dio por descontado tanto que el país no se percataría del alcance de su maniobra como el entendimiento del mismo que el Partido hacía, no creyó que el Partido lo entendiera hasta su más secreta intención. Pero sí lo entendió.

Sin que hubiera, como es de figurarse, entendido previo, (uno de ellos estaba preso), el Secretario General encarcelado escribió inmediatamente su artículo "La República de Trapo", desentrañando el engaño del imperialismo. Por su parte, Albizu Campos, desde sus cuarteles, lanzó la consigna de la Constituyente.

¿Cuáles fueron las intenciones del imperialismo al radicarse ante el Congreso de Wáshington el Proyecto de Tydings?

Veamos. Puerto Rico había echado a andar por sí solo hacia la independencia. El prestigio de las instituciones imperialistas-

coloniales se venía al suelo. Evidentemente el país caminaba hacia la revolución y hacia la independencia, mediante un proceso suyo, creado por fuerzas puertorriqueñas, de espaldas a la voluntad y al sistema institucional del imperialismo. Ante esta situación el imperialismo, al convencerse que le era muy dura una lucha por someter por la violencia al movimiento nacional mientras el pueblo, unido, lo respaldara, cambió de táctica, encaminándose hacia la represión legal. El momento de ese cambio de táctica lo hemos señalado: su primer paso fue el recurso de *sub poena duces tecum*. Con ese recurso el imperialismo, ladinamente, aparecía ante el país rectificando sus asesinatos, recurriendo estrictamente a sus leyes para entenderse con el Nacionalismo. Con la radicación del Proyecto de Tydings, y la aparatosa declaración de Roosevelt, con igual malicia se encaminaba a demostrarle al pueblo puertorriqueño que, confiando en las instituciones imperialistas podía resolver su problema constitucional delegando en el imperialismo su solución. Es decir, pretendía desviar la voluntad nacional, ya encaminada a resolver su problemática por sí misma como depositaria única de nuestra soberanía, a devolver su confianza al Congreso yanqui como depositario de la soberanía puertorriqueña. Y, sabiendo que la dirección nacionalista entendería así la maniobra al mismo tiempo que el pueblo engañado se lanzaría a una euforia independentista, provocar la dirección nacionalista a que, aprovechando esa euforia, se lanzara sin preparación a la insurrección armada, con lo cual separaría de sí misma a la gran masa del pueblo que creía ya resuelto su problema sin mayor necesidad de sacrificio y capacitaría al imperialismo a una represión impiadosa que dejara al país sin defensores por tiempo ilimitado. El imperialismo contó con que la dirección nacionalista cayera en la trampa, y así pospuso por más de dos meses la vista en el caso por conspiración insurreccional. Pero la dirección nacionalista, en vez de caer en la trampa, la contestó con la frialdad y capacidad revolucionaria, lanzando la consigna de la Constituyente e invitando al liderato de los partidos políticos y a

los alcaldes a suscribir conjuntamente la Convocatoria a la Asamblea Constituyente. La provocación quedaba salvada y el proceso revolucionario en marcha.

Ese proceso pre-constituyente continuaba cuando, en junio, el imperialismo, viéndose derrotado, citó a juicio. El 30 de julio el liderato nacionalista era sentenciado a presidio y destierro por diez años. Un recurso de apelación logró mantener en la cárcel de La Princesa al liderato, sin que se le trasladase a Atlanta, en Georgia, Estados Unidos, hasta el 7 de junio de 1937, o sea, diez meses después. Pero toda gestión de fianza fue inútil, siendo ésta negada por todas las cortes yanquis, desde la federal en San Juan, hasta la Suprema Corte en Wáshington.

El encarcelamiento de Albizu Campos el 30 de julio de 1936 fue un golpe fatal para la independencia. Ese hecho garantizó para el imperialismo la división en las fuerzas independizantes y para el país la pérdida de su oportunidad de independencia en aquella etapa de lucha.

Efectivamente; al calor de la lucha nacionalista la gran masa independentista, aún alucinada en el Partido Liberal, se había templado; había seguido las consignas del nacionalismo, se había informalmente adherido a la lucha de los nacionalistas. La llamada “ala radical” del Partido Liberal se había prácticamente apoderado de ese partido. Envalentonada por el éxito de la lucha nacionalista se hacía más audaz cada día. Al ver a Albizu Campos entrar en presidio la dirección volvió a acobardarse. Así pudo darse el bochornoso espectáculo de la Asamblea del Partido Liberal en Yauco, en donde una minoría encabezada por Antonio R. Barceló se impuso a la mayoría encabezada por Muñoz Marín decidiendo que el Partido Liberal se apartara del camino salvador del retraimiento electoral y tomara de nuevo el camino del colaboracionismo electorero. La hondura de la abyección en la rendición de su victoria por Muñoz Marín en Yauco puede medirse por el hecho de que, a pesar de Muñoz Marín haber arriado su bandera el impulso libertador en la masa del partido era tan grande que el re-

traimiento fue derrotado solamente por medio voto. Con ese medio voto se dividieron las fuerzas independentistas nuevamente, entre patriotas revolucionarios y reformistas electorales, y con ese medio voto se perdió la unidad necesaria y suficiente para independizar a Puerto Rico. El Partido Liberal y su liderato recibieron pronto su castigo, primero siendo derrotados en las elecciones a que concurrieron en noviembre de 1936 para ayudar al imperialismo a *legalizar* nuevamente su ocupación de Puerto Rico, y dividiéndose luego ignominiosamente en una grosera lucha presupuestaria intra-partita que concluyó por hacerlo desaparecer del mapa político puertorriqueño. Para desgracia de Puerto Rico, sin embargo, algunos de aquellos dirigentes lograron sobrevivir para seguir hundiendo a Puerto Rico en la degradación del coloniaje.

El 21 de marzo de 1937 el imperialismo celebró la nueva división de los puertorriqueños en Ponce. Premeditadamente, el imperialismo, bajo órdenes del Brigadier General Blanton Winship—órdenes consultadas y aprobadas en Wáshington—cometió el acto vandálico conocido en nuestra historia con el nombre de la Masacre de Ponce.

El horrendo asesinato colectivo perpetrado ese día contra los nacionalistas y el pueblo de Ponce en general puso al país de pie, nuevamente. La conmoción recorrió el mundo. Llegó a estremecer a los propios yanquis. Y el gobierno de Estados Unidos, que había evitado en julio de 1936 que el Congresista Vito Marcantonio llegara a Puerto Rico a tiempo de participar en la defensa del liderato nacionalista en corte, se apresuró a dejar paso libre a una investigación especial de la Unión Americana de Libertades Civiles. La investigación, sagaz y honradamente llevada a cabo por Mister Arthur Garfield Hays, puso la responsabilidad íntegra de la masacre en las manos del gobierno y de su representante ejecutivo el Brigadier General Winship. No obstante, el gobierno procedió a encausar por asesinato a los sobrevivientes de la masacre. El Fiscal de la Corte de Distrito de Ponce, Lcdo.

Rafael Pérez Marchand, entonces anexionista, (independentista hoy), renunció su puesto antes que deshonrarse con tal infamia.

Hemos rendido ya nuestro reconocimiento a la Unión Americana de Libertades Civiles por aquella investigación, y Mister Hays es dueño de nuestra eterna gratitud. Pero la verdad histórica se impone y nos vemos obligados a afirmar, con igual honradez, que la investigación de la Unión Americana de Libertades Civiles—y en esto la honradez de Mister Hays fue un factor de acentuación—resultó nociva para el país, primero, porque apaciguó los ánimos, dio una oportunidad al imperialismo para esperar a que la tensión nerviosa del pueblo bajara, y, segundo—lo peor—robusteció al reformismo restableciendo la confianza en los yanquis de un gran sector de partidarios no nacionalistas de la independencia. Afirmamos que los imperialistas previeron ese efecto beneficioso para ellos. Lo afirmamos porque no se permitió que el congresista Vito Marcantonio llegara a tiempo a participar en la defensa del liderato nacionalista, participación que no convenía al imperialismo (la presencia de un congresista yanqui entre el consejo de defensa, se temió, podía pesar mucho sobre el jurado), y, segundo, porque el funcionario yanqui responsable de los asuntos puertorriqueños ante el Presidente y el Congreso de Estados Unidos, el Secretario de lo Interior, Harold Ickes, era también en aquel momento de la investigación uno de los miembros de la Junta de Directores de la Unión Americana de Libertades Civiles.

En la baja de la furia popular producida por la investigación de la Unión Americana de Libertades Civiles la Suprema Corte en Washington confirmó la sentencia del liderato nacionalista y el 7 de junio de 1937 fueron trasladados todos a la Penitenciaría Federal de Estados Unidos en Atlanta, Georgia.

Dos días después el Juez Federal, Cooper, que había dictado la sentencia, fue tiroteado, saliendo ileso. El atentado dio oportunidad al gobierno a encarcelar la primera dirección interina nacionalista, presidida por el Lcdo. Julio Pinto Gandía. Tras de pre-

sentar una moción *denolli contendere* el Lcdo. Pinto Gandía y sus compañeros de proceso fueron sentenciados a cinco años de presidio y enviados a diferentes presidios federales en Yanquilandia.

El movimiento revolucionario quedaba detenido, pero no vencido. Y todavía el día 25 de julio de 1938 en Ponce, el héroe nacional Angel Esteban Antongiorgi sacrifica su vida hermosamente al evitar abriendo fuego contra el tirano general Blanton Winship, que aquel militar inescrupuloso y sanguinario profanara la sangre de los mártires de Ponce con un discurso de reafirmación imperialista.

Sonaban los últimos disparos de una etapa en que la voluntad puertorriqueña supo disponer de una fuerza verdaderamente superior. Si esa fuerza no bastó para independizar a Puerto Rico no se busque el motivo en la fuerza del imperialismo. Reconociéndola como la fuerza del único enemigo real de nuestra patria, nos encaramos a ella en aquella ocasión, como nos encaramos a ella ahora mismo y la venceremos mañana. Tampoco se busque mezinamente señalando defectos y fallas de la dirección nacionalista. Aquello, y esto, es más fácil, y más cómodo, que llegar al hueso de la verdad. Y el hueso de la verdad es deliberadamente escondido. No conviene que se conozca. No conviene decirla desde luego a los usufructuadores de los cadáveres de la Masacre de Ponce, hoy miserables lacayos de los imperialistas, con Luis Muñoz Marín a la testa. Ni conviene tampoco admitirla a los que siguen jugando la independencia a las urnas. Pero, la razón verdadera, el hueso de la verdad, es ésta: el reformismo electorero de los “independentistas” de entonces, los liberales de la independencia “con paz y orden”, “en paz y armonía”, “enemigos de la violencia”, dividieron las fuerzas básicas con que el país contaba para independizarse.

No estoy haciendo una defensa de mi participación en aquella etapa de lucha gloriosa. La gloria lideril—y con la gloria va la responsabilidad—le ha sido dada, íntegra, por propios y extraños, al Presidente del Partido Nacionalista, Albizu Campos. Hoy, no

soy, como entonces era Secretario General de ese partido. Ni siquiera su miembro. Estoy defendiendo la verdad histórica frente a un grupo de calumniadores, cobardes, simuladores de patriotismo, y de esos criticones que todo lo preveen... después que las cosas han pasado, y de los cuales se rió una vez, en una parrafada de prosa sangrienta, el más grande revolucionario de todos los tiempos: Vladimiro Ilich Lenin.

Tampoco estoy afirmando, ni negando, que ni Albizu Campos, ni yo, ni los demás compañeros que participamos entonces en la dirección del movimiento, cometiéramos errores. ¿No los hubo? Entonces bien; ¡maravillosamente bien! ¡Adelante a la lucha! ¿Los hubo? Lamentable. Pero, cuando suenan los tiros no es hora sino de cerrar filas y enrostrar al enemigo. Y enrostrarlo a tiros.

Ni estoy diciendo estas verdades a la vez gloriosas y amargas en pos de la gloria de cronista de la historia de mi país. Hace muchos años, pero muchos, que dí muerte y sepultura a toda ambición de gloria literaria. Las estoy diciendo como una lección que nos ayude a enfrentarnos ventajosamente a un gran dolor y a un gran peligro: el enemigo está arrasando a nuestra patria y otra vez están las fuerzas divididas entre los electoreros de “la paz y el orden”, de “en paz y armonía”, “enemigos de la violencia”, enemigos del boicot electoral, de la resistencia al servicio militar obligatorio, de ilusos que confían en un acuerdo digno con Estados Unidos tras una victoria electoral; y del otro lado los que estamos en el campo de la Revolución. ¡Y a Puerto Rico se le acerca una gran hora! ¡Que nuestro amado pueblo abra los ojos, deseche un pasado electorero que es un ininterrumpido itinerario de derrotas, un despeñadero de frustraciones, y enderece su camino hacia la coyuntura revolucionaria garantizadora de su independencia! ¡La garantía de la victoria revolucionaria es un movimiento de independencia unido, un pueblo unido! Y no hay que soñar tampoco en un movimiento unido a base de un sólo partido: eso es cerrar los ojos a la verdad. Ni habrá pueblo unido con palabras: la

saliva no une pueblos para una gran batalla, para una batalla tan grande como la batalla de nuestra independencia. Los pueblos se unen en la acción. En la acción inspirada en los más grandes ideales de nuestra nacionalidad, transido cada quien de amor a la vida y desprecio a la muerte. ¡Amor a la vida en la vida inmortal de la Patria y desprecio a la muerte ante el peligro que amenaza a la Patria!

X. "Pan, Tierra, Libertad"

La lucha que Puerto Rico acababa de sostener con el imperialismo había producido profundos y determinantes efectos. Había destruido parte de la obra antinacional lograda por el imperialismo y había despertado latentes energías creadoras en la nacionalidad.

Las condiciones en que se planteó la lucha y el modo de su desarrollo impidieron, no solamente su desarrollo lógico bajo la dirección nacionalista sino además que los efectos de la lucha se aprovecharan plenamente en beneficio del país. Tal hecho ocurrió cuando el imperialismo, encerrando a Albizu Campos en Atlanta, logró que la dirección política de las masas del país se desplazara del patriota Albizu Campos al colono liberticida Luis Muñoz Marín.

La lucha de los nacionalistas desprestigió ante las masas a todo el liderato colonialista. La lógica de su propia posición, su falta de patriotismo, su carencia de varonil coraje, hicieron que todos, todos sin excepción, se aliaran en grado mayor o menor, con la política del gobierno. De comisión o de omisión, pasaron por alto los asesinatos perpetrados por la administración de Roosevelt a través de su teniente General Blanton Winship. El pueblo, despertado en lo más hondo de su letargo colonial, se dispuso a rechazarlos.

En el hedor de toda la mogolla colonialista un hombre olía menos mal al pueblo. Ese hombre era Luis Muñoz Marín. Desde joven había demostrado una fuerte ambición de liderato. Desde joven, también, habíase señalado por cierto desenfado ante las

formas y por su interés en el movimiento obrero. Vio en este último más lejos que ninguno de sus contemporáneos, Albizu Campos inclusive: vio en donde estaban la fuerza y el porvenir. Puerto Rico puede lamentarse de veras que ese hombre no viera en donde estaba la fuerza para usarla en bien del país, ni en donde el porvenir para hacerlo más digno y más hermoso para su pueblo. Desdichadamente, quien debió haber continuado la tarea que dejó inconclusa Albizu Campos al entrar en la prisión de Atlanta, independizando al país en la coyuntura de la guerra, no tuvo el patriotismo para acometer la gran obra. Su falta de patriotismo, y su patética falta de valor físico, lo lanzaron a la tarea de desviar nuevamente todas las energías nacionales hacia el servicio del imperialismo. Por ello, las elecciones coloniales de 1940 no significaron en nuestra historia, ni el triunfo del Partido Popular Democrático, ni el triunfo de Muñoz Marín, ni que decir la victoria del pueblo puertorriqueño, sino un triunfo, un gran triunfo, del imperialismo yanqui sobre el pueblo puertorriqueño engañado y traicionado. Se equivocan los que posteriormente han hablado de la degeneración de Luis Muñoz Marín y de sus tenientes. Ahora, trepados en el presupuesto colonial, son los mismos que fueron antes. No ha habido cambio más que de grado. Fueron siempre reformistas. El mal del colonialismo se agravó en ellos hasta hacerlos desembocar abierta y descaradamente en la traición.

Señalemos ahora la composición de fuerzas que llevaron a Luis Muñoz Marín y su Partido Popular Democrático al disfrute opulento del presupuesto colonial.

1. La lucha heroica de los nacionalistas avivó el sentimiento de independencia en las masas del pueblo y desacreditó al liderazgo político colonial, pero no pudo evitar la prisión y destierro de su liderazgo.

Esto dio a Muñoz Marín:

Una amplia, emocionada y pura masa de pueblo y convenció al imperialismo de que era su conveniencia apoyarlo para desviar políticamente esa masa.

2. La participación de Albizu Campos en la huelga de la industria azucarera en enero de 1934 demostró que el liderato obrero de Santiago Iglesias Pantín estaba gastado. Y la lucha de los nacionalistas desató nuevas energías en la clase trabajadora, energías que se dirigían inevitablemente hacia la creación de un nuevo instrumento de lucha obrera, de una nueva central sindical.

Esto dio a Muñoz Marín:

La ocasión de impulsar la creación de una nueva central sindical, más fuerte y potente que la anterior, la Confederación de Trabajadores de Puerto Rico, (CGT), lo cual le garantizó una fuerza electoral de base obrera y campesina.

Examinemos ahora porqué el pueblo puertorriqueño decidió seguir el liderato de Muñoz Marín y porqué el imperialismo decidió apoyarlo.

En 1940 había en Puerto Rico 55,519 fincas. El 52.9 por ciento de éstas tenían un área de menos de 10 cuerdas, ocupaban el 7.6 por ciento del área total en fincas, el 10.6 por ciento del área en cultivo y sumaban el 6.9 por ciento del valor total de las tierras, edificaciones, aperos agrícolas y maquinarias de todas las fincas del país. 342 fincas, o sea, el 0.6 por ciento de todas las fincas, de 500 cuerdas o más que sumaban el 30.9 por ciento del área total en fincas y el 25.8 por ciento del área total en cultivo, representaban el 44.1 por ciento del valor de las tierras, edificaciones, aperos agrícolas y maquinaria de todas las fincas del país. Esta concentración de tierras prevalece en los mejores terrenos, en los valles de aluvión y llanos costaneros e interiores, dedicados mayormente a la producción de caña. (Félix Mejías: *Condiciones de Vida de las Clases Jornaleras*, Junta Edit. de la U.P.R., 1946). Tal condición de la división de la propiedad de la tierra es el efecto de la deformación de nuestra economía por el imperialismo yanqui. Como consecuencia: “en ese año el 69.7 por ciento de la población de la isla vivía en la zona rural: 1,302,898 personas, o sea unas 230,000 familias. Por lo tanto, la enorme mayoría de las familias rurales, alrededor del 80 por ciento de ellas, no posee tie-

rras; son familias de peones que trabajan a jornal y viven agregadas” (Ibidem). El acento de tragedia se agranda cuando se recuerda que tales condiciones se producen bajo las condiciones de una dominación extranjera, bajo el dominio del monopolismo latifundista y absentista. Recuérdese que ya en 1900, el senador Foraker declaraba en el Senado en Wáshington: “Los *trusts* del azúcar y del tabaco son dueños ya, prácticamente, de toda el azúcar y todo el tabaco de Puerto Rico”. (Congressional Record, Vol. 33, parte 3, p. 2,649. Cit. por Mejías: ob. cit.).

En el apogeo de la guerra, cuando 70 mil jóvenes puertorriqueños habían sido cochados a las filas del ejército yanqui y el gobierno de Estados Unidos mantenía en construcción numerosas obras públicas de guerra, “el coeficiente derivado del estudio de 4,999 familias obreras puertorriqueñas hecho en 1941-42 fue de 218 personas empleadas por cada mil habitantes, incluyendo a los que trabajaban con fines de lucro entre las edades de 10 y 14 años” (Ob. cit.: nota al calce de la p. 40). Una cifra mayor, la de 287 por 1,000, la clasifica Mejías como “probablemente el coeficiente más bajo del mundo civilizado”. Para esa época el coeficiente para naciones importantes del mundo eran: Unión Soviética 580, Francia 520, Alemania 490, Estados Unidos 398, Cuba 328, Chile 320, México 323 y Brasil 312. (V. Lombardo Toledano, *El proletariado de la América Latina ante los problemas del continente y del mundo*. Universidad Obrera de México, p. 37. *Year Book of Labor Statistics*, Vol. VII, International Labour Office, Montreal, Canadá, 1943, pág. 5. Cit. por Mejías: Ob. cit.). Al estudiar el censo de 1940 el Sr. Mejías hace notar una mella “en la población entre las edades de 25 y 34 años—el período más productivo en la vida de los obreros no diestros—características que no tenía la población de Puerto Rico en el año de 1899. Esto se debe, probablemente, a la incidencia de la tuberculosis” (Ob. cit.). ¿Quién puede extrañarse?

Éstas fueron las materialidades que habían servido de base al auge del Partido Nacionalista, y éstas fueron luego las

materialidades que, al ser manejadas por las manos reformistas del oportunismo popular-democrático habían de servir de base para que Luis Muñoz Marín desviara las masas del país del camino de la independencia que era—y que es—la llave para comenzar a abrir la puerta de la solución de la grave problemática puertorriqueña.

Esas materialidades son hijas de la deformación producida por el imperialismo en la economía del país, deformación hecha posible por el dominio político que el gobierno de Estados Unidos ejerce sobre el pueblo puertorriqueño. Para combatir las es necesario barrer del suelo puertorriqueño la dominación del gobierno de Estados Unidos. Pero el reformista colonial Luis Muñoz Marín, y su reformista y colonial Partido Popular Democrático, tomaron, desde luego, el camino de su propia lógica, se aliaron con el imperialismo, pusieron sus manos a la obra de ayudar al imperialismo a mantenerse funcionando en Puerto Rico. Para hacerlo, recurrieron a la vieja treta del reformismo colonial de todos los tiempos: la adulteración más atrevida y más descarada de los ideales del pueblo puertorriqueño, su simulación más efectiva. Así, demagógicamente levantaron la revolucionaria consigna de PAN, TIERRA, LIBERTAD.

Un pueblo ante cuyos ojos todo su liderato tradicional ha desmerecido hasta el desprecio; que ha visto desaparecer, perdido entre las nubes que se tragaban al avión secuestrador de la Marina de Guerra Yanqui que los trasladaba a un lejano presidio en los confines del país invasor a los líderes en cuyas manos quiso poner su destino; que no encontraba, entre los suyos mismos, prontos substitutos; cuya sed de independencia le ha sido avivada por el ejemplo heroico que acababa de presenciar; que se sabía desarmado y desorganizado; cuyas necesidades materiales sentaba a su mesa el hambre por cena y acostaba en su lecho a la tuberculosis por compañera conyugal; que no había podido hacer durar por el tiempo necesario su tensión colectiva para que ésta le produjera estabilidad de cohesión necesaria para las grandes resolu-

ciones que anteceden a las grandes soluciones; un pueblo, en fin, así sometido a tales condiciones, no es extraño, aunque nos duele, que se dejara seducir y engañar otra vez, por un grupo de oportunistas reformistas que se le presentaba simulando seguir los pasos de los hombres que habían sido trasladados a Atlanta; hablando de sacrificios, de pureza, de abnegación y de prudencia; y desplegando ante sus ojos alucinados la consigna más revolucionaria que han inventado los hombres, la consigna de los bolcheviques rusos que tomaron el poder en la Gran Revolución de Octubre, la gran consigna que resume la lucha de todos los oprimidos del mundo desde el momento en que se desintegró la sociedad primitiva: PAN, TIERRA, LIBERTAD. Y se hace más explicable el fenómeno cuando se recuerda que la realización de todo ese programa que habría no solamente de independizar a Puerto Rico de la intervención yanqui, sino además revolucionar toda la sociedad puertorriqueña, habría de ejecutarse sin que al pueblo puertorriqueño le costara una lágrima, una gota de sangre, sino, simplemente, depositando un voto de papel en una urna el día de las elecciones de 1940. Desde luego que la condición humana de ganar lo más con el menor posible esfuerzo, operando sobre un pueblo debilitado en su voluntad de lucha, tenía necesariamente que producir los efectos que produjo.

Pero, si las masas del pueblo puertorriqueño siguieron a Muñoz Marín y a su PPD, no lo siguieron porque quisieron, sino porque el Gobierno de Estados Unidos se lo permitió. No lo habrían seguido, si el Gobierno de Estados Unidos no se lo hubiera permitido. Y ésta no es una acusación lanzada contra las masas del pueblo puertorriqueño. Es una acusación lanzada contra Luis Muñoz Marín y sus compinches, puesto que si el gobierno de Estados Unidos hubiera hecho contra ellos la más mínima demostración de hostilidad, ni Luis Muñoz Marín, ni ninguno de sus compinches, hubiera osado enfrentarse al gobierno de Estados Unidos. Y Luis Muñoz Marín y sus compinches populeros habrían sido electoralmente aplastados por las fuerzas reaccionarias movi-

lizadas en su contra por el imperialismo.

Examinemos, pues, las razones por las cuales decidió el imperialismo apoyar a Muñoz Marín y su PPD.

1. Adolfo Hitler, encabezando al grupo de naciones fascistas, planteaba a la oligarquía de naciones imperialistas—Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Bélgica y Holanda—una nueva guerra para una nueva división del mundo. La guerra económica estaba llegando a su fin a mediados de 1939. Firme evidencia de ello es el hecho de que en el verano de 1939 el cemento de Hamburgo se vendiera, en remotos pueblos de Puerto Rico, a precio más bajo que el cemento yanqui Portland. La proximidad de la guerra planteaba a Estados Unidos, en toda su magna dimensión, una cuestión de imperio, de unidad de imperio. Esta unidad del imperio para la guerra la definió Roosevelt con el esquivo título de “solidaridad hemisférica”. Pero la llave del imperio, Puerto Rico, estaba soliviantada. La agitación nacionalista corría por el árbol vital del imperio. Organizaciones y congresos populares a través de toda la América Latina, las cámaras de diputados de la Argentina y Chile; la Asamblea Constituyente de Cuba; el senado dominicano, se solidarizaban con la lucha de Puerto Rico por su independencia y solicitaban del Gobierno de Estados Unidos, y particularmente de Roosevelt, la inmediata excarcelación del liderato nacionalista preso en Atlanta. Y la agitación nacionalista no cesaba. Dentro del país, aún en julio de 1938, la cuestión nacional se debatía a tiros. Y en el mismo 1939 comenzaba la desobediencia a la imperialista ley del servicio militar obligatorio. Eran éstas realidades que no podía el imperialismo despachar ni con una masacre, ni con una salida pedantesca. Había que apaciguar a América Latina apaciguando a Puerto Rico. Luis Muñoz Marín y su PPD se presentaban a los ojos del imperialismo, lógicamente, como los mejores candidatos a apaciguadores. Indudablemente que el imperialismo acertó.

2. El apaciguamiento de la América Latina mediante el apaciguamiento de Puerto Rico requería, a todo trance, que se vol-

viera a prestigiar las desacreditadas instituciones coloniales. Sabido es que el camino de la independización de un pueblo lo va marcando el progresivo descrédito de las instituciones coloniales. Muñoz Marín y su tenientado representaban, dentro del marco de las relaciones imperialista-coloniales, por haber figurado en la llamada “ala independentista” del Partido Liberal, el único grupo colaboracionista que no se había gastado en la pasada etapa de lucha. Eran ellos, pues, los que dándosele la oportunidad, podían cooperar mejor en la indigna tarea de volver a prestigiar ante el engañado pueblo las instituciones coloniales, comenzando con esa institución esclavista eje, corazón verdadero del coloniaje: las elecciones coloniales. De manera que, mientras más radical pareciese el programa electoral del PPD mayor bien hacía al imperialismo, mejor apuntalaba el coloniaje, puesto que mayor confianza en las instituciones coloniales y en el imperialismo devolvía a la masa del pueblo, la que así esperaba resolver la trágica maraña de sus problemas. Esta consigna es evidente en la propaganda de Muñoz Marín. Nótese su empeño constante en cubrir de prestigio todas las instituciones coloniales, hasta haber llegado al punto máximo y ridículo de negar que Puerto Rico es una colonia.

3. El radicalismo aparente del programa populero debía edificarse sobre tres puntos básicos, que correspondieran a las tres mayores necesidades puertorriqueñas: (a) destrucción del latifundio absentista, (b) industrialización, (c) independencia. La falsedad de ese programa, edificado sin embargo sobre necesidades inaplazables de la nacionalidad, salta a la vista en la inversión maliciosa y típicamente reformista de sus puntos de lucha. Queremos decir que, para que ese programa fuese verdaderamente radical y verdaderamente revolucionario y patriótico, debió plantearse a base de (1) lucha por la independencia, y (2) programa constituyente a base de liquidación del latifundio y de industrialización del país. Y la lucha a plantearse fuera del marco imperialista-colonial, es decir, fuera de las urnas.

Como en capítulo aparte examinaremos detalladamente el carácter sojuzgador, esclavizante, imperialista y anti-puertorriqueño del sistema electoral y la concurrencia a urnas en las presentes circunstancias, vamos a examinar en esta ocasión exclusivamente la falsedad del planteamiento antilatifundista e industrializador planteado entonces y sostenido hasta ahora por el Partido Popular y por Muñoz Marín.

A. El Problema de la Tierra

Política—declara acertadamente la definición famosa—es economía concentrada. El poder político que rige en Puerto Rico no es puertorriqueño: es yanqui. El gobierno de Estados Unidos es el que gobierna en Puerto Rico. El llamado “gobierno de Puerto Rico” es una criatura del Congreso de Estados Unidos, es parte de la maquinaria administrativa y represiva del gobierno de Estados Unidos. Por lo tanto, lo que gobierna políticamente a Puerto Rico no es una concentración de la economía puertorriqueña sino una concentración de la economía yanqui.

La industria básica de la economía en Puerto Rico es la azucarera. Usando su poder político—que es una concentración de su economía—Estados Unidos intervino y ocupó militarmente a Puerto Rico en y desde 1898. Mediante el uso de ese poder político asimiló a su economía la industria azucarera que era puertorriqueña. La industria azucarera en Puerto Rico se convirtió pues en industria yanqui. Solamente una pequeña porción de esa industria quedó en manos boricuas.

La base del problema de la tierra en Puerto Rico es la posesión absentista-latifundista: el latifundio cañero poseído por yanquis residentes en Estados Unidos.

Decididamente, la respuesta puertorriqueña a esa realidad, la que la necesidad puertorriqueña impone, es la nacionalización del latifundio cañero. Pero esa nacionalización presupone un poder político nacional que no tenemos. Por lo tanto, el planteamiento correcto es la lucha por la independencia, que es la lucha

por el poder político nacional que capacite al pueblo puertorriqueño a nacionalizar el latifundio cañero.

El programa populero de Muñoz Marín hizo el planteamiento al revés, colocando la carreta delante de los bueyes. Los resultados tenían que ser, obligatoriamente, el mantenimiento del coloniaje, la prohibición al pueblo puertorriqueño de poner en práctica, con la conquista de la independencia, su necesaria política de nacionalización.

La implantación del programa agrario colonial de Muñoz Marín y su partido—que es un programa del imperialismo—ha sido de neta ganancia para el gobierno de Estados Unidos, instrumento de la imperialista oligarquía financiera yanqui. La compra con dinero del pueblo puertorriqueño de alguna de la tierra dedicada al cultivo de la caña de azúcar contiene dos aspectos básicos de beneficio para el imperialismo yanqui y contrario a los intereses del pueblo puertorriqueño.

(1) El traspaso de tierra puertorriqueña, comprada con dineros de los contribuyentes puertorriqueños, de manos de intereses corporativos yanquis al “gobierno de Puerto Rico” que es el gobierno de Estados Unidos, es un traspaso de manos yanquis a manos yanquis en el que el único perdedor es el contribuyente puertorriqueño. La corporación yanqui vendedora, vende, a precio fabuloso, la tierra que compró a precio irrisorio y explotó impiadosamente durante unos cuarenta años—esquivando hasta pagar las contribuciones como bien se sabe—y al fin y al cabo, hecho el traspaso de compra a favor de el “gobierno de Puerto Rico” que es el gobierno de Estados Unidos que es la propiedad de la oligarquía financiera yanqui, la propiedad revierte sobre el mismo dueño, añadiendo con la transacción no solamente más ganancia en dinero, sino además mayor fuerza política en Puerto Rico para su gobierno.

(2) El engaño del programa agrario-colonial del Partido Popular Democrático y de Luis Muñoz Marín sirvió, y sigue sirviendo, al gobierno de Estados Unidos para confundir política-

mente la mentalidad del pueblo puertorriqueño desviándolo de la lucha por la independencia.

(3) El engaño del programa agrario-colonial del Partido Popular Democrático de Muñoz Marín sirve al gobierno de Estados Unidos para echar un poco de tierra en los ojos del pueblo puertorriqueño para que no vea cómo mientras se habla de la repartición de tierra a los campesinos, el gobierno expropia las mejores tierras del país para el uso de sus fuerzas armadas. Ejemplos: Vieques, Culebras, Ceiba, Fajardo, Gurabo, Camp Buchanan, Sabana Seca, Tortuguero, Punta Borinquen, Losey Field, miles y miles de cuerdas de magnífico terreno cultivable que han pasado a propiedad de las fuerzas armadas yanquis desde que el partido populero ganó las elecciones en 1940.

El problema de la tierra plantea al pueblo puertorriqueño un dilema decisivo de independencia o muerte. La dominación del imperialismo propició y propicia que al puertorriqueño le saquen, de debajo de los pies, la tierra materna que debe sustentarle. Pueblo sin tierras es pueblo hambriento. Pueblo sin tierras es pueblo sin pan. Produzca en agricultura de sustento o en agricultura industrializada la tierra es la principal fuente del pan de cada día de todos los hombres. Agricultura ausentista, latifundista y monocultora la de Puerto Rico, la población de Puerto Rico no le interesa, excepto quizá, aquel número exclusivo de brazos que necesite para su explotación. Y aún éste—piensan los yanquis—puede en su día ser substituido.

El rescate de nuestra tierra, de manos de los absentistas yanquis y de manos de las fuerzas armadas de Estados Unidos, es sinónimo con el rescate de nuestra soberanía de manos del gobierno de Estados Unidos. Del único modo en que Puerto Rico podría rescatar su tierra es el de la independencia, porque únicamente la independencia puede darle al pueblo puertorriqueño el poder político con el cual pueda nacionalizar el latifundio absentista yanqui y dirigir su economía con motivaciones, fines, propósitos y conveniencias exclusivamente puertorriqueñas.

B. La Industrialización

El camino que conduce al ensanche de las fronteras económicas de Puerto Rico es el desarrollo industrial. La industrialización es la gran frontera económica de la Patria. El coloniaje, empero, es la camisa de fuerza que amarra nuestra potencia de desarrollo industrial. El coloniaje prohíbe la industrialización.

La colonia se distingue por su completa inopia industrial. La colonia es siempre una simple productora de materia prima. La colonia es siempre un mercado de monopolio para la industria de la metrópoli. La colonia compra más a la metrópoli, importa más artículos de la metrópoli, que los que vende o exporta a la metrópoli.

Usando a Muñoz Marín y a su partido populero, el imperialismo yanqui trata de desviar y deshacer la creciente conciencia industrial de los puertorriqueños prometiendo la industrialización de Puerto Rico bajo su bandera, la bandera del imperialismo yanqui. Vamos a probar la falsedad maliciosa y criminal de ese planteamiento.

El liberal-democratismo del Siglo XVIII prendió en el pueblo de las trece colonias inglesas norteamericanas porque así lo propiciaba su propio desarrollo. Y de este injerto histórico nació el gran documento político en que se concibió a Estados Unidos: la declaración de independencia.

Pero la constitución de Estados Unidos fue luego meditada, preparada, redactada y aprobada con otro propósito: el de garantizar el desarrollo económico de la oligarquía agrícola-mercantil en que se había transformado el patriciado de la guerra de independencia. Estados Unidos fue concebido en la libertad. Pero nació en la esclavitud. Su revolución fue traicionada.

La aplicación lógica de la constitución siguió implacablemente el curso de sus realizaciones prácticas hasta que hizo crisis. Esa crisis fue la guerra civil de 1861.

El triunfo del Norte en la Guerra Civil disolvió la ficción de soberanía de los llamados “estados”, confirmando definitivamente

te su naturaleza provincial; centralizó el poder político necesario al desarrollo eficaz del capitalismo industrial; puso en nivel de subalterno al Sur agrícola e hizo a los magnates de la industria dueños indiscutidos del gobierno.

El gran desarrollo industrial siguió a pasos agigantados por el camino que el triunfo en la guerra civil le había abierto. No pasaron muchos años sin que la conjunción del capital industrial y el bancario se realizara, consolidando el poder dictatorial de la oligarquía financiera. Prontamente, su disponibilidad de capital lanzó a Estados Unidos descaradamente a la lucha inter-imperialista. La guerra con España nos hizo sus primeras víctimas.

En París, en 1899, en violación abierta de todo derecho, fuimos entregados a las fauces trogloditas de los imperialistas yanquis. La posibilidad de la industrialización de Puerto Rico fue segada en flor. En la colonia, bajo la férula de los imperialistas yanquis, todas nuestras potencialidades industriales yacen en estado de catalepsia. Esa catalepsia no tiene otro remedio que la independencia.

Fue ante esas innegables realidades que, hace nueve años, presentó el Sr. Muñoz Marín al pueblo puertorriqueño su consigna de industrialización. Y, aunque hace ocho años que es él el cabcilla criollo al servicio del imperialismo, no ha habido ni habrá industrialización en Puerto Rico mientras nuestro país siga unido al yugo imperialista de Estados Unidos.

Es, desde luego, esta realidad, condición inherente a la naturaleza monopolista del régimen imperialista-colonial que al país agobia. Si la constitución de Estados Unidos es exclusivamente el fundamento jurídico de la acción acaparadora de la oligarquía financiera yanqui, ni que decir que Puerto Rico está automáticamente excluido de toda oportunidad de industrialización mientras no se haya zafado de la dominación política de Estados Unidos, mientras no haya conquistado su independencia. Todo el aparato represivo del estado cae, como una catapulta, sobre la iniciativa industrializadora del país. Se puede decir, con

propiedad, que la industrialización de Puerto Rico es anticonstitucional, desde el punto de vista yanqui.

De aquí que estemos viendo ya, al irse inexorablemente disolviendo el mesianismo colonialista en el agrio mar de estas realidades, en lo que ha venido a parar el programa de industrialización de Muñoz Marín. El proceso se divide en dos partes, a saber:

1. Durante la pasada guerra era de interés para Estados Unidos que en Puerto Rico prosperaran algunas nuevas pequeñas industrias. El fomento pasajero de esta pequeña floración pequeño-industrial constituía una ayuda efectiva al esfuerzo de guerra de los grandes monopolios yanquis. Dejábale las manos más libres, podían desentenderse de algunas necesidades del fácil mercado de monopolio de Puerto Rico y atender las necesidades de mercados de competencia, podían sobre todo centrar su esfuerzo productor en ganar la guerra, la victoria en la cual les aseguraría, según creían, el dominio de todo el mundo. El proceso además sembraba mayor conformidad con el colonijaje entre los puertorriqueños, daba nuevo prestigio a las bastante deterioradas instituciones coloniales: propiciaba que hubiese el menor descontento y desasosiego político en la colonia, y ayudaba al imperialismo a hacer desaguar las aspiraciones libertarias puertorriqueñas en el Atlántico de la "Carta".

El programa del imperialismo no triunfaba, empero, en camino sin lucha. El panorama del Puerto Rico de esos días presentaba extraños aspectos. En el seno de la sociedad humana pugnan fuerzas antagónicas a través de cuya lucha se realizan los cambios necesarios al progreso humano. El progreso de la economía y de la sociedad imponen el cambio del régimen de la sociedad por otro más afin con el grado de desarrollo que han alcanzado las fuerzas productivas. Pero las clases dominantes y explotadoras, las que derivan sus privilegios de la miseria y la ruina de la mayoría, hacen cuanto pueden por impedir y retardar el cambio, mientras que las que sufren esas consecuencias batallan por hacer pronto el necesario cambio.

Es necesario señalar, no obstante, que en el seno de las clases explotadoras y privilegiadas, se núclea sectores más o menos reaccionarios, y que en el fondo de las clases explotadas se núclea también sectores revolucionarios y sectores reformistas y contra-revolucionarios, ayudando estos últimos desdichadamente a los reaccionarios a retardar los cambios necesarios.

Así, en aquellos años de la guerra, vemos cómo en Puerto Rico un sector de los más ciegos reaccionarios se núclea para combatir la fórmula de imperialismo a través de las masas de Roosevelt-Tugwell-Muñoz Marín, y, por el otro lado, las fuerzas de la independencia no llegan a nuclearse en un todo homogéneo para aprovechar la coyuntura de guerra e independizar a Puerto Rico. Así, mientras los nacionalistas siguen resistiendo en los presidios y el destierro, la mayoría de los independentistas del país cae en la redada imperialista siguiendo a Roosevelt-Tugwell-Muñoz Marín en su fórmula de imperialismo a través de las masas. Sin embargo, la fuerza de la espontaneidad nacional, estimulada por la propaganda de tonalidades libertarias que la misma guerra imponía, y por la participación de la Unión Soviética en la guerra, hizo un hincapié político organizando el Congreso Pro Independencia. El Congreso Pro Independencia probó la disposición del pueblo puertorriqueño a independizarse en plena guerra. Al toque independizador del Congreso Pro Independencia el pueblo respondió como siempre ha respondido: respondió bien generosa y patrióticamente. Y otra vez falló el liderato. El Congreso Pro Independencia nucleó fuerzas suficientes para que su liderato se reconociera verdadero representante de la unidad nacional. Ese nuevo instrumento de lucha tenía en embrión la potencia de una organización revolucionaria-popular, puesto que no era un partido político electorero, puesto que actuaba fuera del sistema electoral, fuera del sistema imperialista colonial. Cualquiera de aquellas dos, magnas asambleas públicas del Congreso pudo honestamente haberse convertido en Asamblea Constituyente de la República.

Pero el liderato del Congreso frenó el ímpetu libertador del pueblo. Y subordinó al Congreso Pro Independencia a la voluntad del Congreso de Estados Unidos, fundando todo su esfuerzo de lucha en conseguir que el Congreso de Estados Unidos aprobara el proyecto de ley de independencia presentado por el imperialista senador Tydings, proyecto que, efectivamente, había sido radicado por Tydings para engañar al pueblo puertorriqueño, para hacer evacuar en el vacío de la palabrería, de la discusión y la polémica las fuerzas nacionales que debían independizar a Puerto Rico por su propia iniciativa. Como resultado, el Congreso Pro Independencia se desintegró. En vez de haber servido para independizar a Puerto Rico, como pudo haberlo independizado, o, por lo menos, como instrumento de fundación del frente antimperialista necesario para la independización de Puerto Rico, el Congreso se convirtió, primero, en inconsciente instrumento para que el imperialismo mantuviera a Puerto Rico en colonijaje, y después, como centro de una nueva división en las fuerzas de la independencia, cuando el 20 de octubre de 1946, poco más de tres años después de creado, su liderato organizó otro partido político electorero, el Partido Independentista Puertorriqueño.

2. Pasamos ahora al otro aspecto de la desintegración del programa de industrialización de Muñoz Marín y sus populeros.

Tan pronto terminó la guerra, y el proceso de reconversión se inició en la industria yanqui, inicióse también en Puerto Rico el colapso de su efímera floración pequeño industrial.

La tendencia manifiesta del imperialismo al iniciarse este viraje fue la del desbanque total. Pero, al mismo tiempo, iniciábase una nueva intensificación del sentimiento independiente. El Partido Independentista comenzó una amplia campaña de estímulo al sentimiento patriótico en preparación para su participación en las elecciones coloniales de 1948. A esta campaña se unió el Partido Comunista. El regreso de Albizu Campos al país en diciembre de 1947 fue otro factor de avivamiento a la lucha

independizadora, trayendo también a la tribuna su antigua combatividad y renovando el planteamiento anti-electoral. Su planteamiento anti-electoral reveló inmediatamente el temor de los imperialistas y de sus servidores criollos a esta fórmula salvadora. Toda la canalla del ámbito imperialista-colonial apareció en escena a combatir el retrainamiento electoral planteado por Albizu. Paradójicamente, también cayó sobre él el odio implacable de los partidoindependentistas, como ha caído también contra todos los que combatimos la vía electorera como instrumento de lucha por la independencia, sean éstos miembros del Partido Nacionalista o no lo seamos.

Lo que aquí conviene subrayar es el hecho de que esta intensificación del sentimiento independizante obligó al imperialismo a volver a levantar la consigna de la industrialización a través de Muñoz Marín y sus populeros. Esta recapacitación de los imperialistas es la tendencia que ahora se perfila. Pero es de insensatos pensar que la tal recapacitación conlleve la más mínima posibilidad de la industrialización de Puerto Rico. Por el contrario. Tal recapacitación lleva por objeto único robustecer la industria yanqui, llenar de oro las arcas de industriales yanquis, con oro puertorriqueño y sudor puertorriqueño convertido en oro.

Tal recapacitación lleva por objeto único robustecer la posición imperialista-colonial en lo político y en lo económico, dando empleo a algunos centenares de obreros boricuas para minimizar el fermento revolucionario de la crisis inevitable, que viene, que ya empieza a estar aquí.

Para hacer funcionar la combinación imperialista-colonial los contribuyentes puertorriqueños pagarán las contribuciones que ofrezcan a los industriales importados yanquis las garantías policiales, detectivescas, sanitarias, de transportación, de alumbrado y energía eléctrica, aparte de las garantías morales necesarias a la función normal de una factoría.

Por ninguno de estos servicios esenciales la firma yanqui nada pagará durante diez años. Durante diez años disfrutará de

los beneficios de todos estos servicios pagados exclusivamente por los contribuyentes puertorriqueños. Cuando los diez años hayan transcurrido la tal firma se retirará, ahita de ganancias, y la fábrica quedará cerrada. Entonces se alzarán un gran escarceo de propaganda oficial sobre la angustia de los que van a quedar desempleados, y, para remediar la situación se importará entonces otro industrial yanqui, al cual, nuevamente, se le eximirá del pago de contribuciones por otros diez años.

Las pingües ganancias que tal programa entraña para los capitalistas yanquis han de añadirse a las enormes ganancias que devengarán en salarios dejados de pagar. Si, pongamos por caso, durante el primer año de funcionamiento, una de estas firmas yanquis paga a los obreros puertorriqueños un millón de dólares en salarios, se habrá ganado dos millones de dólares en salarios dejados sin pagar. Porque se le garantiza la mano de obra barata a los inversionistas yanquis. El obrero boricua de una de estas fábricas ganará exactamente una tercera parte de lo que un obrero yanqui devenga por igual trabajo. De manera que en diez años, y con el mismo promedio, el industrial yanqui habrá dejado de pagar veinte millones de dólares a sus obreros puertorriqueños.

En definitiva, que si Puerto Rico quiere cruzar victoriosamente su gran frontera económica que es la industrialización, tiene que disponerse a cruzarla en son de conquista, y como en son de conquista se cruzan fronteras. La conquista de la independencia es la conquista de nuestra oportunidad de industrialización. O nos disponemos a conquistarla o nos resignamos ignominiosamente a ser un país sin industrias, que es parte de la ignominia de ser una colonia.

Hasta aquí nuestro examen de la falacia de la política agraria y de la política de industrialización que el imperialismo yanqui presenta al pueblo puertorriqueño por boca de Muñoz Marín y sus populeros.

Examinemos ahora planteamientos recientes hechos por el imperialismo yanqui a través de Luis Muñoz Marín. El primero es

la declaración de que “Puerto Rico no es una colonia”, el segundo, que “las naciones y los nacionalismos han desaparecido”, y el tercero, que la elección de un criollo—en este caso la del propio Muñoz Marín—a la gobernación de Puerto Rico, ha creado en Puerto Rico “un nuevo estado”.

Efectivamente, sirviendo al nacionalismo yanqui, Muñoz Marín ha declarado que ya Puerto Rico no es una colonia. La única base que Muñoz Marín presenta para mantener su tesis es que “Puerto Rico no es una fuente de materia prima para la industria de Estados Unidos”.

Esta afirmación es dos veces falsa.

Tomemos como ejemplo la industria azucarera. Esta en verdad agricultura industrializada en Puerto Rico es yanqui. Por lo tanto, lo que Puerto Rico produce en verdad es la materia prima de la caña, que la industria yanqui convierte en azúcar. Es decir, Puerto Rico produjo la materia prima, la caña, para la industria yanqui que la convierte en producto, en artículo, en azúcar. Esa azúcar la industria yanqui la sirve a su mercado doméstico y a su mercado colonial. Aún más. Esa azúcar que la industria yanqui derivó de la materia prima, la caña, que la tierra puertorriqueña le produce, sale de Puerto Rico en la flota mercante yanqui, y allá, en Yanquilandia, industriales yanquis la venden a su mercado doméstico, en Estados Unidos mismo, y la venden también a su mercado colonial, al público del mismo Puerto Rico.

Pero también es falsa esa afirmación de Muñoz Marín porque en lo económico lo que caracteriza a la colonia no es únicamente el ser productora de materia prima sino, además, ser un mercado de monopolio para el imperialismo, un canasto insaciable en el cual arroja el imperialismo la numerosa basura de su “dumping”. Y el mercado puertorriqueño, todos lo sabemos, es eso: una canasta insaciable en la cual arroja, sin competencia, el imperialismo yanqui la numerosa basura de su “dumping”.

Políticamente, lo que caracteriza a la colonia es su falta de soberanía. ¿Puede alguien que esté en su uso de razón afirmar que

Puerto Rico tiene soberanía propia, que ejerce por sí mismo el poder de su soberanía? Desde luego que no. Nadie en uso de razón puede hacer esa afirmación. Ni siquiera Muñoz Marín. Es por ello que Muñoz Marín ha hecho sus dos afirmaciones complementarias igualmente falsas.

La primera de éstas, es aquella de que las naciones y los nacionalismos han desaparecido, que son, dicho en su media lengua colonial, “obsoletos”. Muñoz invierte las realidades, y afirma una falsedad, pudiendo haber afirmado que lo que es “obsoleto”, es decir, anticuado, es el coloniaje. Pero las naciones no han desaparecido. No ha desaparecido la nación puertorriqueña, la que acaba de ser mencionada como nación en un documento internacional público, como lo es la declaración sobre Puerto Rico emitida por la Conferencia de Estados Americanos reunida ha poco en La Habana para discutir la cuestión del coloniaje en América. Ni ha desaparecido la nación yanqui. Por el contrario, la tendencia universal es hacia la plenitud del desarrollo de las nacionalidades. Nosotros, los hombres de nuestra generación, hemos visto cómo, en el transcurso de nuestro tiempo, las nacionalidades hispánicas de América se han robustecido; cómo, en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, las nacionalidades eslavas que sufrieron la deformación del zarismo se han definido y robustecido; cómo Indonesia, la India, Irlanda, Filipinas, han definido plenamente su personalidad nacional y cómo las nacionalidades hispánicas mismas plantean todo un desideratum político, un desideratum multinacional, en la Península Ibérica. Y hemos visto más. Hemos visto con orgullo, con mucho orgullo, cómo nuestra propia nación puertorriqueña, a pesar de los esfuerzos del imperialismo yanqui por abolirla, y del esfuerzo de personas como Muñoz Marín por ayudar al imperialismo yanqui a destruirla, nuestra propia nación puertorriqueña repetimos, se hace cada día más nación, se vigoriza nacionalmente.

Muñoz Marín se confunde, deliberada y maliciosamente, en esto de las naciones y del internacionalismo. No hay

internacionalismo sin naciones, pues internacionalismo es relación entre naciones, relación decente o indecente entre naciones. Muñoz Marín no es partidario de esta relación decente entre naciones. Es partidario de la indecente relación entre naciones sojuzgadas, como Puerto Rico, y naciones sojuzgadoras, como Estados Unidos. Los partidarios del verdadero y decente internacionalismo somos en Puerto Rico los partidarios de la independencia, los que queremos incorporar a Puerto Rico a la vida decente de las relaciones internacionales con todas las naciones de la tierra.

En cuanto al “nuevo estado” no nos extraña que Muñoz Marín así se sienta. Ya estuvo otra vez “en estado”, cuando anduvo preñado de ambiciones presupuestales. Puede ser que esté ahora *nuevamente en estado*. Aunque nos parece más bien que en esta ocasión Muñoz Marín anda confundiendo una presupuestal indigestión con un estado interesante. Lo que importa, sin embargo, no es en verdad el estado de Muñoz Marín, sino la falacia de su palabrería al servicio del imperialismo. Y esta falacia es la que vamos a desentrañar.

De esta palabrería de Muñoz Marín podrían entenderse dos cosas. La primera, es que mediante la elección de un gobernador “nativo”, Puerto Rico se ha convertido en un “estado” de Estados Unidos, en una provincia yanqui. De haber esto sucedido Puerto Rico no se habría convertido en un estado, ni nuevo ni viejo. Porque la esencia jurídica de un estado, nuevo o viejo, es la soberanía. Y los llamados “estados” de Estados Unidos, no son soberanos. Fueron estados una vez, cuando las trece colonias se confederaron para imponer su independencia a sangre y fuego a la Corona Británica. Pero dejaron de serlo cuando se aprobó la constitución que aún gobierna a Estados Unidos. Y si la ilusión de lo que fueron sobrevivió por algún tiempo, aquella ilusión fue desvanecida a balazos en la guerra civil de 1861. Pero, además, todos sabemos que Puerto Rico no ha sido anexado como provincia a Estados Unidos.

Lo otro que se puede entender es que las instituciones coloniales creada por el Congreso de Estados Unidos e impuestas a Puerto Rico fueron creadas por aquel cuerpo legislativo imperialista con la idea determinada de preparar al pueblo puertorriqueño para su independencia, y por lo tanto, dotadas de una dinámica libertadora inmanente en el acto mismo en que fueron creadas por el cuerpo legislativo imperialista que les dio vida.

Tal planteamiento equivaldría a añadir la injuria a la falsedad.

Cuando, a raíz de la invasión, crearon los yanquis las instituciones coloniales que aún subsisten, Puerto Rico era una nación apta para el ejercicio de su soberanía. Podíamos los puertorriqueños entonces, como podemos ahora mismo, no sólo gobernar bien a Puerto Rico, sino que también a Estados Unidos. No hay duda de que, si en 1900, Eugenio María de Hostos hubiera sido presidente de Estados Unidos, la política de Estados Unidos habría sido mucho más sabia y su historia mucho más decente. Es una desgracia para aquel pueblo no haber podido producir todavía un estadista de la estatura de De Hostos. Pero es un orgullo para nosotros haberlo producido para guía de nuestro pensamiento puertorriqueño.

Decimos esto para que se mida en toda su desvergüenza la injuria que se contiene en la sola pretensión de insinuar que las instituciones coloniales creadas por el congreso yanqui para dominar en Puerto Rico nacieron de la idea de preparar al pueblo puertorriqueño para su independencia.

Y después de la injuria, la falsedad. No es cierto que las tales instituciones fueran creadas para tal fin. Al contrario, fueron creadas e impuestas con el propósito de destruir al liderato puertorriqueño mediante su perversión en el colaboracionismo; con el propósito de desarrollar progresivamente un aparato burocrático mezquino, indigno, indecente y traidor; con la intención directa y perversa de hacer al pueblo puertorriqueño olvidarse de sí mismo; renegar de sus orígenes, desconocer su propia dignidad y convertirse en una inmensa prostituta colectiva. Desde luego que

la “dinámica” de tales instituciones no conduce a ningún nuevo estado, sino al viejo “Estado” de Sodoma y Gomorra. Y, literalmente, quizá en pocos lugares del planeta y en pocas ocasiones de la historia ha habido tanta aglomeración de sodomía y prostitución como puede encontrarse en las actuales agencias gubernamentales en Puerto Rico.

Si en aquello que dejamos dicho vinieron a parar el “pan” y la “tierra” de la famosa consigna tristemente electorera, a menos pues, ha venido a parar la “libertad”. La colonia ha seguido siendo la colonia. El imperialismo, para su conveniencia, se ha limitado a cambiar la jauría presupuestal.

Pero, hay más. La nueva jauría presupuestal se ha prestado no solamente a entregar la tierra puertorriqueña a las fuerzas militares yanquis, sin la más mínima protesta, ni siquiera la muda protesta del sonrojo, sino que ha obedecido las órdenes del imperialismo aprobando una legislación llamada “Leyes de la Mordaza” que ilegaliza y pena con diez años de presidio, sin fianza mientras la acusación esté *sub-judice*, toda oposición realmente dañina para el imperialismo, realmente benefactora del pueblo puertorriqueño. Se prepara ahora mismo a ilegalizar la tenencia de armas en el país, con la intención de apresurar la total degeneración de nuestro pueblo dejándole enteramente inerme frente a las pandillas armadas del gobierno. Ha organizado una policía especial, una policía política, dedicada singularmente a perseguir a los “antiamericanos” del país, es decir a todo el que, con verdadera honradez y verdadero propósito independizador labora por la independencia de Puerto Rico.

Finalizando esta nauseabunda fluoroscopia del presente colaboracionismo al servicio del gobierno yanqui, me viene a la memoria un recuerdo que oportunamente hice público, con el principal propósito de alertar a algunos de los que todavía creían para aquel entonces en las posibilidades de independizar a Puerto Rico en las urnas, y para información de nuestro pueblo en general. He aquí aquel recuerdo.

En septiembre de 1939, una tarde de domingo, recibimos los que entonces estábamos presos en Atlanta, la visita de un funcionario del gobierno yanqui. Según sus credenciales y sus palabras, había venido a vernos en misión de “su” gobierno. Puertorriqueño residente en Wáshington desde sus años de estudiante de abogacía, allí había residido y casado desde principios de siglo, y desde entonces servía a “su” gobierno en el Departamento de Estado o en el de Justicia. Su nombre es Pedro Capó Rodríguez. Nos dijo que traía instrucciones de “su” gobierno de reconocer que Estados Unidos estaba inevitablemente enfilado hacia una guerra, y reconocía lealmente que no podía enfrentarse a las responsabilidades de una guerra mundial sin la “solidaridad hemisférica”. Y que la tal “solidaridad hemisférica” tenía un obstáculo en su camino: los errores “involuntarios” cometidos por Estados Unidos en Puerto Rico. El peor de esos errores, decía él, era nuestro encarcelamiento. El gobierno, seguía diciendo, reconocía que no era aquella prisión nuestro sitio, sino Puerto Rico, en donde debíamos ocupar las posiciones de bien público que mejor que ningunos otros puertorriqueños merecíamos. Y él tenía autoridad de “su” gobierno para asegurarnos que el gobierno estaba dispuesto a ponernos pronta, inmediateamente en Puerto Rico “sanos y salvos como entraron en Atlanta”. Además, el gobierno hacía solemne promesa de “garantizar unas elecciones libres”, para que el Partido Nacionalista ganara las elecciones de 1940, substituyendo al desacreditado General Winship con “una figura prestigiosa” que devolviera al gobierno el prestigio “perdido”. Y se comprometía además el gobierno a extender a Puerto Rico “una autonomía tan amplia, tan amplia, como que equivaldría a una independencia sin bandera”. Para ganar nuestra inmediata excarcelación, nuestro regreso inmediato a Puerto Rico; para ganar las posiciones públicas “que mejor que ningún otro puertorriqueño merecíamos”; para tener unas “elecciones libres que el Partido Nacionalista pudiera ganar”; y “una autonomía tan amplia, tan amplia, que equivaldría a una independencia sin bandera”, lo único, lo

único que nosotros teníamos que hacer—nosotros, pobres presos en tierra enemiga, a miles de millas de nuestra patria—lo único sería declarar que “la independencia no está en issue” y pedir a nuestros amigos en América Latina que suspendieran la intensa campaña pro independencia de Puerto Rico que en aquellos tiempos agitaba a todo el continente hispanoparlante.

Me dijo Albizu Campos que le diera al Dr. Capó mi parecer. Y mi parecer fue que aquella era una proposición indigna, que sólo la independencia de mi patria podía resolver la cuestión pendiente entre Estados Unidos y Puerto Rico; que en las letrinas de Atlanta estábamos sirviendo al país, y que si Estados Unidos reconocía plenamente la independencia de Puerto Rico, yo, personalmente, propondría la disolución del Partido Nacionalista y me iría a vivir a mi pueblo natal de Ciales, y no saldría de allí ni para visitar al pueblo más cercano. Dije otras cosas más. Posteriormente Albizu Campos, en el patio de Atlanta, al felicitarnos a todos, a mí, en aparte, me recriminó la innecesaria virulencia de mi actitud. Y yo me acordaba de lo que dicen en mi nativa montaña frontoneña: ¡genio y figura hasta la sepultura! Todos los que estábamos presos en Atlanta asumieron igual posición patriótica. Fueron ellos, además de Albizu Campos y el que esto escribe: Clemente Soto Vélez, Juan Gallardo Santiago, Luis F. Velázquez, Pablo Rosado Ortiz, Julio Héctor Velázquez y Erasmo Velázquez.

El emisario del gobierno se retiró rindiéndonos honores pero advirtiéndome que su misión comenzaba en Atlanta, pero no terminaba allí; que vendría a Puerto Rico y entrevistaría a otros líderes puertorriqueños. Y efectivamente así lo hizo. Y vio a Muñoz Marín, y la independencia “no estuvo en issue”.

Pobres gentes, que las miserables sobrajas desperdiciadas por unos hombres medio muertos de hambre, en harapos, y presos a miles de millas de su patria, fueron bastante para saciarlas. ¡Y ni siquiera han tenido hombría para hacer que les cumplieran lo que les prometieron en cambio de sus pobres almas enanas! ¡Los han conformado con mucho menos, y los pobres diablos para no

pensar se desmontan la cabeza y para demostrar que no tienen corazón todos los días se hacen más despreciables, no sólo ante su pueblo, sino además ante sus amos, que los desprecian tanto como los utilizan!

XI. Las elecciones y el boicot electoral

En anterior capítulo explicamos cómo el imperialismo, apoderado por la fuerza de las armas de nuestro territorio nacional, usó la miseria sembrada en el país por el atraco del canje de la moneda para lanzar a los puertorriqueños los unos contra los otros. Como subsuelo de la división de los puertorriqueños en fratricida lucha electoral está la quiebra de nuestra economía a manos del propio imperialismo. Pero otros factores se interrelacionan en la consecución de la catástrofe. Señalaremos uno de determinante importancia.

Los apologistas de la democracia parlamentaria hacía muchos años que propagandizaban en Puerto Rico la virtud ciega del sistema electoral yanqui. La creación y estabilización de un sistema electoral amplio era en Puerto Rico, como en toda la América Latina, una necesidad y una aspiración del pueblo. Los yanquis encontraban un núcleo de opinión favorable a la sistematización electoral. Pero el pueblo, desorientado por sus líderes, no veía, desgraciadamente, que se jugaba su vida histórica a unos dados cargados que cada vez que se tiran dan colonia. Arrastrado por su falso liderato a correr ilusionado tras un cruel espejismo democrático el país se lanzó a la jugareta yanqui con el ímpetu suicida con que el toro embiste la espada del lidiador.

Mas la columna que sostiene a la democracia parlamentaria es la soberanía nacional. Sin soberanía no hay tal democracia.

Los yanquis ganaron una partida de largo alcance. El sistema electoral, fundado por ellos para garantizarse su ocupación del

país, sigue en pie todavía, con tanto éxito, como que hace solamente unos meses, que un núcleo puertorriqueño llevó a las urnas a un Partido político hechizado con la ilusión de que estaban dando una batalla por la independencia.

Las ganancias que el imperialismo devenga cada vez que los puertorriqueños, desoyendo la voz de nuestra historia, de la experiencia y el desinterés patriótico, van a votar en las elecciones coloniales que el congreso yanqui ordena que se celebren en Puerto Rico cada cuatro años, montan, en metálico, a miles de millones de dólares. No vamos a entrar en esas estadísticas ahora. Pero sí vamos a señalar las enormes ganancias políticas que el imperialismo devenga de la concurrencia a las elecciones coloniales.

1. La consigna de todo imperio para mantenerse sojuzgando a un pueblo es siempre la misma: *divide et impera*. Con la implantación de la lucha electoral el imperialismo dividió a los puertorriqueños y los mantiene divididos hasta tanto los puertorriqueños le rompamos la máquina uniéndonos para combatirlo fuera de su maquinaria electoral. Las elecciones constituyen por excelencia el arma de dominación política de Puerto Rico por el imperialismo yanqui. Al aceptar la concurrencia a elecciones los puertorriqueños aceptan esa dominación de Estados Unidos sobre su patria.

2. El Gobierno de Estados Unidos sabe que la conciencia moral y la sabiduría jurídica del mundo entienden que se apoderó de Puerto Rico por un acto de fuerza y violencia, y mantiene a Puerto Rico en sumisión colonial mediante el uso de la fuerza y la violencia organizadas en todo su sistema imperialista-colonial fundado en el poder de su economía al amparo de sus fuerzas armadas. Es decir que el Gobierno de Estados Unidos sabe que no tiene derecho a gobernar a Puerto Rico. La responsabilidad de este acto brutal de imposición imperialista es enteramente suya pero, velando por su prestigio internacional, desea descargar sobre los puertorriqueños la responsabilidad de su esclavitud. Al concurrir a las elecciones los puertorriqueños dan a Estados Uni-

dos la excusa para reclamar que los puertorriqueños son esclavos por propia determinación.

3. Como Estados Unidos sabe todo esto, y no quiere que haya lugar a dudas sobre el consentimiento de los puertorriqueños a que Estados Unidos los gobierne, ha determinado que cada cuatro años los puertorriqueños ratifiquen su coloniaje en las urnas y ratifiquen la autoridad de Estados Unidos a seguir gobernando a Puerto Rico.

4. Como la ciudadanía es el sello de la nacionalidad, Estados Unidos impuso a los puertorriqueños, mediante una ley de su congreso, una ciudadanía yanqui-colonial, para negar así, con la negación de la ciudadanía puertorriqueña, la nacionalidad puertorriqueña, y para aceptar, con esa negación, la yanquización de los puertorriqueños. Cuando los puertorriqueños votan en las elecciones, en obediencia a una ley del congreso yanqui, votan no como puertorriqueños, sino como yanquis, de lo cual devenga el imperialismo la ganancia de que cada elector que vota es un elector que niega la ciudadanía puertorriqueña, niega con esa negación la nacionalidad puertorriqueña, y acepta con ese voto su yanquización.

5. Para gobernar a Puerto Rico el imperialismo creó, mediante una ley de su congreso, una corporación llamada “El Pueblo de Puerto Rico”. Ese pueblo de Puerto Rico no es el pueblo de Puerto Rico del cual todos nosotros somos parte natural, no es este pueblo puertorriqueño que nace y que renace, que canta y sufre y lucha y nunca muere. Ese “pueblo de Puerto Rico” es el nombre de una persona jurídica creada por el congreso de Estados Unidos, es una corporación yanqui. Dentro del cuerpo de esa corporación se contienen todos los artículos que crean las instituciones imperialista-coloniales que el imperialismo necesita para mantener a Puerto Rico en esclavitud. Pero la institución imperialista colonial clave, sin la cual todas las demás se vienen abajo, es la concurrencia electoral. Mediante las elecciones el imperialismo mantiene a los puertorriqueños divididos en partidos políticos en

lucha por el presupuesto. Con ello se aseguran ya la dominación, puesto que citado y conocido es ya el lema de todo imperio: *divide y vencerás*. Mediante las elecciones el imperialismo bebe nuevas energías cada cuatro años para seguir despotizando a Puerto Rico. Esas nuevas energías se las da el propio pueblo puertorriqueño concurriendo a las urnas. Mediante las elecciones el imperialismo obtiene que el pueblo puertorriqueño acepte que se descargue sobre sus hombros la responsabilidad de su coloniaje, ayudando al prestigio internacional de Estados Unidos, robusteciendo la fuerza política mundial de su dominador extranjero no sólo sobre sí mismo sino también sobre los pueblos latinos de América y los demás pueblos del mundo amarrados a la cadena mundial del imperialismo, y a cuya cabeza está Estados Unidos. Mediante las elecciones Estados Unidos obtiene que el pueblo puertorriqueño aparezca negando su natural ciudadanía, aceptando, con la aceptación de la ciudadanía yanqui, que no son puertorriqueños y sí yanquis, y negando la nacionalidad puertorriqueña. Con la concurrencia de los puertorriqueños a las elecciones el gobierno yanqui obtiene que cada cuatro años los puertorriqueños ratifiquen el “derecho” de ocupación de Estados Unidos sobre Puerto Rico, ratifiquen su coloniaje, y le extiendan un nuevo plazo para seguir despotizándolos. Las elecciones constituyen, pues, el centro de vida política del imperialismo en Puerto Rico, el nudo gordiano trenzado alrededor de nuestro destino, el nudo que hemos de cortar de un sólo tajo.

6. Debe añadirse a todo esto la ganancia neta que obtiene el imperialismo con la concurrencia de los puertorriqueños a las urnas y que se contiene en la absoluta inutilidad puertorriqueña de las elecciones. Es decir que, siendo las elecciones el centro del cuerpo de las instituciones imperialista-coloniales en Puerto Rico, y conteniéndose ese cuerpo de instituciones dentro de una corporación creada por el congreso de Estados Unidos, brutal y autodeterminadamente erigido en depositario de la soberanía puertorriqueña, desde luego que el poder político que en Puerto

Rico rige no reside en el pueblo puertorriqueño sino en el Gobierno de Estados Unidos, por lo cual el poder político nunca entra en controversia en las elecciones. Esto determina la absoluta inutilidad, la vacía necesidad de la concurrencia de los puertorriqueños a las elecciones coloniales, en la que se disputan la adquisición de un poder político que no está envuelto en la controversia electoral, que está muy lejos de las urnas coloniales, muy lejos, en Wáshington. Por ello los puertorriqueños que concurren a las urnas electorales, persiguiendo los ideales que quieran perseguir, están haciendo el doloroso y ridículo papel del burro en la noria.

Pero de esta misma inutilidad de las elecciones para los puertorriqueños devenga el imperialismo otra ganancia más, y de impar importancia. Se trata nada menos que del momento en que el período electoral y las elecciones en sí sirven como tubo de descarga de las energías anímicas del pueblo puertorriqueño. Deramadas en el vacío de la inutilidad electoral, las energías anímicas puertorriqueñas pasan al basurero de la historia, frustradas, inútiles, dejando el espíritu puertorriqueño desquiciado. Con ellas también se desperdician nuestras energías físicas y nuestros recursos financieros. Y el imperialismo queda asegurado en su puesto, lozano y rozagante, cuando toda la amenaza que para él representa la pugnidad imaginativa de nuestro pueblo se ha descargado en el vacío.

Hemos ya delineado, esquemáticamente, las ganancias que para el imperialismo esclavizador significan las elecciones coloniales. Queremos ahora señalar por lo menos dos falsas posiciones de los puertorriqueños, con las que se justifican para concurrir a las elecciones coloniales.

1. Tenemos—dicen algunos—que concurrir a las elecciones, aunque reconocemos que ése no es el mejor camino, porque si nos abstenemos de las urnas, si no votamos, entonces el gobierno es copado por los elementos más antipatrióticos y más reaccionarios del país, y por yanquis, mientras el pueblo queda huérfano

de la relativa protección que le garantiza la intervención en el gobierno de la colonia, del elemento patriota y progresista del país.

La falsedad de esta posición salta a la vista relejendo el examen del contenido de las elecciones coloniales que acabamos de hacer. Esa es una posición reformista colonial denigrante, absurda y criminal, fundada en un desconocimiento absoluto de la capacidad y la fuerza revolucionaria del pueblo puertorriqueño, y de su potencialidad mundial; es una posición fundada en un desprecio insultante al pueblo puertorriqueño. Partiendo del punto de vista de que nada puede hacerse sino conformarnos con lo que el imperialismo yanqui nos dé, y tallando con esa situación lo mejor que podamos, ese juicio lleva a la posición de esclavitud permanente predicada y mantenida por todos los reformistas criollos a cuya cabeza andan hoy Luis Muñoz Marín y sus partidarios. La experiencia de la historia nos demuestra, tal y como el examen histórico que hemos hecho lo prueba, que tal posición lleva a la destrucción de todas nuestras posibilidades y nos invita al mediar el Siglo XX a la liquidación de la nacionalidad puertorriqueña, tal y como, en 1897, con Muñoz Rivera y los autonomistas, nos empujó a la frustración del proceso revolucionario histórico del Siglo XIX y a la degradación de la ocupación yanqui. Toda la tragedia del país estriba en haber el pueblo puertorriqueño aceptado la guía de esa posición reformista, desde Celis Aguilera y Pedro Gerónimo Goyco, hasta Luis Muñoz Marín. La historia está a la vista, escrita en el rostro de los puertorriqueños y rubricada por las cadenas coloniales que todavía arrastramos.

2. Otra falsa posición de algunos puertorriqueños frente al problema de la concurrencia a elecciones coloniales es ésta: Necesitamos concurrir a elecciones porque no podemos ir a la revolución. Esta posición se funda en el derrotismo, en la ciega desconfianza en la capacidad revolucionaria del pueblo, en falta de fe en las masas, en confundir lastimosamente el triunfo circunstancial de la propaganda imperialista-colonial con la enor-

me, infinita, inconmesurable potencialidad revolucionaria del pueblo puertorriqueño.

Para sostener esa falsa posición sus mantenedores pasan a una argumentación histórica que es a todas luces una interpretación errónea de antecedentes históricos.

Arguyen estos puertorriqueños que la independencia de Puerto Rico puede lograrse por medios pacíficos, (léase electorales) “en paz y armonía” con el pueblo de Estados Unidos, (léase con el asentimiento del imperialismo yanqui). Por lo cual no únicamente es innecesario, sino además lesivo, a los intereses de la independización de Puerto Rico, todo planteamiento revolucionario del problema.

He aquí el primer falso argumento en favor de su tesis. Ciertamente cuando la flota de guerra yanqui bombardeó a nuestra capital sin aviso en mayo de 1898 los puertorriqueños no habíamos hecho violencia alguna al gobierno yanqui. Cuando entraron a tiros por Guánica, ninguna violencia que justificara su violencia le habíamos hecho los puertorriqueños. La retención de nuestro país en sus manos por la fuerza de las armas, el secuestro de nuestra soberanía, el atraco del canje de la moneda, la destrucción de nuestra economía, el atentado contra nuestro idioma y nuestra cultura, son actos de violencia cometidos por el imperialismo. La prisión de los periodistas puertorriqueños a raíz de la invasión; el azuzamiento de la guerra civil entre federales y republicanos primero, y entre republicanos y unionistas después y entre patronos, policías y obreros durante la etapa ascendente del Partido Socialista más tarde; el terrorismo oficial de las épocas de Reilly y Winship, son testigos de que es el imperialismo el que recurre a la violencia, el asesinato y la masacre, la prisión y el destierro, cada vez que los puertorriqueños inician una nueva etapa de lucha seria en defensa del país. Con estos elocuentes testimonios sacados a vuela pluma de la historia de nuestra patria bajo el imperialismo yanqui, no hacemos sino señalar un hecho conocido: la naturaleza rapaz y agresiva del imperialismo, que no le permite rendirse a las

requisitorias de derecho de un pueblo sojuzgado sin contestarlas con la fuerza y la violencia. De manera, que el grupo de puertorriqueños que se plantea independizar a Puerto Rico por “medios pacíficos”, (léase electorales), anda muy equivocado. Pues a la larga, o contemporiza convirtiéndose en otra brigada de lacayos del imperialismo, o se le viene encima la represión violenta del imperialismo, lo que lo obligará a desbandarse, puesto que el espíritu de sus seguidores, ilusionado con una conquista “pacífica” de la independencia, no estará preparado para encararse al enemigo, ni tendrá preparación material alguna para la contingencia; o, haciendo de tripas corazones, caerá seria y correctamente en el campo revolucionario, que sería terminar alocadamente por donde cuerdateamente se debe empezar. Estos compañeros del campo “pacífico”, del planteamiento de “en paz y armonía”, para que en un futuro quizás cercano adquieran la necesaria capacidad para ser realmente útiles a la patria que pueden, si quieren, ayudar a liberar, tienen que comenzar por deshollinarse el cerebro de todo ese ilusionismo desdichado de la posible obtención de la independencia con palabras y papeles, táctica “pacífica”, electoral, diplomática, exclusivamente legalista que equivale a decir reformista en su esencia, fracasada ya en la experiencia histórica de nuestro pueblo y también superada en nuestra conciencia política dirigente.

Otra argumentación errónea de precedente histórico que estos mismos amigos plantean es la de la llamada “transformación de las instituciones coloniales en instrumentos de independización”. Según este argumento se da por sentado que un partido político defensor firme y honesto de la independencia concurre a las elecciones coloniales y “pacíficamente”, “en paz y armonía”. Entonces transforman las elecciones esclavizadoras en elecciones libertadoras, pues se apoderan del aparato administrativo de la colonia, se apoderan del presupuesto colonial y usan aquéllas y éste para luchar políticamente contra el imperialismo.

En primer lugar, los que esto plantean, además de caer en todo el ilusionismo sobre la naturaleza del imperialismo que ya

dejamos señalado, se olvidan que no votaron como puertorriqueños, si no como yanquis y para votar tuvieron que firmar bajo juramento un *affidavit* en el cual se reafirman fieles y leales ciudadanos yanquis, con lo cual bastaría para que el imperialismo no tuviera ni siquiera que recurrir a las armas para liquidar su primera tentativa independizadora, sino que, operando el imperialismo dentro del mismo marco legalista por él creado y aceptado por estos libertadores, le bastaría un simple enjuiciamiento por perjurio para hacerlos aterrizar—y sin paracaídas—en las mazmorras del presidio.

Pero es que aún admitiendo que les permitieran ganar las elecciones y que no los encarcelaran por perjurio; ni la Suprema Corte en Wáshington, ni el Congreso yanqui, ni el Presidente de Estados Unidos, intervinieran por decisión, resolución o decreto, declarando nulas las elecciones (como pueden hacerlo dentro del marco legal imperialista-colonial en que estos libertadores se han metido como dentro de una camisa de fuerza), aún admitiendo todo esto, que es desde luego imposible admitir, el planteamiento resulta falso por la falsedad del precedente histórico en que se funda.

Para darle validez de experiencia histórica estos amigos recurren a dos hechos históricos bien conocidos. Pero al examinar ambos procesos históricos citados veremos que el paralelismo con la situación puertorriqueña es absurdo.

En primer lugar los mantenedores de esta posición afirman que así se produjeron los pueblos hispanoamericanos a principios del siglo XIX, logrando finalmente su independencia.

Efectivamente, los pueblos hispanoamericanos usaron las instituciones coloniales de los virreinos y las capitanías generales—especialmente los cabildos—para luchar políticamente por la independencia. Y se independizaron del Imperio Español posteriormente.

Pero tal suceso feliz no es aplicable como precedente a la situación puertorriqueña presente.

Cuando los hispanoamericanos empezaron a usar las institu-

ciones coloniales para luchar políticamente contra el imperio español, no tuvieron que lanzarse a una lucha política previa con la bandera de la independencia en la mano para conquistarlas primero y volverlas luego contra el imperio. Los hispanoamericanos estaban en ellas por concesión de la Corona. Tal hecho en sí altera todo el cuadro en comparación con la posición de este grupo de independentistas boricuas que tiene primero que declararse por la independencia y después lanzarse a conquistar las posiciones coloniales proclamando a los cuatro vientos que las van a usar para combatir contra el imperialismo.

Resulta ridículo afirmar que no es esa la situación que espera a los puertorriqueños que hacen el planteamiento que venimos discutiendo. Ni Estados Unidos está ocupado militarmente por el Brasil, ni Truman está prisionero en Río de Janeiro.

Y ni que decir que, al fin y al cabo, no fueron los cabildadores los que independizaron a nuestra América con discursos y papelerías sino los bravos revolucionarios que mandaron a los cabildadores al infierno y se cruzaron a tiros con los regimientos españoles luego de despertar la conciencia revolucionaria del pueblo.

El otro caballo de batalla para establecer un precedente histórico a la teoría electoral, de los “medios pacíficos y legales”, de la “paz y armonía”, de la “paz y el orden”, es Filipinas.

Según estos defensores de la independencia, el caso de las Filipinas es aleccionador. Los filipinos no ganaron su independencia peleando con los Estados Unidos, sino en lucha política, pacífica, “en paz y armonía” con los yanquis. Así, los filipinos, funcionando en partidos políticos separatistas, ganaron elecciones, usaron las instituciones coloniales y el presupuesto para luchar por la independencia, por lo cual el *decente, paternal, democrático*, imperialismo yanqui, no reparó en reconocer la independencia de las Filipinas.

Esa es la leyenda propagada por el Departamento de Estado del Gobierno de Estados Unidos. No debe ningún patriota puer-

torriqueño hacerse eco de ella.

La historia de la independencia de Filipinas es otra, y, por lo mismo, no sirve de precedente histórico al planteamiento en Puerto Rico.

Cuando los yanquis desembarcaron en las Filipinas los filipinos luchaban a mano armada por independizarse de España. Al darse cuenta de que la intención yanqui era substituir al dominador español, los filipinos se les enfrentaron con las armas en la mano. Azorados por lo que la tenaz y heroica defensa filipina pudiera costarles en prestigio internacional los yanquis hicieron una proposición a los filipinos, la cual éstos, a punto ya de quemar su último cartucho heroicamente, tuvieron que aceptar: tal proposición incluyó el reconocimiento público del Gobierno de Estados Unidos del derecho de Filipinas a organizarse en nación libre, soberana e independiente en el futuro, y el compromiso formal del Gobierno yanqui a reconocer la independencia de Filipinas y a ayudar a los filipinos en el camino hacia la organización de su independencia. He aquí el sentido de la rendición de Aguinaldo.

No ocurrieron así los hechos en Puerto Rico a fines del siglo pasado. Los reformistas de aquella época, mandados por Muñoz Rivera, habían minado el campo revolucionario, poniendo al país a disposición de los nuevos amos. El pueblo puertorriqueño no se insurreccionó. Muñoz Rivera hablaba en “latín de Barranquitas”, no en el idioma de fuego patriótico de los filipinos. Por lo tanto Estados Unidos no fue obligado a contraer un compromiso de esa índole, lo cual explica la desfachatez y el cinismo con que afirman “Estados Unidos no ha prometido a Puerto Rico nada que no haya cumplido”.

Pero aún después de este formal compromiso Estados Unidos hizo lo indecible por deshacerse de él. Lejos de ayudar al pueblo filipino en el camino de su independencia penetró su economía y degeneró cuanto filipino fue susceptible de degeneración para volverlo contra su patria. Dice mucho sin duda la firmeza del lide-

rato filipino en general para mantenerse alerta sobre la hora de su independencia. Y dice más aún la firmeza patriótica del pueblo filipino que no permitió que su liderato en general se descaminara.

Mas no fue por gusto y gana, ni por bondad, ni decencia del imperialismo, que en 1936 el congreso yanqui aprobó la Ley que organizaba la Mancomunidad Filipina como paso transitorio hacia la independencia, fijada a diez años plazo. Todo este régimen de transición, toda esta espera cruel de 10 años, impuestos al pueblo filipino, eran imposiciones del imperialismo logradas mediante la penetración de la economía filipina, mediante penetración en las filas del liderato filipino, pero que constituían cesiones del imperialismo al pueblo filipino que hacía repercutir desde el fondo de sus entrañas su impaciente rugido patriota.

Efectivamente, la gran crisis del capitalismo yanqui había repercutido hondamente en el pueblo filipino formando un fermento revolucionario que era amenaza tanto para el imperialismo como para los grandes ricachones criollos que engordaban a la orilla de los cañaverales mientras los obreros y los campesinos dialogaban con el hambre. En las montañas de Luzón y Mindanao hervían químicas muy peligrosas. Y por sus entrañas se buscaba el gran pueblo una mente estelar, como Rizal, o el brazo de un Aguinaldo incapaz de transacciones. Efectivamente, en mayo de 1935, el imperialismo yanqui ahogó en sangre una insurrección patriótica.

Y aún detrás, perfilándose amenazadoramente en un horizonte histórico que fatalmente describiría forma meteórica en Pearl Harbor, levantaba una figura de acorazado de guerra el Imperio de Hirohito. Así, la lucha esquineadora del liderato político, fermento revolucionario y amenaza insurreccional, más miedo internacional, obligaron a Estados Unidos a fijar una fecha para el establecimiento de la República de Filipinas.

Más, aún después de todo esto, y después que el pueblo filipino pagó, con increíble prueba de heroísmo e insospechable

cuota de sangre, el precio de su independencia peleando aliado a los yanquis contra los japoneses—y no pelearon los filipinos, como creen algunos necios, por salvar la “democracia americana”, sino para asegurarse su independencia—aún recordamos los hipócritas preludios con que los imperialistas yanquis comenzaron a sondear la opinión filipina por ver si posponían el reconocimiento de la independencia. ¡Fue después de toda esa lucha, de todo ese heroísmo, de toda esa sangre, que los yanquis le reconocieron a los filipinos la independencia que ahora tienen! Esa independencia que ahora tienen la ganaron los filipinos con las armas en la mano, no pacíficamente, no “en paz y orden”, no “en paz y armonía”.

Tampoco es comparable la situación filipina con la puertorriqueña, en la parte de desarrollo histórico ocurrida después del prólogo insurreccional de Aguinaldo.

En 1936, cuando los filipinos ganaban la fijación de fecha para su independencia, Puerto Rico luchaba heroicamente por la suya. En ese mismo año, los entonces independentistas “pacíficos” de “en paz y armonía”, frustraron la plenitud del proceso independizador traicionando la causa revolucionaria en la Asamblea Liberal en Yauco y, dividiendo la fuerzas del pueblo separatista en las elecciones de 1936, entregando al país nuevamente al disfrute de “la paz y el orden”, léase dominación política y explotación económica del imperialismo.

Puerto Rico necesita de paz y armonía para hacer su independencia, pero es de paz y armonía consigo mismo, de esa paz interior que asegure ese sereno y capaz mando revolucionario, que brota de la gran armonía de las masas en acción. Y necesita desenvolver su vida para siempre en paz y orden, pero es en la paz de su independencia lograda y en el orden dirigente de su revolución triunfadora, que debe realizarse en el entendimiento clarísimo de que no hay estado de libertad que no sea infinitamente superable. Tales condiciones de bien puertorriqueño, de independencia lograda y posibilidad de función para los puertorri-

queños como superadores constantes de toda libertad lograda, presuponen, necesariamente, la previa destrucción revolucionaria de la “paz y orden” presentes que son la “paz y orden” del imperialismo esclavizante y explotador.

El fondo esclavizante de las elecciones y la experiencia que con ellas ha vivido nuestro país, aconsejan severamente abandonar la concurrencia a elecciones y adoptar el retraimiento y el boicot, como táctica política de lucha por la independencia. Resuelto ya retraerse de las urnas coloniales el movimiento de independencia verá cómo le fluyen naturalmente de su resolución las formas de organización, cómo se eslabonan progresivamente las etapas de lucha, cómo el problema se resuelve, cómo se arría para siempre la bandera del imperialismo y cómo se levanta triunfadora la bandera amada de la Patria.

Frente a la negatividad apabullante de las elecciones coloniales presentamos ahora la positividad incommovible del retraimiento y el boicot a las elecciones.

1. Las elecciones son la división entre los puertorriqueños en beneficio del imperialismo. Más división, más daño para Puerto Rico y mayor bien para el imperialismo. La consigna del retraimiento y el boicot electorales es de suyo tan fuerte y clara que, desde el primer grado de unidad que produce es unidad tan pura y fuerte, tan depurada de ambiciones presupuestales, de gloria falsa, de figurantismos ridículos, que de por sí asegura a los núcleos iniciales un poder de cohesión y de combate incomparable al de los grupos electorales. En el uso de la táctica del retraimiento y el boicot electorales el pueblo se asegura a sí mismo el desarrollo de un liderato verdadero y fuerte, probado en la lucha por su honradez, su capacidad de sacrificio y abnegación por el bien de todos, probado en su vigor de carácter y la valentía necesaria para enfrentarse al enemigo común. Además, jamás se ha visto a un pueblo dividido unirse a base de palabras. El artículo de periódico, el discurso de tribuna, la hoja suelta, la radiodifusión, son factores valiosos de ayuda y ampliación del criterio de lucha. Pero

el planteamiento electoral reduce, necesariamente, en lo fundamental, al artículo de periódico, al discurso de tribuna, a la conferencia, a la hoja suelta, a la radiodifusión, en instrumentos de propaganda. Pero la sola propaganda no es suficiente para independizar a un pueblo, ni para unirlo. En cambio, el planteamiento anti-electoral añade inmediatamente a la propaganda el elemento valiosísimo de la agitación. La agitación sostenida lleva inevitablemente a la acción. Y es en la acción que los pueblos desunidos se unen. Desde luego que sostenemos que la concurrencia electoral en Puerto Rico no es acción, ni siquiera acción política: es inercia colonial, es insuficiencia para el deshacerse de los patrones establecidos e impuestos por el enemigo yanqui. El planteamiento de la táctica anti-electoral, pues, produce de inmediato un grado de unidad, de cohesión, de poder de luchas superiores, entre sus seguidores; amplía ese poder viendo el pueblo que en esa táctica se deshace de un liderato falso o vacilante, para entrar en posesión de un instrumento con el cual se hace el pueblo de un liderato fuerte, abnegado, de carácter y de valor para luchar y sufrir por el bien de todos y para enfrentarse al enemigo común.

El planteamiento anti-electoral garantiza además al pueblo un liderato intelectualmente superior, pues, en contraste con la mentalidad del liderato electorero, el planteamiento anti-electoral requiere desde el momento en que se le concibe un intelecto superior por su libertad de concepción que le capacita para concebir activamente a la patria funcionando fuera de las cadenas coloniales con que el imperialismo amarra al país: un intelecto capaz de concebir de antemano libre a su patria. Esta libertad, esta emancipación del intelecto nacional comenzará en el retraining, se vivificará y encontrará su plenitud de la lucha y su plena maduración nacional en la independencia.

2. El rechazo de la concurrencia a elecciones deposita íntegramente en las manos del Gobierno de Estados Unidos, sin sombra de excusa alguna, el coloniaje de Puerto Rico. Paralizado el colaboracionismo sancionado electoralmente por el pue-

blo, Estados Unidos verá su prestigio internacional lesionado, su “democrática” hipocresía quedará al desnudo y tendrá por primera vez que asumir una posición de responsabilidad ante los puertorriqueños y ante el mundo.

3. Rechazando las elecciones el pueblo puertorriqueño rechaza ratificar su estado de coloniaje, paraliza la maquinaria colonial y enrumba hacia la independencia.

4. Rechazando la participación en las elecciones el pueblo puertorriqueño niega la denigrante ciudadanía yanqui que el imperialismo le ha impuesto como un letrado infamante colgando a su pecho, reafirma la honrosa ciudadanía puertorriqueña timbre glorioso de nuestra nacionalidad, reafirma con ello la nacionalidad puertorriqueña y desmiente la alegada yanqui-zación.

5. Rechazando la participación en las elecciones la nación puertorriqueña rechaza la alegación falsa de que el Congreso de Estados Unidos es depositario de nuestro destino y de nuestro poder político, reafirmando la verdad de que el pueblo puertorriqueño es el dueño único de su destino y la fuente única de poder político en Puerto Rico. Tal hecho asegura la soberanía puertorriqueña; anuncia un acto de soberanía; debilita el poder del imperialismo; y entra nuestra patria inmediatamente en función de fuerza libertadora mundial puesto que el debilitamiento del imperialismo que su acción libertadora produce es un factor de debilitamiento de la cadena mundial del despotismo imperialista encabezado por Estados Unidos.

6. Frente a la inutilidad absoluta de la participación electoral, que amarra al país dentro de la camisa de fuerza de las instituciones imperialista-coloniales, que hace vaciarse las energías anímicas de los puertorriqueños en el basurero de la historia, la lucha anti-electoral, la no participación en las elecciones y el boicot a las elecciones recoge y encauza las energías anímicas de todos los puertorriqueños como en una enorme represa de conciencia nacional, de ímpetu revolucionario, y las transforma en fuerza motriz de nuestra historia y de la historia de la humani-

dad, poniéndolas al servicio de la libertad de las tres cuartas partes de la humanidad que sufren bajo el despotismo de la cadena mundial del imperialismo encabezado por Estados Unidos. Puerto Rico es la vanguardia anti-imperialista de América y toda la América Latina es nuestra deudora de lucha. Las fuerzas que mueven la historia nos han colocado en esa posición y hemos de honrarla brillantemente. Nos debemos a nosotros mismos el deber ineludible de independizarnos del yugo imperialista de Estados Unidos ayudando de este modo a nuestras hermanas naciones de la América Latina a deshacerse enteramente del dominio del capital monopolista yanqui que limita sus soberanías, encoge sus actividades internacionales y lesiona su conducta histórica. Con el boicot electoral aseguraremos nuestra independencia; asegurando nuestra independencia levantamos el nivel político de lucha en toda la América Latina; nuestra lucha revolucionaria por la independencia misma enervará con nuestro ejemplo a los pueblos latinoamericanos empujándolos a una lucha anti-imperialista más profunda. Con el desarrollo de una lucha anti-imperialista más profunda en toda la América Latina debilitaremos al enemigo común de nuestros pueblos; ayudaremos a la final liquidación del imperialismo y el coloniaje en el mundo entero ayudando así a la organización de una sociedad universal verdaderamente libre, en una libertad eternamente superable, que es el verdadero ideal del hombre en la tierra y en cuya esfera luminosa se contienen los ideales sacrosantos de los Padres de nuestra Patria y de nuestra América: de Betances, de Hostos, de Bolívar, de Martí, de Artigas y de Morazán; de la Confederación de las Antillas y la unidad latinoamericana.

Pero antes que todo este glorioso programa de acción histórica pueda empezar a funcionar hemos de recordar que el paso previo es la liberación del espíritu del pueblo. Y esa liberación comienza desatándolo de la inercia esclavizadora de las elecciones.

¡A preparar desde ahora, pues, el boicot electoral!

XII. El servicio militar

Hasta 1868 los puertorriqueños sirvieron voluntariamente en las milicias criollas organizadas en nuestro país por el Imperio Español. Después de la insurrección de Lares el Imperio eliminó las milicias.

La eliminación de las milicias después de Lares tiene un profundo sentido histórico y nadie puede desconocer la repercusión de su eliminación en nuestra posterior historia del siglo XIX.

A través de los siglos de formación de la nacionalidad puertorriqueña—anteriores a los principios del siglo XIX—la institución de las milicias y el servicio de los puertorriqueños en las mismas, servicio que era voluntario, constituyeron una forma de organización de la voluntad del país. Ese es su sentido positivo, y, como tal, durante fines del siglo XVII, a través del siglo XVIII, y en los albores del siglo XIX, las milicias operaron como un factor decisivo en la formación de la nacionalidad cuando la voluntad puertorriqueña organizada en las milicias aseguró definitivamente los valores hispánicos de la civilización puertorriqueña, determinando que Puerto Rico fuera lo que es: una nación hispanoamericana. Tal es el significado histórico de la defensa de Puerto Rico contra franceses, holandeses e ingleses por los milicianos puertorriqueños al mando de Amézquita en San Juan, Ramírez de Arellano en San Germán, Correa en Arecibo, Caballero en Loíza, Henríquez y Leguillou en Vieques.

Pero, entrado el país ya en la decena primera del siglo XIX, las cosas cambian. “No era Puerto Rico, en la primera década del siglo XIX, el hato cerril descrito por O’Reilly en 1765”. (Brau: *Historia de Puerto Rico*). Con la maduración del país el sentido de las milicias ha cambiado para los puertorriqueños.

Ese cambio se registra inmediatamente en la historia del país al expresarse el pueblo en uno de sus primeros y significativos ademanes *nacionales*.

Hace ciento treinta y nueve años—el 1810, año genésico de la América que, políticamente iba a dejar ya de ser española—llegó de España a nuestras playas un Comisario Regio, Don Antonio Ignacio de Cortarrabia. Háblele encomendado la Monarquía española dirigir desde San Juan la campaña contra los Libertadores de Venezuela. A este encopetado personaje se le ocurrió la mala idea de usar las milicias puertorriqueñas como parte de la tropa invasora de la hermana nación. Bastó que corriera el rumor de su proyecto para que el pasquín famoso le hiciera saber que el pueblo puertorriqueño “no sufrirá jamás que se saque un sólo miliciano para llevarlo a pelear contra sus hermanos los caraqueños”. Y los ánimos se caldearon de tal modo que el Comisario Regio no solamente hubo de desisitir de su propósito de usarlos como carne de cañon del Imperio, sino que además, para calmar el tumulto, vióse obligado a poner en libertad a tres diputados venezolanos que se hallaban presos en el Castillo del Morro.

Cincuenta y cuatro años después el Imperio Español intenta otra vez usar las milicias puertorriqueñas fuera de Puerto Rico. Inesperadamente, un batallón de milicias es trasladado a Santo Domingo. La antilla hermana hierve gloriosamente en la sangre de la guerra restauradora. Encendido en cólera circula inmediatamente el varonil manifiesto boricua “Compañeros—se pregunta el manifiesto miliciano—¿hasta cuándo vamos a permitir que los déspotas de España se aprovechen de nuestra inacción?” Los milicianos boricuas, tomados por sorpresa y engañados, tan pronto pisan tierra dominicana se pasan en masa, los que pueden, a

las filas nacionalistas dominicanas, y los menos, más infelices que sus hermanos, se fugan, o, antes de hacer armas contra sus hermanos dominicanos, prefieren suicidarse.

Pregunta nutrida de savia de historia y sangre de vergüenza: “¿Hasta cuándo vamos a permitir que los déspotas de España se aprovechen de nuestra inacción?” Cuatro años después Puerto Rico contestaba en Lares.

El alcalde Corregidor de Cabo Rojo en 1868, Devigne, buen conocedor del ambiente general del país en septiembre de aquel año, ha escrito en sus memorias, al referirse a la obra del español Pérez Moris sobre la revolución de Lares, que, “el más acucioso de los historiadores españoles tuvo que callar muchos e importantes nombres”. Conveniencias de imperio así lo exigían, y estas palabras del Corregidor sirven de testigos a la insistente recordación de Betances de que, “en 1868 estaba preparado el país”. (*Correspondencia Diplomática*: Betances. Tomo II. Academia Cubana de la Historia.—Guzmán Rodríguez: *Epistolario de Betances*.) El sentido oculto es que los milicianos que en 1810 se rebelaron contra el Comisario Regio y en 1864, cuatro años antes de Lares, se pasaron en masa a las filas dominicanas, se fugaron, y hasta se suicidaron antes de servir al Imperio español contra nuestros hermanos dominicanos, e incitaron en público manifiesto al país a la rebelión, iban a cumplir el nuevo destino que en el Siglo XIX les correspondía: el de formar el núcleo esencial del Ejército Libertador. El proceso reformista, operando sobre el fracaso militar que a los revolucionarios de Lares les aseguró la delación y la traición que los hizo proceder prematuramente, frustró el destino libertador de los milicianos. A partir de entonces, a partir de 1868, ningún puertorriqueño pudo servir dignamente en las filas—regulares o irregulares—del Ejército de España. Así lo comprendió el Imperio disolviendo las milicias.

A pesar de los episodios que acabamos de narrar España nunca impuso el servicio militar obligatorio a sus colonias. Las milicias eran fuerzas voluntarias para la exclusiva defensa del país. Si

hubo el intento abusivo de usarlas con fines extraordinarios la cosa no pasó de intento. La voluntad puertorriqueña intervino para evitarlo.

No hay en todo el mundo y en su historia el precedente de que un Imperio reclute por la fuerza sus colonos para que lo defiendan en el campo de batalla. Este “honor”, este “privilegio”, este “precedente” han correspondido al despotismo yanqui en Puerto Rico. Ese grupo imperialista, despreciable e infame, impuso en 1917 el servicio militar obligatorio a los puertorriqueños, bajo el mando presidencial de Woodrow Wilson. Mientras la hombredad puertorriqueña estaba en los campamentos de Panamá, Wilson y su gobierno arrojaban a nuestro país con la sucia frazada de la Ley de Jones. En 1939 otra vez el despotismo yanqui, bajo el mandato de Franklin Delano Roosevelt, impuso a los puertorriqueños el servicio militar obligatorio.

Rota la continuidad de su experiencia histórica, tomado de sorpresa y apiñado dentro de la novelaría de la propaganda, Puerto Rico no respondió en 1917 con toda la energía necesaria. Caído el país desde hacía unos 14 años dentro del plan preparado en Washington para el colaboracionismo colonial, había el imperio logrado quebrar nuestro liderato. Sin embargo, hubo un grupo de buenos que rechazó la imposición de la ciudadanía imperialista-colonial y un puñado de bravos que rechazó el reclutamiento.

La imposición del reclutamiento en 1939 cayó sobre Puerto Rico después de cuatro años de estar sometido el país al más feroz terrorismo oficial. En Atlanta, el liderato nacionalista preso, rechazaba su libertad y la administración colonial como premio a su transacción. En Puerto Rico mismo la persecución, el asedio cruel y la metralla despiadada había reducido la resistencia al número simbólico en que la espontaneidad nacional se hacía cifra.

Pero aún así los cuadros medios y las filas mejores del Partido Nacionalista mantuvieron su corazón, y el Partido, primero bajo la dirección interina de Ramón Medina Ramírez y de Julio de

Santiago después, llamó a la resistencia. Ambas direcciones fueron sucesivamente lanzadas a los presidios federales en Yanquilandia. Los mejores respondieron. Apenas se podía esperar más después del país haber pasado por represión tan cruel.

Ahora, otra vez, el imperialismo yanqui vuelve a sus sueños de dominación mundial. Habiendo participado anteriormente en dos guerras europeas que, según sus planes servía sus propios fines preparatorios para su final dominación del mundo, robusteciendo su máquina industrial, acostumbrando a su pueblo a participar en contiendas europeas, eliminando rivales, etc., prepara ahora la tercera guerra mundial, la guerra “del siglo americano”, es decir, la de asegurarse el coloniaje del mundo para la gran industria yanqui protegida por sus fuerzas armadas.

Desde el pasado año rige nuevamente una nueva ley de servicio militar forzoso sobre la juventud puertorriqueña. Hasta la fecha treinta y tres jóvenes puertorriqueños, todos afiliados al Partido Nacionalista, han sido encarcelados y condenados a prisión y destierro por rehusar servir en las filas del enemigo de su patria.

Sin duda alguna el país no está entendiendo bien la trascendental importancia que tiene para sí mismo resistir el reclutamiento.

Servir en las fuerzas armadas del país que detenta la soberanía patria es, en todo lugar, la forma más baja de la traición. Indudablemente que la juventud puertorriqueña que ha concurrido a servir bajo la bandera de Estados Unidos no lo ha entendido así. Todo puertorriqueño que ha tenido el acierto de ver en la entraña lo que significa servir en las fuerzas armadas yanquis ha preferido el presidio y el destierro a revolcarse en el estercolero de la traición. Desde luego que aquellos que, de hecho, al servir en las fuerzas armadas yanquis se han revolcado en el estercolero de la traición, lo han hecho inconscientemente. Aclaremos, pues, el significado del servicio militar de los puertorriqueños en las fuerzas armadas yanquis.

Al aceptar servir en las fuerzas armadas yanquis el puertorriqueño acepta, bajo juramento, ser fiel hasta la muerte, a la bandera de Estados Unidos. Acepta morir y matar por la bandera de Estados Unidos. Acepta morir a manos de otros hombres de otros países que no han hecho ofensa alguna a su patria, ni a su familia, ni a su persona. Y acepta matar a seres humanos de otros países que no han ofendido ni a su patria, ni a su familia, ni a su persona. Y acepta morir, acepta morir a manos de hombres de otros países que en nada han ofendido ni a su patria, ni a su familia, ni a su persona, en defensa del gobierno que detenta la soberanía de su patria y ofende con ello el honor de su familia y la dignidad de su persona. Y al proceder de este modo afirma con su vida, con su decisión de morir y matar por la bandera de Estados Unidos, de una manera mucho más profunda que aquel que sirve al gobierno enemigo yanqui en su servicio civil, o aquel que usa la franquicia del voto esclavizador, el supuesto derecho de Estados Unidos de mantener a Puerto Rico en colonijaje. Y hace más, como si ya con esto no fuese bastante. Acepta el deber de asesinar a todos los puertorriqueños en cualquier momento que sus jefes yanquis se lo ordenen. Esto también es todo puertorriqueño mientras ha vestido o mientras viste el uniforme de las fuerzas armadas de Estados Unidos: un asesino potencial de sus compatriotas.

Como en todo acto de ser humano en su país, este acto de servir en las fuerzas armadas de Estados Unidos se acompaña de nocivas consecuencias internacionales. Los puertorriqueños que sirven en las fuerzas armadas yanquis, y los que pasivamente, sin siquiera verbal protesta, aceptan que así suceda, abren el costado de la patria a los horribles peligros de una guerra monstruosa, atraen sobre nuestros hogares los horrores de las bombas, exponen al país al peligro de su desaparición. Tanto puede la inconsciencia.

Por el contrario, los que combatimos el servicio de los puertorriqueños en las fuerzas armadas yanquis negamos a Estados

Unidos no solamente su alegado derecho para gobernar a los puertorriqueños. Negamos además ante la conciencia del mundo que los puertorriqueños hayamos perdido esa elemental vergüenza de pueblo que se presupone perdida antes de servir gustosamente en las filas del detentor de su soberanía. Desde luego que en el extranjero, como aquí mismo lo sabemos todos, saben bien que la inmensa mayoría de los puertorriqueños sirve en las filas militares yanquis a viva fuerza, se sabe que no hemos perdido la vergüenza. Pero es mucho más saludable, mucho más digno, arrostrar todas las consecuencias y negarse a servir militarmente al amo yanqui. Y eso, que también sabemos aquí, se sabe también en el extranjero. Y allá y acá a cada quien se le estima por lo que verdaderamente vale. Y vale cada quien por lo que hace.

Los que combatimos el servicio en las fuerzas armadas yanquis tenemos además grave conciencia de lo que el servicio de los puertorriqueños significa para nuestra patria como factor internacional, como fuerza mundial.

Ya hemos dicho que Estados Unidos se prepara para una nueva guerra de agresión por cuyo medio busca su dominio de imperio mundial. Desde que el asesinato de Hiroshima dio fin a la Segunda Guerra Mundial, cambios muy profundos han ocurrido en la estructura política de Estados Unidos. Estados Unidos imperialista ha sucedido a la Alemania nazi como cabecilla de las hordas salvajes, esclavizadoras de pueblos y explotadoras de la humanidad. La fuerza de sus monopolios ha trasladado el liderato político de Estados Unidos de los partidos políticos tradicionales—los cuales siguen funcionando públicamente para engañar al pueblo—a un nuevo partido que funciona secretamente, pero que ya es conocido, que ya se ve en público, y cuyos líderes se conocen y que hasta tiene nombre. No se le nombra pues la cosa es tabú. Y quien en Estados Unidos ose hablar de ello en público huele a Penitenciaría de Atlanta y huele a pólvora: es el Partido Militarista, cuyo líder más conspicuo, y dueño de una influencia

que siembra terror en muchos corazones, es el ex-gobernador colonial de Puerto Rico, Almirante William D. Leahy.

Para interesar de una manera más directa a los líderes militares en sus propios particulares intereses, los monopolios y las combinaciones de monopolios han vinculado a más de un centenar de altos jefes de los cuerpos armados a sus propios intereses, colocándolos en altas posiciones administrativas por todo el mundo.

Los puertorriqueños que sirven en las fuerzas armadas yanquis, y los puertorriqueños que no combaten el servicio militar obligatorio en Puerto Rico, están sirviendo, directa o indirectamente, a Estados Unidos en su empeño de esclavizar al mundo entero, incluyendo en ello naturalmente la esclavitud permanente de Puerto Rico.

Esta cooperación de Puerto Rico a los fines imperialistas universales yanquis se hace mucho más visible cuando se le mira en una perspectiva Hispanoamericana. La ocupación militar de Puerto Rico ha servido siempre a Estados Unidos como una amenaza pendiente sobre toda la América Latina. A medida que Puerto Rico históricamente crece, y crece proporcionalmente la América Latina toda, Estados Unidos refuerza sus guarniciones en Puerto Rico, siembra a nuestro país de enormes bases militares. El propósito imperialista directo de estos despliegues militares es obvio: es sembrar el miedo en el corazón de todos los latinoamericanos, comenzando por los puertorriqueños y terminando con los argentinos. Significativo fue el hecho ocurrido hace un año, cuando las enormes maniobras anfibas llevadas a cabo por las fuerzas armadas yanquis en Vieques tuvieron por objeto la dramatización de la sofocación de una insurrección libertadora puertorriqueña.

En cuanto a los puertorriqueños se refiere no deben andar muy complacidos los yanquis. Gentes timoratas las hay en todo país. Pero si el principal objetivo político ha sido atemorizar al movimiento libertador puertorriqueño, los resultados han sido

absolutamente negativos. El número de puertorriqueños decididos a poner la independencia de nuestra patria por encima de nuestras vidas ha ganado mucho en calidad y en cantidad, desde aquel día de octubre de 1935 en que el imperialismo puso a prueba nuestra voluntad de lucha y no le fallamos a nuestra patria.

Igualmente significativo es también el hecho ocurrido hace solamente unos meses, cuando una intensa huelga conmovió los intereses monopolistas yanquis en Bolivia. En esa ocasión cuatro enormes aviones de guerra de la aviación yanqui salieron precipitadamente de la Base de Punta Borinquen, en el noreste puertorriqueño, hacia la zona boliviana en huelga.

¿Se comprende entonces el alcance de ayuda a la esclavización de toda la América Latina que los puertorriqueños que sirven en las fuerzas armadas yanquis, y los puertorriqueños que no combaten el servicio militar obligatorio para los puertorriqueños, prestan a los imperialistas yanquis? ¿Puede comprenderse qué razón hay para que puertorriqueños que se proclaman defensores de la independencia del país y hasta ardientes hispanoamericanistas cierren absurdamente los labios e inclinen servilmente la frente ante el mandato imperialista que recluta la sangre de los puertorriqueños para convertirlos en potenciales asesinos de sus propios compatriotas y para formar parte de la fuerza de chantaje imperialista contra nuestra patria mayor, la comunidad de los pueblos hispánicos?

Ni el imperialismo, ni la traición más abyecta, ni el reformismo más descarado, han atacado nuestra posición contra el reclutamiento con sofisma más arbitrario que el que se ha venido usando por algunos grupos políticos últimamente. En ello, le han cedido la palabra a la sutileza. Pero, ¿qué nombre el de esa sutileza? ¿De qué entrañas sale esa voz? Obsérvese pues hasta dónde puede no ver el peor de los ciegos. He aquí lo que he oído, con más espanto que asombro, con mis propios oídos: que un joven puertorriqueño, reclutado forzosamente por los yanquis, servirá mejor la independencia de Puerto Rico durante los

años que esté prestando servicio en el ejército que durante los años que esté en prisión. Venzo la tentación y no me extiendo en la réplica. Me ciño a la contestación que sigue: ¿con quién puede el país contar con seguridad como defensor de la independencia, con el que se enfundó en el uniforme yanqui o con quien resistió el reclutamiento y fue a probar su metal de patriota en el infierno del presidio yanqui? Únicamente la extorsión a una realidad moral puede dar a esta pregunta otra contestación que no sea favorable al que resistió el reclutamiento.

No. Después de 1868 ningún puertorriqueño pudo servir con dignidad patriótica en el Ejército del Rey de España. Hoy, no hay ya posible dignificación del servicio militar de los puertorriqueños en el Ejército de Estados Unidos. El desgarre cruel de la realidad puertorriqueña, la orientación pública que al efecto el país ha recibido, el ejemplo de los puertorriqueños que han ratificado esa orientación con su conducta, prohíbe ya ser ciegos a todos, absolutamente a todos, excepto a aquellos que hayan hecho una profesión de la ceguera.

XIII. Independencia y lucha de clases

En una palacial residencia de Villa Caparra, un acaudalado señor lee, orondamente en muelle butaca, la más reciente edición de un “magazine” yanqui. Es un cuarentón bien perfumado y bien planchado, con ese peculiar aplomo satisfecho de los cuarentones a quienes las cosas de su vida les han ido bien. A su vera, en la delicada mesita, un criado respetuoso ha colocado su “jaibolito”.

Afuera, lejos, han trabajado para él, a grave tarea, obreros del cañaverál. Su fondo en el banco es crecido. Su crédito amplio. Tiene apartamento en Nueva York y cuando llega a su casa el amigo a acompañarle al “jaibolito”, le dice sonriente, feliz, halagueño: “Hola, *comín*. ¿Qué tal de *uiquén*?” Y le presenta al junior, un “flan” de la upeerre.

Hace acto de presencia la esposa, elegante. Intercambio de cumplidos. Bayamón envía entonces sobre la aristocrática mansión su habitual aguacero. Señalando el acristalado ventanal dice la bella: “Nene, ciérrate el *uindo* que se moja la *fornitura*”.

Naturalmente que el morador de esa mansión es un capitalista, y tiene una visión *suya* de Puerto Rico, de lo que es Puerto Rico, de los problemas de Puerto Rico. Y naturalmente sería estúpido pensar que nuestro personaje es único, que no existen otros como él en Puerto Rico. Por el contrario, sí existen, y todos esos juntos comparten un entendimiento común de lo que es Puerto Rico y de sus problemas. Todos ellos juntos componen una clase, la clase burguesa, y tienen un entendimiento burgués de Puerto Rico y de sus problemas. Esa clase burguesa es una clase esclava

de la gran burguesía yanqui. Es su instrumento. Y tiene un entendimiento esclavista de lo que es Puerto Rico y de sus problemas. Por tanto, es colonialista y reaccionaria, defiende el *statu quo*, odia la independencia y desprecia al pueblo.

Sigamos nuestro viaje por Puerto Rico y hagamos alto en una cómoda aunque modesta casa a las afueras del área metropolitana. El dueño tiene regulares ganancias anuales. Trabaja mucho y paga algunos empleados. Su hogar feliz se sostiene sobre la base económica que su trabajo como eficiente representante de una firma yanqui produce. Es hombre de negocios. Lo que tiene lo ha hecho trabajando. No ha tenido que subir desde las filas de la clase obrera. El “viejo”, sacrificándose, lo envió a estudiar administración comercial. De sus días de estudiante le escuece todavía los labios la miel de los libros, y lee alguna literatura. Y ha aprendido, en los libros—y en el libro mejor que es la experiencia—que ese anhelo suyo, personal, íntimo, que a nadie confía, de igualarse en la escala social con los de abolengo, con los de mucha plata, le está prohibido. Su camino lo cierra el bloque cerrado que forma la alianza de la burguesía criolla al servicio de la gran burguesía yanqui. ¡Ay, esa gran industria que tiene él en la cabeza! ¡Pero lo que haría de ella el “dumping” yanqui! El hombre no es ningún tonto.

Desde luego que este criollo no es un capitalista. Es un ejemplar distinguido de la clase media y tiene una visión suya de lo que es Puerto Rico y de los problemas de Puerto Rico. E igualmente sería estúpido pensar que nuestro personaje es único. Otros, muchos como él, viven como él y piensan como él. Tienen una visión, un entendimiento pequeño-burgués de lo que es Puerto Rico y de sus problemas. Él, como muchos, aún cuando sea vacilantemente, a ratos, o por temporadas, y hasta a veces con gran empeño, defiende la independencia del país. Tiene en ello un interés de clase, de su clase, en la independencia, sin que este interés pueda sacársele en cara como un baldón, como una mancha, en la indiscutible pureza de sus sentimientos patrióticos.

Vayamos más lejos todavía, a un hogar representativo de la inmensa mayoría de la población del país, de la cual más del 69 por ciento reside en los campos. He aquí que escalamos la altura puertorriqueña. Comienza a desvanecerse la madrugada. En la semiobscuridad descubrimos el bulto de un bohío. Un hombre acaba de sorber, de un trago, un poco de café negro y ardiente, ha entreabierto la puerta y saltado al batey. Entra a la madrugada lluviosa sin abrigo, vestido con camisa y pantalón y rota pava. La lluvia del invernazo le cala hasta el hueso. Sus pies descalzos se hunden en el lodo. Trabaja así durante todo el día. Volverá anocheciendo a la cena frugal del bohío.

Como éste hay miles, unas 200 mil familias puertorriqueñas viven así: la capa más baja y más profunda de la sociedad puertorriqueña. Y aunque no son gentes de libros ni dineros, ni de parla brillante, y han sido víctimas de una secular esclavitud—de la triple esclavitud del imperialismo, la opresión nacional y el yugo de clase—con sus vientres fecundos, y sus manos trabajadoras y sus pechos puros, forman la gran trinchera de la nacionalidad, y, conjuntamente con sus hermanos los trabajadores de pueblos y ciudades, el gran frente patrio para defensa de la independencia, y los dueños indiscutibles del futuro. Es para ellos que la independencia tiene un sentido más pleno y más profundo.

¿Quién puede pensar que esos hombres y esas mujeres tengan una visión, un entendimiento, de Puerto Rico y de sus problemas, igual que la visión y el entendimiento que de Puerto Rico tienen el orondo burgués de Villa Caparra y el acomodado hombre de negocios residente a las afueras de la Zona Metropolitana?

Desde luego que no tienen semejante visión, semejante entendimiento de lo que es Puerto Rico y de sus problemas. Tienen otra visión, tienen otro entendimiento, *suyo*, el de su clase.

Entre estos núcleos puertorriqueños se interponen necesariamente intereses contradictorios, intereses de clase. Nadie, sin hacer el tonto, puede ignorarlos. Ciertamente, la política imperialista nunca los ha olvidado. Y apoyando circunstancialmente una clase contra

la otra, los ha separado más, cuando ésta ha sido su conveniencia, y eso es lo normal, o los ha unido hasta donde es posible unirlos, cuando ha sido conveniente unirlos, como cuando las dos grandes crisis del imperialismo en las dos pasadas guerras mundiales.

Los que hemos hecho los tontos somos nosotros, los patriotas. Nunca, el movimiento de independencia, en ninguna de sus épocas y en ninguno de sus partidos, ha sabido trazar una correcta línea de conducta capaz de producir esa conjunción de intereses de clases, que le es necesaria a la unidad nacional para la conquista de un objetivo común: la independencia. Ni aquel partido burgués, cuando la burguesía tuvo partido de independencia, ni los partidos pequeño-burgueses de la independencia, ni los partidos obreros, han sabido trazar una línea política correcta para el logro de la unidad nacional, para incorporar a la lucha por la independencia la gran masa obrera y campesina.

Hay dos escuelas pequeño-burguesas predominantes en el movimiento de independencia. Veamos cómo ambas se manifiestan en relación con la gran masa del pueblo puertorriqueño.

Para la una escuela esa gran masa es una masa neutra, demasiado pesada para ser movida con la necesaria prontitud a la lucha por la independencia. Lastrada por una débil conciencia nacional no está apta para figurar como personaje activo en el gran drama de nuestra emancipación. Es necesario, pues, libertarla de su esclavitud, realizar desinteresadamente el noble esfuerzo patriótico de sacrificarse por ella, y verla pasar estupefacta de la esclavitud a la libertad por la acción eficaz y vicaria del coro minoritario y glorioso de los iniciados, de los héroes y de los mártires. Bajo esta candorosa buena fe, en el subsuelo de esta probadamente pura, patriótica intención, laten la característica impaciencia pequeño-burguesa y el omnipresente ilusionismo pequeño-burgués. *Para que una nación se independice tiene la idea de independencia que penetrar en su masa obrera y campesina.*

Lo prueba la historia.

La independencia de la América del Sur se consolida cuando

en Venezuela—en donde se han levantado y han caído dos repúblicas—José Antonio Páez incorpora al genio de Bolívar las fuerzas campesinas que habían estado al mando del sanguinario realista Boves.

Cuba se independiza de España cuando, un hijo de la clase obrera española,—que se ha hecho abogado sin olvidar “echar su suerte con los pobres de la tierra”—José Martí, transfigura su genio en organización y su tarea de organizador en apostolado, y cuando—léase bien— cuando la “negrada heroica” pasa de las filas al generalato de la Revolución y los tabaqueros derraman sus jornales para las finanzas revolucionarias, salvando, con ello, en el momento trágico de La Fernandina, la hora de Cuba.

Para ejemplo, puramente, los puertorriqueños no podemos sino recordar, dolorosamente, lo que aún no hemos podido hacer.

La otra escuela pequeño-burguesa se manifiesta a un nivel más bajo. Para esa escuela, la gran masa del pueblo puertorriqueño carece de conciencia nacional, es ignorante, servil e inconsciente, y esa falta de conciencia nacional, esa ignorancia, ese servilismo y esa inconsciencia, prohíben forzosamente todo planteamiento revolucionario del problema puertorriqueño. Por lo tanto hay que “educarla”, hay que decirle que es consciente, inteligente y altiva, y que puede independizarse del yugo imperialista votando por la independencia en las urnas del imperialismo. Y cuando sucede aquello de que “para un jíbaro otro jíbaro” y no vota, entonces se alza el coro de las plañideras: ¡Pueblo ingrato! ¡Pueblo servil! Y se vuelven, lleno el rostro de esa tremenda sabihondería de los desengañados, de los que “están en el ajo de la cosa”, hacia nosotros los revolucionarios: “¿No lo decíamos—nos dicen—no lo decíamos? ¡Con este pueblo no se va a ninguna parte! ¡Está degenerado!” Los infelices olvidan que todos somos parte del mismo pueblo, ¡a menos que ellos, ellos, sublimes ejemplares, hayan sido concebidos por el espíritu santo en predestinado vientre aparte! Y se olvidan de algo de una tremenda y decisiva importancia política: y es que nada, absolutamente nada, puede

sustituir como educación de las masas del pueblo, a la experiencia de la lucha revolucionaria de las masas mismas del pueblo.

Esta falta del movimiento de independencia que consiste en no haber podido presentar una línea de conducta que incorpore activamente a la lucha por la independencia a la gran masa obrera y campesina del país, hay que buscarla y encontrarla al fondo de la realidad. Ese fondo de realidad da en la verdad de que la sociedad puertorriqueña es una sociedad de clases, de clases antagónicas, y ese antagonismo de clases se manifiesta políticamente en la diversidad de partidos políticos. Por lo tanto, hasta ahora, la lucha por la independencia ha estado dirigida, cuando ha sucedido lo mejor, por un partido pequeño-burgués, o, cuando ha sucedido lo peor, como en el presente, por dos partidos pequeños-burgueses que responden a la naturaleza de sectores internos de la pequeña-burguesía nacional. De ahí que, respondiendo cada cual a las resplandecientes imágenes del omnipresente ilusionismo pequeño-burgués, juren y aseguren que la unidad nacional es posible de lograrse y consolidarse dentro de un solo partido. Así desconocen la experiencia de la historia que señala cómo, en un país que desde mucho tiempo ha disfrutado de independencia, y de pronto se ve atacado por extranjero enemigo, la unidad nacional para la defensa de la independencia amenazada no puede lograrse en un solo partido, experiencia que no hace sino señalar la verdad aún más profunda de que la unidad nacional en una nación sometida a coloniaje menos aún puede lograrse a base de un solo partido.

Un enfoque científico de nuestro problema deshace de un soplo todo ese ilusionismo, y señala, con un índice inflexible, el camino organizativo que ha de tomar nuestra nación para independizarse. Puerto Rico necesita un nuevo instrumento de lucha por la independencia, que no puede ser un partido político. Este nuevo instrumento de lucha es el frente unido antimperialista. Este frente unido antimperialista no presupone la extinción de los partidos políticos existentes. Ni presupone la

abolición de la lucha de clases, ni el abandono por las respectivas clases de sus particulares intereses. Lo que presupone es el entendimiento patriótico necesario y la necesaria mentalidad política para comprender que la independencia será un hecho únicamente cuando hayamos superado el peor de nuestros pecados que es la desunión, y para comprender que la independencia es un objetivo nacional—no un interés de partido—igualmente benéfico para todos los puertorriqueños.

El frente unido antimperialista, que, por su propia naturaleza de frente unido, no puede responder a las manifestaciones de una sola clase, sí que puede unir a todo el campo patriótico presente, incorporar a la lucha inmediatamente a capas más amplias y profundas de la sociedad puertorriqueña, y definitivamente incorporar a la masa obrera y campesina a la lucha activa por la independencia, consolidando así la unidad nacional que es como decir:

¡Aquí está la independencia!

¡Un pueblo unido es un pueblo fuerte! ¡Un pueblo unido es invencible!

XIV. Los ideales de la nacionalidad

En el decurso de este trabajo hemos venido sosteniendo la tesis que afrontamos desde el principio, esto es, que Puerto Rico no se independizó de España en el siglo pasado no porque careciera de fuerzas con que librarse del poderío español que le mantenía en estado de coloniaje, sino porque la quinta-columna del liberal-reformismo debilitó las fuerzas revolucionarias poniendo entonces al país, debilitado en su defensa y en su ofensiva, al arbitrio de su dominador extranjero. Igualmente hemos sostenido que Puerto Rico no se ha independizado del imperialismo yanqui no porque haya carecido, o carezca, de fuerzas para librarse del poderío imperialista yanqui dentro de nuestro territorio nacional, sino porque la quinta-columna del liberal-reformismo que cruzó viva al siglo XX ha maniatado al país y lo ha entregado maniatado al desvarío, a la abyección, a la explotación del imperialismo yanqui.

Y a través de todo este trabajo hemos venido demostrando lo que enunciamos al principio de nuestra tesis: que este servicio del liberal-reformismo a dos imperios en contra de la felicidad, de la abundancia, del progreso y de la independencia de nuestro país ha podido funcionar gracias a una adulteración maliciosa y criminal de los ideales de la nacionalidad puertorriqueña, adulteración con la que se ha engañado al pueblo haciéndole correr tras un espejismo de sus verdaderos ideales, de manera que, mientras el pueblo ha creído luchar por los ideales básicos que se han forjado en las entrañas de sus necesidades, en verdad ha corrido hacia el despeñadero sin fondo del más abyecto coloniaje y de la más horrible degradación colonial.

No se abrigue duda, pues. Puerto Rico tiene fuerzas bastantes para librarse del imperialismo yanqui, tiene fuerzas para independizarse violentando y venciendo a la voluntad de esclavización del imperialismo yanqui; y tiene fuerzas para destruir todo el miserable aparato esclavizador del régimen imperialista-colonial.

El propósito del imperialismo es destruir la nacionalidad puertorriqueña. La destrucción de la nacionalidad puertorriqueña es una necesidad para su definitiva victoria en Puerto Rico.

El propósito del movimiento de independencia es salvar a nuestro pueblo y organizarlo de manera que le sea factible la realización plena de su destino histórico. Por ello, la destrucción total del régimen imperialista-colonial es una necesidad para el triunfo del movimiento de independencia.

La Asamblea Constituyente de la República es el instrumento con suficiente fuerza para destruir totalmente el régimen imperialista-colonial y con suficiente energía creadora para dar a luz todas las instituciones que Puerto Rico necesita para salvarse y realizar a plenitud su destino histórico.

Aquella maliciosa adulteración de los ideales de la nacionalidad puertorriqueña a que hemos hecho referencia se atraviesa hoy, como ayer, en el camino revolucionario del pueblo puertorriqueño hacia la destrucción total del régimen imperialista-colonial y hacia la creación de las instituciones que necesita para salvarse y realizar a plenitud su destino histórico.

Valga, pues, como necesidad inmediata e irretardable una clarificación sobre cuales son verdaderamente los ideales de la nacionalidad puertorriqueña.

El primer ideal de la nacionalidad puertorriqueña es su permanencia, permanencia que presupone la supervivencia en desarrollo constante de sus características nacionales, sujetas, como todo fenómeno histórico, a la ley del cambio. Una interpretación sana y lógica de la sujeción del pueblo puertorriqueño a la ley histórica del cambio presupone, pues, no la destrucción de sus ca-

racterísticas, sino su superación constante.

Engañado por el liberal-reformismo el pueblo puertorriqueño, siguiendo naturalmente su ideal de permanencia en la historia, pero sujeto a la ley de cambio, ha sido conducido ciegamente por el camino de la asimilación con España primero, y con Estados Unidos después, es decir, hacia la destrucción de sus posibilidades de permanencia en la historia como categoría histórica que se mueve en un tiempo determinado.

He aquí de lo que se deduce el segundo ideal de la nación puertorriqueña. Siendo una comunidad estable, históricamente formada, desde luego que es un ideal natural del pueblo puertorriqueño el alcanzar la plenitud de su desarrollo histórico como consecuencia del desarrollo y progreso constantes de su natural formación histórica.

Engañado por el liberal-reformismo el pueblo puertorriqueño, en vez de seguir ese camino que las fuerzas revolucionarias le han señalado, ha sido desviado y enrumbado hacia la confusión de su historia con la historia de España, primero, y con la de Estados Unidos, después, es decir, hacia la destrucción de las posibilidades de su plenitud histórica.

Al formarse históricamente Puerto Rico, su lengua de común expresión vino a ser el español. El imperialismo yanqui le impuso como idioma oficial la lengua inglesa y la tarea confusionista del liberal-reformismo al impedir el advenimiento de la independencia ha mantenido en Puerto Rico las condiciones necesarias para que no pueda haber seguridad de salvación definitiva para el idioma de los puertorriqueños.

Teniendo los puertorriqueños un idioma común y suyo es natural que uno de los ideales de la nación puertorriqueña sea expresarse literariamente en ese idioma suyo y común de manera tan excelsa que la literatura puertorriqueña sea un instrumento con el cual el pueblo puertorriqueño coopere con todos los otros pueblos del mundo a elevar el espíritu humano a cimas jamás alcanzadas de sublimidad y excelsitud. Al retener la invasión yanqui

en Puerto Rico, el liberal-reformismo prohíbe al pueblo puertorriqueño la realización de ese ideal a cuya ejecución las fuerzas revolucionarias lo invitan.

Para ser nación, para desarrollarse, para formarse, Puerto Rico necesitó desde luego, un territorio propio. Lo tuvo. Las fronteras naturales de Puerto Rico son sus fronteras políticas, y son éstas, por nuestra ventajosa condición isleña, costas y aguas territoriales—tan claras, tan precisas, tan innegables, que únicamente la mala fe, la codicia, el latrocinio, la piratería, la traición, pueden intentar desfigurarlas.

El territorio puertorriqueño es la propiedad de los puertorriqueños. Pero hemos visto cómo en medio siglo la colaboración de los liberal-reformistas con el yanqui invasor ha propiciado la dominación total del territorio patrio por el Gobierno de Estados Unidos. Y cómo los pulpos monopolistas y el creciente militarismo yanqui ha ido despedazando el territorio nacional. Para entregar las tierras puertorriqueñas a las fuerzas armadas de Estados Unidos el liberal-reformismo ha inventado una nueva treta: hablar de la repartición de la tierra de los pulpos monopolistas a los campesinos boricuas. Entre tanto, va silenciando la entrega creciente de nuestras mejores tierras al militarismo yanqui. Con este proceso el liberal-reformismo frustra otro ideal del pueblo puertorriqueño: la legítima posesión y común disfrute de la riqueza de su territorio.

Con lo cual queda automáticamente frustrado otro ideal de la nacionalidad: el de lograr un régimen de relaciones económicas normales y sanas entre los puertorriqueños, relaciones que únicamente pueden tener por base la explotación de la tierra y de la industria puertorriqueña para que los puertorriqueños consuman la producción de su tierra y de su industria. La frustración de este ideal no puede ser minimizada: la economía es la base de la nación.

La frustración de todos estos ideales conlleva necesariamente la frustración de otro gran ideal puertorriqueño: el del destino

de su cultura. El destino de nuestra culutra es servir al desarrollo de la cultura universal aportando su aliento y su fuerza al desarrollo universal pleno del núcleo multinacional de nuestra familia lingüística: la familia hispánica de naciones. Sirviendo al imperalismo yanqui, ¿qué destino pretende asignarle el liberal-reformismo? El de servir de puente de penetración por el cual el poderío de los monopolios militaristas yanquis entre en el alma de los pueblos hispánicos de América para apoderarse enteramente de su riqueza y finalmente destruirlos. El destino que se le quiere así asignar a la cultura puertorriqueña es el de representar un estado anticipado de la total degradación y esclavitud hispano-americanas. Las fuerzas revolucionarias puertorriqueñas por el contrario guían al pueblo puertorriqueño hacia la consecución de su ideal cultural en el mundo: servir a la cultura universal enriqueciendo el acervo de la cultura de su familia lingüística, la familia hispánica de naciones.

De la naturaleza misma de la nacionalidad puertorriqueña—que es una nación hispanoamericana—ha brotado también una larga teoría de ideales políticos: esta teoría de ideales se divide básicamente en dos grupos que denominaremos los ideales de los Padres de la Patria y los ideales bolivarianos. Ambos grupos, indisolubles el uno del otro, conforman y substancian, para ahora y para después, nuestra política *nacional* y nuestra política *internacional*. (Cuando digo *nuestra* entiendo de nuestro pueblo, y, desde luego, de las fuerzas revolucionarias del país que son sus representativos y la guiarán a su salvación y realización).

¿Cuáles son, en síntesis, los ideales de Betances y Hostos, y la de los puertorriqueños que les acompañaron en su largo y glorioso apostolado? Primero: la inmediata independencia de Puerto Rico. Para Betances y para Hostos el derecho de Puerto Rico a su independencia fue substancial y pragmáticamente indiscutible, y les fue igualmente indiscutible el derecho a su inmediato advenimiento. Para Betances y para Hostos toda posposición de la independencia de Puerto Rico fue crimen, fue traición.

A la luz de la conciencia de Betances y de Hostos toda fuerza externa que se opone a la inmediata independencia de Puerto Rico es fuerza criminal, y toda fuerza interna que a la inmediata independencia de Puerto Rico se opone es traidora, y criminales y traidores los extraños y los naturales que a la inmediata independencia de Puerto Rico se oponen.

Tanto a Betances como a Hostos, como a todo el patriariado puertorriqueño, lo ha llevado a la lucha por la independencia el amor de su pueblo, el respeto a su pueblo, y la fe en su pueblo. No hay libertadores sin amor a su pueblo, sin respeto a su pueblo y sin fe en su pueblo. Por ello Betances y Hostos quisieron que la luz que guiara al pueblo puertorriqueño en el camino hacia la independencia y en la organización de su independencia fuera la luz del más alto progreso. Por ello ambos quisieron leer el pasado desde el porvenir. Es un ideal del pueblo puertorriqueño, pues, sublimado ya por sus más preclaros hijos, alumbrar el camino de la independencia y la organización de la independencia con la luz del más alto progreso. Y es condenado por la conciencia de Betances y Hostos no solamente el que se oponga a la inmediata organización de la independencia de Puerto Rico, sino también todo el que se oponga a que el camino de la independización de Puerto Rico y la organización de nuestra independencia se camine y se realice bajo los claros aurales del más alto progreso y del más avanzado pensamiento del mundo en toda materia.

También en este ideal del progreso el pueblo puertorriqueño ha sido desviado, presentándosele adulterado por los agentes liberal-reformistas del imperialismo yanqui, sobre todo ahora, con la recua que encabecilla el muñeco Luis Muñoz Marín. El muñeco Luis Muñoz Marín y los de su recua presentan al país la envoltura del progreso y llevan dentro de la envoltura lo que es anti-guero como el mundo—y para decirlo en la jerga barbarizante de este colono insensato, *obsoleto*: el coloniaje, la esclavitud, el servilismo, el colaboracionismo, el chantaje político, y la degradación internacional.

Betances es el Padre de la idea de la Confederación Antillana. Hostos apostoló, escudriñó, cifró, por esa idea. Y ambos lucharon ansiosamente por su realización. Para ambos la independencia de Puerto Rico era una necesidad previa a la organización del sistema confederado. “Sin Puerto Rico independiente—escribía Betances a Morales Lemus—no hay Confederación posible”. Para ambos América estaba inconclusa sin Puerto Rico independiente, e inconcluso y desequilibrado el mundo sin Latinoamérica unida y sin las Antillas confederadas. (En esto de la unidad latinoamericana fueron bolivarianos puros).

Y, en esto de la Confederación Antillana coincidieron igualmente en que el camino de la Confederación y su organización misma se alumbraran con la luz del más alto progreso. Hostos escribió: “...hay que organizar a las Antillas democráticamente *hasta tanto puedan darse un gobierno socialmente más avanzado*”. (El subrayado es nuestro).

Conjuntamente con el de la independencia de Puerto Rico el de la Confederación Antillana es nuestro ideal—un ideal del pueblo puertorriqueño puesto que es necesidad suya—y cuando luchamos por la independencia, luchamos por la Confederación de las Antillas y por la unidad latinoamericana. Pero hoy sabemos, porque lo hemos estudiado en los libros y lo hemos sufrido en nuestra propia carne, que para que las Antillas puedan confederarse, para que la América Latina sea libre para unirse, y América no esté inconclusa, y no esté inconcluso el mundo; para que las antillas puedan organizarse en verdad democráticamente y puedan luego “darse un gobierno socialmente más avanzado” es necesario luchar, luchar denodadamente, revolucionariamente, por la independencia de Puerto Rico. Pero ha de entenderse y conducirse la lucha por la independencia de Puerto Rico como factor antimperialista, como parte de la lucha de todos los antimperialistas de las Antillas, de nuestra América y del mundo. Sabemos hoy que, para ver la independencia de Puerto Rico convertida en absoluta seguridad nacio-

nal, y sirviendo sin limitaciones al pueblo puertorriqueño como instrumento de su definitiva felicidad, funcionando en la Confederación de las Antillas, y ésta y la unidad latinoamericana lleguen a ser de verdad, es necesaria, absolutamente necesaria, la destrucción total del imperialismo yanqui. Estados Unidos—tal y como lo hemos conocido los hombres y mujeres de nuestra generación—debe desaparecer, para bien de todos nuestros pueblos, y para bien además del propio pueblo de Estados Unidos. Debe desaparecer y es parte del deber esencial de nuestra generación ser factor actuante en su desaparición.

Esta idea de coordinación de las fuerzas antimperialistas universales en lucha contra el imperialismo es también nuestra, absoluta y legítamente nuestra. La hemos encontrado y la hemos bebido en la fuente inagotable de aquél de cuya espada “todos somos hijos”: del Libertador Simón Bolívar. Lo que hacemos es acentuar su presente vigencia.

Efectivamente: hace 136 años—¡hace 136 años, leéldo bien!—hace 136 años, el 31 de diciembre de 1813, “muy al comienzo de su carrera, joven aún de treinta años y en medio de los terribles azares de la terrible guerra venezolana, Bolívar hizo publicar por su Ministro de Estado un documento de la mayor trascendencia. Nadie hasta ahora ha hecho hincapié en la trascendencia de este documento, sin embargo, tan revelador. Apareció en el número 30 de *La Gaceta de Caracas*. Ya se descubre en él toda la magnitud del pensamiento político internacional de Bolívar”. (R. Blanco Fombona: *El Pensamiento Vivo de Bolívar*).

He aquí lo que dice Bolívar en ese extraordinario documento:

“Después de ese equilibrio continental que busca Europa donde menos parece que debía hallarse—en el seno de la guerra y de las agitaciones—hay otro equilibrio, el que nos importa a nosotros: el equilibrio del Universo”. “La ambición de las naciones de Europa lleva al yugo de la esclavitud a las demás partes del mundo; y todas estas partes del mundo debían tratar de establecer el equilibrio entre ellas y la Europa, para destruir la preponderancia de la última. Yo llamo a esto el equilibrio del Universo y

debe entrar en los cálculos de la política". (Blanco y Azpurúa: *Documentos Para la Historia del Libertador: Año 1813*).

"Años adelante (1826) quiere llevar la liberación al Extremo Oriente, a Filipinas; y no sólo se propone luchar junto con Asia contra la ambición de Europa, sino que se atreve con la fiera en su cubil. Barcos audaces bajo la bandera de Colombia cumplen la misión peligrosa de amenazar las costas andaluzas en el Mediterráneo. La diplomacia francesa pone el grito en el cielo, alerta a España, y por boca del Marqués de Mounstier, su Embajador en Madrid, manifiesta sus temores de que si se presentan tropas republicanas de Hispano-América los revolucionarios de España se apoyen en ellas. Tal era, en efecto, la realidad posible". (Blanco Fombona: Obra citada).

Y tal era, en efecto el programa de Bolívar. Sus empeños antillanos los ha presentado Emeterio S. Santovenia (Santovenia: *Bolívar y las Antillas Hispánicas*). Pensó Bolívar en independizar a Cuba y Puerto Rico. Y de Puerto Rico pasar a España para, con la cooperación que le habría de prestar el heroico pueblo español, derrocar la Monarquía y establecer la República. Estuvo al efecto en nuestra puertorriqueñísima Isla de Vieques en viaje de inspección (Perea: Bolívar en Puerto Rico, *El Mundo*, 1930).

Hoy, 136 años después del iluminante documento bolivariano, Puerto Rico no es independiente, ni se han confederado las Antillas, ni América Latina se ha unido. Hoy, de los dos mil millones de seres humanos que pueblan la faz del planeta, mil quinientos millones de seres humanos viven en la más abyecta miseria. Son los habitantes de los países coloniales, semicoloniales y dependientes, entre ellos nosotros mismos, gentes de Puerto Rico, gentes de la América Latina, del África y del Asia (Kkumal Goshal: *People in the Colonies*). Y hoy, distinto a los tiempos de Bolívar, no es un poder europeo—aunque países europeos son también metrópolis imperialistas—sino Estados Unidos, la potencia que, con su atómico-imperialismo, encabeza la oligarquía de naciones imperialistas, poseedoras y explotadoras y despotizadoras de las colonias.

Por lo tanto, aquella unión de los pueblos coloniales contra las potencias imperialistas que aconsejó Bolívar, es un programa del presente, nuestro programa de lucha contra el imperialismo y particularmente contra el imperialismo de Estados Unidos. El mismo Bolívar, con su genio impar, vislumbró a nuestro enemigo del presente. ¿No dijo él acaso que “Estados Unidos parece haber sido puesto en el camino de los pueblos de la América como un obstáculo contra su libertad”? (Fabela: *Estados Unidos Contra La Libertad*). Fue él también quien, atajando el paso a todo incipiente “panamericanismo” convocó a las naciones latinas de América a la Conferencia Anfictiónica del Istmo. “Santander invitó a las naciones americanas, por orden del Libertador, al Congreso Internacional de Panamá. Desvirtuó el cargo e invitó además a Inglaterra, Holanda y Estados Unidos. ¿No penetraba Santander la transcendencia del pensamiento de Bolívar? No es presumible, porque era su confidente epistolar”. (Blanco Fombosa: *Obra citada*). Bien sabemos todos desde luego que se opuso Bolívar a que se invitara a Estados Unidos al Istmo.

Si tres cuartas partes de la humanidad—mil quinientos entre los dos mil millones que pueblan la tierra—viven en abyecta miseria en los países coloniales víctimas del imperialismo internacional, no son ellos,—es decir, nosotros—sus únicas víctimas. Miles de millones de seres humanos viven en esclavitud, en miseria y abyección, dentro de los países imperialistas. Baste para ejemplo a los negros y a los blancos pobres de las provincias del sur en Estados Unidos. En otros casos, la lucha fiera entre los imperialistas añade tragedia a esta tragedia universal.

En estos días vemos cómo el pueblo inglés padece hambre y frío bajo el despotismo de los oligarcas ingleses, y esa hambre, ese frío del pueblo inglés aumenta hasta el horror bajo la presión añadida por la competencia que a los monopolios ingleses hacen sus fraternales primos los monopolios yanquis.

Así pues, viendo cómo Bolívar pensó en ganarse de aliado al pueblo español lanzándolo a la revolución contra el enemigo común, la monarquía española—esto, que intentara Bolívar a prin-

cipios del Siglo lo intentó también Betances en sus postrimerías—hemos nosotros de imitarlo, estimulando y ayudando al pueblo de Estados Unidos a lanzarse revolucionariamente contra su propio gobierno. He aquí el único acercamiento digno de nosotros los puertorriqueños al pueblo de Estados Unidos. Y el único acercamiento digno también de los hispanoamericanos todos al pueblo de Estados Unidos. Todo lo demás ha sido y sigue siendo entreguismo, cobardía y traición, no importa cuanto se lo disimule.

Desde la densa plataforma de sus amargas experiencias el pueblo puertorriqueño reagrupa ahora sus fuerzas revolucionarias. Va a marchar impertérritamente hacia la independencia. Va a volver la espalda no solamente a los reformistas traidores, vociferantes del pitiyanquismo anterior y del neo-pitiyan-quismo populero. Va a volver también la espalda a los frenadores y frustradores de todo el campo electorero, a los comelibros sin voluntad revolucionaria, a los mariquitas del pensamiento, a la dialéctica del aguante y al doctorado de la papeleta. Ni hay tiempo ni hay espacio para detenernos a conversar con los profesionales de la discusión. Una montaña de trabajo nos ocupa las manos, nos confisca el pensamiento, nos economiza la lengua. Hablar, lo necesario; lo estrictamente necesario. Trabajar, más allá de todo sentido de economía.

¡Es la preparación para que nuestra patria, por el camino revolucionario que es su único camino, marche a la plena realización de sus magníficos ideales, conquistando para sí, y ayudando a conquistar para nuestra América y para todos los pueblos de la tierra el más alto grado de libertad posible, en una completa independencia y una libertad siempre superable!

XV. Nuestra Tarea

En 1810 la América Hispánica comenzó la gran tarea de su independencia. Se pensó que esa tarea quedaría satisfecha al arriarse de todos los bastiones de América la bandera de la monarquía residente en Madrid.

Ochenta y ocho años después se arrió en Puerto Rico la última bandera de España en América. Con este suceso cerrábase un drama de cuatro siglos de la raza hispánica en el mundo.

El hecho tiene otro sentido sin embargo. Comprobaba que, los quienes pensaron finiquitar la tarea de la independencia de la América Hispánica arriando la bandera de la monarquía residente en Madrid de su último bastión en América no habían visto satisfecho su deseo ni cumplida su profecía. Pero no habían ignorado el sentido del siglo XIX americano.

El sentido del siglo XIX se esclareció en el espíritu de los hispanoamericanos de la época con prontitud exacta y respondimos a su llamado con puntualidad y ardor de enamorados a la cita. La separación política de España, la substitución de las instituciones monárquicas por instituciones republicanas, la subversión del feudalismo y la toma del camino hacia la industria, la técnica, el capitalismo y la democracia: he ahí el sentido del siglo XIX hispanoamericano. Al impulso de esa tarea debía también despertar de su monárquico letargo la España misma; con nuestro ejemplo y con nuestra ayuda debía el pueblo español también substituir las instituciones monárquicas por las republicanas, subvertir el feudalismo y tomar el camino hacia la industria, la técnica, el capitalismo y la democracia. Al ejemplo bolivariano de América

Hispana, unificada en un pensamiento común, políticamente organizada en grandes estados multinacionales, España debía encontrar una solución de continuidad al problema de las naciones peninsulares.

A ese llamado respondimos con puntualidad y ardor de enamorados. Pero en la vertiginosa carrera hacia el progreso se nos fueron las luces. Tal salto atrás ocurrió cuando en el seno de la Revolución Hispanoamericana se impusieron la sinrazón de la anarquía y el orden de la reacción. Tal desastre se inicia con el desplazamiento de Mariano Moreno y el triunfo de la claqué reaccionaria de la Logia Lautaro; se acentúa cuando el gran jefe de los campesinos uruguayos, José Artigas, es internado en el Paraguay; y asume la trágica grandeza del desastre con el asesinato de Antonio José de Sucre. Y sin embargo, Bolívar no ha arado en el mar. La base de su obra es el pedestal de nuestro futuro.

Mediante ese proceso desintegrador resucitaron en nuestras repúblicas bastantes elementos coloniales para frustrar la plenitud de la independencia. Por las puertas que esos muertos con permiso de acción abrieron, entraron en nuestras casas las libras esterlinas, los francos y los dólares. Esa penetración es la que ha dado al siglo XX su sentido hispanoamericano. En 1898 la bandera del imperialismo yanqui substituía a la de la monarquía española en Puerto Rico. A partir de ese momento el siglo XX que va entonces a nacer adquiere un sentido hispanoamericano entrañablemente puertorriqueño: el de la expulsión por los hispanoamericanos del imperialismo de todas las tierras hispanoamericanas, el de la necesidad, que la historia ha ido progresivamente probando inevitable, de una nueva guerra de independencia hispanoamericana, más urgente y de sentido más profundo que la librada en el siglo XIX contra la monarquía madrileña, de una nueva guerra de independencia contra el imperialismo yanqui. Y en esa guerra Puerto Rico es la última trinchera hacia atrás y la primera trinchera hacia adelante.

No hay, quizás, en el mundo entero, muchas mentalidades con suficiente penetración para intuir siquiera, la importancia mundial que un Puerto Rico abiertamente en lucha revolucionaria contra Estados Unidos tendría como ejemplo para las demás naciones hispánicas de América. El inmenso amor que a nuestra patria tenemos ha encendido esa luz ya en el alma de algunos millares de puertorriqueños. Y para nosotros la tarea inmediata de nuestra patria en la historia—la inmediata consecución de la independencia de Puerto Rico—eleva a una dimensión hispanoamericana y por ahí a una dimensión mundial, la magnitud de nuestra tarea: la tarea exclusivamente puertorriqueña de incendiar con su ejemplo a la América Latina contra Estados Unidos, la de convertir a Puerto Rico en una bomba incendiaria que ponga a todo nuestro continente en llamas contra el imperialismo yanqui.

Los reformistas puertorriqueños de todas las matizaciones—todos, absolutamente todos los de la absurda y suicida predicación de “la paz y el orden”, de la concurrencia a elecciones; todos los del margen exclusivamente legalista, todos los que se ciñen con exclusividad a las formas legales de lucha—todos están colaborando a retardar—a retardar, porque hasta eso nada más llega su poder—el proceso revolucionario puertorriqueño que ha de ser el comienzo de la nueva guerra hispanoamericana de independencia.

No ha de tardar el momento en que los más de ellos, convencidos y contritos, vengán a engrosar las filas de las fuerzas revolucionarias. Y a los demás los pondrá la historia debajo de las camas. Allí podrán darse la mano con Luis Muñoz Marín.

Nota biográfica



Juan Antonio Corretjer nació en Ciales, (pueblo montañoso del centro de la isla grande de Puerto Rico) el 3 de marzo de 1908. Expulsado de la escuela en octavo grado por organizar una protesta estudiantil y periodista desde los 16 años, es una de las figuras cimeras de la literatura y la política puertorriqueñas.

En 1923 funda en Ciales con Fernando Sierra Berdecía y Humberto Padró La Sociedad Literaria Gautier Benítez, organización independentista. En 1924 es expulsado de la Escuela Horace Mann de Ciales por organizar una huelga para cambiar el nombre de la escuela a José de Diego. Ese año publica versos en *Puerto Rico Ilustrado*. Sale de Ciales en el 1925, estudia un año de comercio en San Juan.

En 1927 trabaja en el periódico La Democracia, momento desde el cual toda su carrera girará siempre como escritor. El Corretjer periodista fue reportero, redactor, columnista y editorialista en Puerto Rico, Cuba y EU. Editor de ¡Adelante!, Prieto y puya, Bandera, Pabellón. Escritor en Puerto Rico Ilustrado. Editor de El Nacionalista. Fundador Editor de Pueblos Hispanos [NY]. Escritor de Daily Worker [NY]. Colaborador de Hoy [Cuba]. Escritor y editor de El Boricua, El correo de la quincena, El Socialista, El Mundo, El Imparcial. Escritor invitado en El Nuevo Día. En su periodismo predominan el artículo, la crónica histórica y la reseña crítica y cultural orientados siempre con una mirada de rescate y agudeza de los significados históricos sin igual.

En 1928 se va a Nueva York, donde se integra al trabajo de la Liga Antimperialista de las Américas, y milita activamente contra la intervención norteamericana en el Caribe y Centroamérica, en particular colaboró con la lucha de Nicaragua por expulsar el ejército invasor de EU. Así como ya estaba definido como escritor, desde ese momento en adelante será un militante y dirigente político radical, antimperialista, de profunda raigambre americanista.

Regresa a su patria y en 1930 conoce a Pedro Albizu Campos. Se integra al Partido Nacionalista de Puerto Rico y fue su Secretario General. Participa del asalto nacionalista al capitolio de Puerto Rico el 16 de abril de 1932. En 1934, siendo la caña la industria más importante en el país, dijo presente cuando los trabajadores pidieron que Albizu los dirigiera en su huelga. El cialeño trabajó principalmente en la zona de Canóvanas y Fajardo. La militancia de los macheteros cañeros y el compromiso de lucha de Albizu, convirtieron esta huelga en la más exitosa de esa industria, y para evitar una revolución mediante la unidad de obreros y líderes independentistas, los patronos —por órdenes del ejército de EU— concedieron todas las demandas de los obreros. Desde ese momento, EU procuró siempre separar a los movimientos obreros de los líderes políticos radicales.

Corretjer es enviado a República Dominicana, Haití y Cuba a buscar colaboración antillana para la lucha independentista. En 1935 es arrestado en Cuba por respaldar la huelga general contra uno de los varios dictadores que asolaron esa hermana república en la primera mitad de siglo. A pesar de que como miembro del Partido Nacionalista no debía intervenir en la lucha de otros pueblos, como él mismo dijo años después: esa norma era rota por los Nacionalistas siempre que lo creían justo. En Cuba estuvo encarcelado en la cárcel El Príncipe.

De regreso a Puerto Rico, el 24 de octubre, seis Nacionalistas son asesinados por órdenes del coronel del ejército de EU, E. Francis Riggs (el mismo que ordenó a los patronos a transar la huelga cañera). El 23 de febrero del 1936 el dictador militar es ejecutado por los héroes Nacionalistas Hiram Rosado y Elías Beauchamp. Corretjer es encarcelado en La Princesa por negarse a entregar documentos del Partido al gobierno, y posteriormente enviado a prisión

a Atlanta, EU, junto al liderato del Partido acusados de conspirar para derrocar al gobierno de EU (seis Juntas Directivas consecutivas del Partido fueron encarceladas). En 1939 en Atlanta le ofrecen a los Nacionalistas excarcelarlos inmediatamente si prometen no luchar por la independencia. Todos rechazan la oferta; Corretjer no es liberado hasta 1942, pero le prohíben regresar a Puerto Rico hasta pasada la segunda guerra mundial. Se queda en Nueva York y publica el semanario *Pueblos Hispanos*. Conoce a quien sería su compañera el resto de su vida de lucha: Consuelo Lee Tapia. En esta época consolida una etapa de sus concepciones marxistas.

En 1946 viaja a Cuba, todavía imposibilitado de regresar a Puerto Rico. En Cuba, es recibido como representante del movimiento independentista boricua. Restablece contactos con los sectores comunistas y revolucionarios y publica artículos en varios periódicos. Luego en Puerto Rico fue defensor y colaborador del movimiento 26 de Julio. Amigo de Che Guevara, cuando el pueblo cubano estableció su revolución, ésta envió un avión para que estuviera presente —junto al cantante boricua, Daniel Santos— en la celebración de su victoria. Desde el mismo enero del 1959, al tanto del verdadero significado antillanista de la Revolución Cubana, fue de las figuras que más defendió el derecho cubano a su soberanía.

Regresó a Puerto Rico en 1946, inmerso en su concepción nacionalista y comunista, lo que causó una separación formal del Partido Nacionalista e ingresó al Partido Comunista. Americanista revolucionario, es expulsado del PC por ser muy nacionalista.

En la Insurrección Nacionalista de 1950 es arrestado por incitar a motín. Encarcelado varias veces más por su militancia y defensa de medios radicales por alcanzar la independencia, entre 1961 y 1963 es portavoz de Acción Patriótica Unitaria, y desde el 1964 comienza la organización de la Liga Socialista, la que dirigió hasta su muerte en 1985. En América lo conocieron por su fe inquebrantable en la justicia de los pueblos. Las comunidades boricuas en EU lo conocieron como portavoz de la puertorriqueñidá que sobrevive con las raíces en el aire del exilio. En Puerto Rico labora en la organización y lucha de los trabajadores, la excarcelación de los independentistas que caen presos por su lucha, y en apoyo a las luchas de pescadores en Culebra y Vieques

contra las bombas de la Marina de EU.

El Corretjer político fue conspirador, organizador, ejecutor y defensor del derecho de los pueblos a protegerse de la violencia del estado mediante el uso de las armas. Su análisis —escrito y en oratoria— siempre es certero, preciso, incisivo; aporta a la discusión del momento su mirada histórica, donde los gestos del día significan en el devenir de la nación y las clases trabajadoras. Socialista, marxista, revolucionario, desde 1935 fue perseguido en todo momento. Sufrió atentados contra su vida, y el ataque no solo del sistema político si no incluso de otros sectores del independentismo de tendencias moderadas y moderadoras de las contradicciones entre la nación y el imperio, entre el pueblo y los capitales. Unía su análisis a una intensa voluntad e intención, de la capacidad de la emoción y la pasión como estímulo.

Su intensa vida política siempre fue de la mano de una importantísima producción literaria. Pionero rescatador de nuestra herencia taina, es el mejor exponente de las vivencias de un pueblo que sabe luchar por su libertad y recuerda cantar y amar. Sus libros de poesía son fundamentales de nuestra nación. Destacan: *Alabanza en la torre de Ciales* (1953), *Yerba Bruja* (1953), *Distancias* (1957) y *Aguinaldo Escarlata* (1974). Sus libros de ensayos: *La patria radical*, *El líder de la desesperación*, *La lucha por la independencia de Puerto Rico* y la compilación de 40 años de teoría sobre la cultura de *Poesía y revolución*, son imprescindibles para comprender nuestro siglo. Además fue escritor y editor de numerosas publicaciones en Puerto Rico y toda América.

El hijo único de Diego Corretjer y María Brígida Montes, tenía tres hermanos del primer matrimonio de su padre: Diego Luis, Isabel y Teresa. Igual que su padre, contrajo matrimonio dos veces. Con su primera esposa, Camila Ruiz Curbelo, procreó a María Soledad y Ricardo Diego.

El 14 de febrero de 1944 casó con Consuelo Lee Tapia, unión que le trajo a su vida su tercera hija: Consuelito (la Ayuburí de varios poemas). Consuelo fue co-conspiradora política y literaria hasta el último día de su vida.

3 de marzo de 2005
97^{mo} natalicio de Corretjer
Casa Corretjer
Ciales, Puerto Rico